

*Una oscura historia que celebra la
inquebrantable fuerza del destino*

Malditas

A. HATTAWAY

1.

Alba acababa de llegar a la ciudad y no podía imaginar lo que aquella noche de finales de octubre el destino le tenía preparado.

Balanceándose, de puntillas, sobre el último escalón que daba acceso al parque *Laberinto de Horta*, en pleno corazón del distrito siete de Barcelona cantaba:

—Duérmete niña, duérmete ya que vendrá Laaa....

La luz plateada de la luna descubría, en la madrugada, una estampa funesta: a los pies de la joven, yacía el cuerpo sin vida de una chica, en apariencia, de su edad.

Descansaba sobre el suelo, recostada de lado, con las manos unidas bajo la mejilla derecha; arrugada sobre sí misma parecía proteger su desnudez.

Los pies descalzos de Alba, estaban situados a escasos centímetros del cadáver, con los dedos agarrotados para no rozarlo.

La tía Catalina, que amortajaba a los difuntos de Toledo desde siempre, le hizo, de niña, una advertencia:

«El beso de un muerto es tan frío como eterno —decía—. Si los tocas, ya no se irán, se quedarán contigo siempre».

Poco antes, varios testigos habían dado aviso a los *mossos d'esquadra* —que entonces se personaban en la zona—, de que una joven en pijama y en apariencia desorientada vagaba por las calles de madrugada.

La creencia popular de que despertar a un sonámbulo le podía causar la muerte, había llevado a varias de las personas que se habían tropezado con Alba a dar aviso a los servicios de emergencia, pero sin perturbar sus sueños.

Las luces rotativas, el sonido estridente de la sirena y las pisadas aceleradas de varios policías subiendo las escaleras, amenazaron la intimidad que la muerte había impuesto en el encuentro fortuito —solo en apariencia—, entre aquella joven y Alba.

Varios agentes subían los peldaños de dos en dos. De sus linternas, escapaban ráfagas de luz blanca sin ninguna dirección concreta.

Deslumbrada por la luz intermitente de los coches de policía, dio un diminuto paso atrás. El azul y rojo de la sirena mostró a una joven que se mantenía como un funambulista, sobre el voladizo del último peldaño de la escalera. Permanecía de pie, rígida, con la melena caoba enmarañada por el viento frente al cadáver, al que le dedicaba, bajito, una canción.

El subinspector Vidal, el menos atlético del grupo, subía las escaleras a zancadas para no quedar en evidencia ante sus jóvenes compañeros.

Al llegar, nada podía presagiar lo que encontraron. Paralizados, un peldaño por debajo de Alba y a escasos centímetros del cadáver, observaron la escena, mientras se dedicaban rápidas miradas.

El subinspector Vidal apareció unos minutos más tarde, exhausto, con la chaqueta en la mano y la camisa por la espalda empapada a pesar del frío que aquella noche azotaba la ciudad.

Hacía meses que no presenciaba un crimen. Se había incorporado recientemente, de una baja por accidente. Pasándose la mano por el pelo grasiento y ralo, se situó a la altura de Alba. El silencio de la noche era rotundo y sobre él solo se escuchaba el motor encendido de un coche y un rumor que elevaba una nana.

—¿Se encuentra usted bien?

La pregunta sonó absurda.

—Duérmete niña, duérmete ya...—continuaba cantando Alba.

En otra ocasión, Vidal, hubiese evitado cualquier contacto físico con ella, pero esta vez, se saltó el protocolo, la agarró de los hombros por temor a que en cualquier momento cayera de espaldas y se despeñara por la escalera.

La bajó al siguiente peldaño.

—Está fuera de sí—comentó con un compañero.

—Desde que hemos llegado, no ha dicho ni hecho nada más que cantar esa canción. ¡Joder mi mujer se la canta a mis hijos!. Le diré que no vuelva hacerlo, da miedo.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí, va en pijama?

—Fernández, está hablando con el taxista que la trajo.

—Chica ¿me puedes oír? —la tuteó.

Alba lo miró. Deteniéndose en la fina tela blanquecina que cubría el ojo izquierdo del subinspector. Tembló mientras Vidal contemplaba su hipnótica hermosura: Unos ojos color miel reverberaban sobre su rostro enmarcado por una espesa melena de rizos caoba. Uno de ellos había quedado atrapado entre sus labios carnosos y rojos como una gelatina de cereza. Vidal quiso liberarlo, pero Alba se retiró. La vio tiritar ante la perspectiva de su cercanía.

—Subinspector, mire.

Uno de los agentes apuntaba con la linterna el cadáver. El charco de luz iluminó el rictus de la joven, que permanecía sereno. Se agachó y le apartó la melena. La luz blanquecina descubrió un detalle macabro: los ojos aparecían

cosidos en forma de cruz con lo que bien podía ser hilo grueso o lana negra.

Demasiados horrores para una chica tan joven en una noche. Alba contuvo la respiración, se persignó por instinto y rezó hasta desmayarse sobre los brazos de un agente.

Su rápida intervención, evitó que cayera al suelo.

La ambulancia trasladó a Alba al hospital de Vall d'hebron, que quedaba a escasos metros del lugar.

El subinspector Vidal abandonó la escena y se dirigió al taxista que aguardaba todavía con las luces y el motor de su coche encendido. Fernández le tomaba declaración.

El hombre, relataba que había acompañado a la joven hasta el lugar y explicaba con todo detalle que la había recogido en la calle Balmes desorientada, pero con un conocimiento claro de hacía donde quería dirigirse: al *Laberinto de Horta*. Durante el trayecto—aseguraba—, decía cosas sin sentido, y él pensó en un principio que estaba borracha o drogada, pero pronto supo que no era eso.

«Había algo extraño en ella», repetía. Por eso decidió llamar a la policía.

Cuando el inspector jefe llegó al lugar acompañado de la jueza Lara, la zona estaba acordonada. No tuvo que enseñar la placa para que le abrieran paso bajo la cinta. Le habían informado del macabro hallazgo, aunque lo peor estaba aún por llegar.

El cuerpo desabrigado de la chica permanecía en posición fetal sobre un lecho de hojas.

—Acacia y ciprés—aseguró el compañero Ribas.

Junto al cuerpo, bien doblada, estaba toda la ropa: Una falda de vaquera, una camisa blanca y un fular sobre el que descansaban, el sujetador, las braguitas y unas medias hechas un ovillo. No había signos de violencia aparentes, ni sangre, solo, algún resto ya seco, sobre párpados y ojeras y los ojos cegados por dos cruces cosidas en los párpados, que le impedían mirar la escena de su propio asesinato.

—Por dios, ¿qué es esto? —Murmuró mientras se pasaba la mano por la cabeza rapada, superado por la situación—. ¿Y la testigo?

—La ambulancia se la ha llevado al hospital de *Vall d'hebron*—contestó Vidal.

—¿Sabemos si tienen alguna relación con... todo esto?

—No hemos conseguido hablar con ella. Aparentaba no estar muy lúcida; no dejaba de cantar y luego, rezar.

—¿De cantar?

—Una canción de cuna.

Con un gesto de no entender nada, se dirigió al doctor del Valle que acababa de examinar el cadáver.

—¿Hora aproximada de la muerte? —preguntó.

—Una, dos horas a lo sumo, pero se lo confirmaré tras la autopsia.

Oliver ojeó su reloj de muñeca, las manecillas marcaban las dos y diez.

—Jefe, la chica se llama Ana García, lleva una cadena con una placa de identificación médica colgada del cuello. Era diabética. Pone su nombre.

—¿Han denunciado su desaparición?

—No nos consta.

—Compruébenlo.

El agente asintió.

—¿Se la pueden llevar ya? Su señoría ha terminado con el levantamiento—. Intervino Ribas.

El inspector asintió con repetidos y autómatas gestos de cabeza.

—¿Y nosotros? —preguntó Vidal.

—Nosotros nos vamos al hospital—resolvió.

El trayecto se produjo en silencio absoluto. En cualquier otra circunstancia el subinspector Vidal se habría arriesgado a proporcionar una hipótesis de lo sucedido, pero esta vez el asunto requería cierta prudencia.

Alba, con su madre al lado, descansaba en una camilla en la sala de urgencias. La doctora que había atendido su ingreso se interesaba por el historial clínico de la paciente cuando apareció la policía.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —preguntó la doctora.

El inspector Albiol creyó escuchar a Nieves decir algo relacionado con los terrores nocturnos que padecía su hija, acabó de anotar eso en su libreta, y levantó la mirada para mostrar su credencial.

—Necesitamos hablar con la chica.

—Ahora, imposible. Necesita descansar. Llegó muy alterada y la hemos tenido que sedar.

Vidal chasqueó la lengua.

—Nos hacemos cargo —respondió Albiol.

Acto seguido se interesó por la mujer que escuchaba la conversación junto a la doctora.

— ¿Es usted la madre de la chica?
—Así es.
—¿Podemos hablar?
—Tendrá que ser fuera—intervino la doctora.

Una vez en el pasillo y tras las presentaciones oficiales, Oliver preguntó consultando sus anotaciones:

—¿Conoce a una chica de la edad de su hija que se llama Ana García Bonet? Es morena, de estatura media, delgada y diabética —mientras Vidal observaba sus reacciones.

—Sí. Tengo una alumna en el colegio que dirijo que responde a ese nombre y características ¿Por qué?

Un denso silencio recorrió el largo pasillo de urgencias.

Vidal intentó fijar su ojo bueno en el inspector, que fingió normalidad, mientras buscaba las palabras adecuadas. Nieves se adelantó.

—¿Le ha ocurrido algo?

—Verá...

—Está muerta—intervino Vidal.

Albiol carraspeó.

Nieves necesitó sentarse en una de las sillas de plástico ancladas a la pared. Se persignó e inició en voz baja una plegaria con ardorosa fe, mientras ocultaba su rostro entre las manos.

—No puede negar que es la madre de la chica —susurró Vidal mordaz.

Albiol que lo había escuchado, le dirigió una mirada de reproche. El Subinspector Vidal era un ateo recalcitrante. Los curas del colegio del opus dei donde había estudiado tenían la culpa.

Sentado junto a Nieves, el inspector tomó de nuevo la palabra:

—Entonces las chicas se conocían.

—Lo cierto es que no—aseguró Nieves ante el asombro de los policías—. Mi hija acaba de llegar esta misma mañana de Toledo, todavía no ha ido a clase. No le ha dado tiempo.

—Con el curso empezado...

—Su padre y yo no hace mucho que nos hemos separado y, para ella no ha sido fácil, se quedó a vivir con su padre, pero por motivos personales, finalmente hemos decidido que se venga conmigo. Por eso inicia el curso más tarde—se excusó ante el evidente desconcierto de los agentes—. Alba y Ana no se conocen, se lo aseguro—. Pero les ruego que no le digan nada a mi hija

hasta que la doctora lo autorice. Yo me pongo a su disposición para cuanto precisen.

—¿Qué explicación le da al hecho de que su hija se encontrara allí?

—No lo sé, de verdad no me lo explico.

—¿Ha observado o algún profesor le ha comentado algún comportamiento extraño en Ana García estos últimos días?

Su respuesta fue vaga:

—No sabría decirle...

—¿Estas semanas pasadas ha asistido a clase regularmente, se ha relacionado con sus compañeros como siempre?

—Sí, lo cierto es que ningún profesor me ha referido nada extraño en ella.

—Al entrar he escuchado algo de que su hija sufre terrores nocturnos.

— Desde muy pequeña, tiene episodios de *parasomnias*—. Albiol apuntó el término en su libreta—, pero sonambulismo es la primera vez. El especialista que la trata nos advirtió de que esto podía ocurrir. El aumento de estrés causado por el divorcio y el cambio de domicilio puede haber agravado su conducta del sueño. Hasta ahora solo había experimentado terrores nocturnos.

En la sala contigua, Alba abrió los ojos, plenamente consciente, por primera vez, desde que aquella noche se había acostado a dormir. Necesitó unos segundos para reconocer el espacio. El intenso olor aséptico, la ayudó. No estaba en su nueva habitación, aquella que su madre había decorado para ella con bastante mal gusto. El lugar donde se encontraba, le pareció frío. Tenía puesto un suero que le producía un efecto balsámico, casi anestésico, pero el sonido de los pulsímetros monitorizando la vida la devolvió a la imagen de la chica muerta. Estaba confusa y la medicación que le estaban suministrando no le ayudaba a poner en orden sus recuerdos. Podía escuchar la voz rugosa de su madre colarse desde el otro lado de la pared. Hablaba con alguien de lo sucedido esa noche y Alba agudizó el oído. La puerta de la habitación se abrió y por un momento deseó que fuera ella.

No era Nieves la que había entrado. Una enfermera le cambió la medicación. En el bote pudo leer con dificultad: *dizepan*. En un corto espacio de tiempo todo pareció diluirse de nuevo. Alba volvió a dormirse...

...A medida que se adentraba en el laberinto de sus sueños, el cielo se

convertía en un recuerdo imposible. Olía a tierra mojada y a musgo fresco. Alba recorría un estrecho camino sobre una alfombra de hojas secas que crujían bajos sus pies desnudos. Al final de la vereda, la niebla, cubría una cascada de agua limpia y esponjosa que atronaba en su caída libre desde la cumbre de un montículo rocoso. La cortina de agua dejaba entrever la figura luminosa de una mujer. Sujetaba un peine dorado que deslizaba entre sus finos cabellos.

Alba se mojó los pies al llegar a la rivera del estanque, hipnotizada por aquel ser brillante. La escuchó cantar, pero de pronto el agua se oscureció. El viento, enfurecido, le alzó las ropas y le enmarañó la melena. Al fondo apareció la imagen de aquella chica muerta. Se acercaba. Acunaba entre sus brazos vacíos un bebé imaginario mientras entonaba una canción que le recordó su niñez:

*Duérmete niño. Duérmete ya,
o vendrá... y te comerá.*

La joven, simulaba darle el pecho a un niño invisible. Cuando sin esperarlo, clavó los ojos cegados por dos cruces negras en Alba.

—Ahoraaaa, ahoraaaa—imploraba Ana.

Alba intentaba hablar, pero no podía. Tampoco conseguí entenderla.

—Ahoraaaa. Ahoraaaa. Ahojaaaa...

El ruido de su madre al tropezar con la camilla la arrojó de nuevo a un tiempo fronterizo entre la realidad y la fantasía onírica. Angustiada, no lograba despertarse y la presencia de Ana sobre ella la asfixiaba. Pataleaba en la cama atrapada entre las frías sábanas.

No era la primera vez que le sucedía. Sufría desde pequeña pesadillas de las que no podía escapar. Los especialistas consultados, denominaban *parasomnia* a su trastorno del sueño. La tía Catalina, la hermana de su abuelo materno, por el contrario, aseguraba que era un don y no una enfermedad.

Los médicos le habían dicho cómo tenía que actuar cuando padeciera ese tipo de alucinaciones, pero la joven muerta, Ana García, había escuchado decir a la policía que se llamaba, se resistía a abandonarla.

2.

Confusa por el efecto de los ansiolíticos y angustiada ante la perspectiva de un nuevo día en aquella ciudad, Alba se despertó en su nueva cama cubierta por una fina capa de sudor.

Eran las ocho de la mañana, y su madre, hacía un par de horas que se había marchado al colegio, seguramente sin dormir, a pesar de los sedantes que utilizaba. Entre sueños había escuchado el agua de la ducha caer durante un rato y la cafetera silbar como una locomotora de vapor. Decidida a plantarle cara a sus miedos, se incorporó, buscó las zapatillas con los pies desnudos y el contacto con el frío del suelo le recordó a la muerte. Una presencia que ya conocía se manifestó en la habitación. Encendió la solitaria y polvorienta bombilla que pendía del techo, pero Ana, aunque invisible, continuaba allí. Envuelta en una bata recubierta de pelo de borrego y diseñada con dulces motivos invernales, cerró la puerta y buscó la cocina. Al salir, encontró un largo pasillo oscuro de paredes estucadas blancas. Sumida en las sombras de una mañana cenicienta, lo recorrió arrastrando los pies. Entró por error en una de las habitaciones vacías que su madre había habilitado de despacho-biblioteca y la encontró, al igual que el resto de la casa, sombría. El piso de techos artesonados y suelo de baldosas sin brillo verde botella, sobre las que se dibujaban enormes figuras geométricas en beige y granate, era el tercero —contando el entresuelo—, de un edificio antiguo que al estar rodeado de bloques no recibía demasiada luz. La penumbra del pasillo y el hecho de que todavía no se había familiarizado con su nuevo hogar la llevaron esta vez al baño, donde rodeado de azulejos deslucidos descansaba un solitario lavabo, un *romi*, y un wáter de cadena. Recordó la película de *psicosis* al ver la cortina de plástico caer sobre la bañera y le entró el pánico. Cuando encontró, por fin, la cocina, descubrió que Nieves le había dejado sobre la mesa, un generoso y succulento desayuno: una bandeja con ensaimadas, croissants minis y un bizcocho de limón recién horneado, una tetera con leche y un bote de cola cao *energy* sin empezar, al lado, una tacita de *Mr Wonderful* con el dibujo de una tostada y un bote de mermelada que entrelazaban sus manos en medio de una amplia sonrisa. El mensaje, aunque cargado de intención, no podía ser más desafortunado:

«Despertarme a tu lado es lo más de lo más».

Técnicamente se había despertado en compañía del alma en pena de

una difunta que no tenía el gusto, ni la intención de conocer. Sobre la servilleta de corazones una nota de su madre:

*«Buenos días cariño. Me encanta tenerte de nuevo en casa.
Hoy va a ser un día duro de trabajo, pero intentaré llegar pronto.
He llamado a la tía Ángela para que te haga compañía. Descansa.
Te quiere, mamá».*

Buscó el microondas. No había. Tuvo que calentarse la leche al fuego en un antiguo cacito de hierro. Tomó café.

«Eres patética, mamá», se dijo lanzando la nota y el bote de *Colacao* a la basura.

Agarró la taza humeante y sopló antes de hacer una llamada que hacía demasiado tiempo que nadie contestaba. Junto a la cocina había un lavadero con una enorme ventana de hojas correderas que daba a un patio de luces; miró hacia arriba y entró en un largo y estrecho túnel de tendederos al final de cual se intuía un cuadrado de pequeñas dimensiones por el que se colaba una luz blanquecina y eléctrica. El olor a humedad que desprendía aquel patio sombrío se mezclaba con el aroma de los suavizantes de la ropa recién tendida y de comida. Acostumbrada a las casas bajas del centro de Toledo aquella construcción le pareció fascinante y tétrica. Dando pequeños sorbos de café arrastró los pies hasta el estrecho balcón del salón. La vida de la ciudad trascurría veloz bajo sus pies: un hervidero de coches desfilaba por la calle Valencia. La gente, con los abrigos pegados a su cuerpo, luchaban contra el viento que les retenía el paso. Observó las tablillas de la americana azotar el trasero de un ejecutivo, se ciñó la bata y dio otro sorbo de café. No hacía falta más que contemplar las ramas semidesnudas y las hojas secas que el viento barría sobre la acera para saber que el otoño había llegado, no solo a su alma, también a la ciudad.

La idea de ver a la tía Ángela la alegraba, pero continuar en aquel espacio huero, bajo la oscuridad impuesta por la escasa presencia de ventanas exteriores y un día ceniciento, la asfixiaba. Se detuvo en las sombras del pasillo y supo que Ana volvería en cualquier momento, de hecho, estaba segura de que continuaba allí, escondida. Desobedeciendo las recomendaciones médicas, se vistió.

En aquella escuela, había una pareja de gemelas, María y Desirée. Salían por la mañana juntas de casa, y recorrían la calle Valencia a un paso irregular.

Normalmente Desirée dejaría atrás a su hermana, pero aquella mañana llegaba tarde y María hacía rato que estaba en clase. Desirée había pasado mala noche. Caminaba sin prisa, absorta en una bella canción tan siniestra como romántica, cuando Alba la embistió. La joven que camuflaba bajo un abrigo largo de terciopelo, un vestido corto y vaporoso, la miró severa, desde la profundidad de unos ojos tan negros como un eclipse de sol. Abrió los labios púrpura que reverberaron sobre su palidez para proferirle un reproche cargado de intención, cuando observó, irritada, que Alba, tras disculparse, atravesaba ya la puerta de hierro del colegio sin reparar en los coches de policía aparcados sobre la acera.

Subía de dos en dos las escaleras que la conducían a la primera planta. Su madre le había indicado que su clase se encontraba junto al despacho de dirección que permanecía con las cortinas de persiana echadas.

—Tranquila, no hemos empezado todavía —la voz grave de Aleix, la detuvo en seco.

Recostada sobre el marco de la puerta, intentaba recomponerse cuando recibió un codazo inesperado. Por más que se quejó no logró detener a Desirée que, altiva, la rebasaba.

—Creo que no le gustas—aseguró Aleix.

—Ni ella a mi—replicó.

La mañana de aquella semana previa al puente de Todos los Santos, la clase estaba más alterada que de costumbre. Sin profesores, los alumnos formaban grupitos bulliciosos sobre los pupitres, o en los pasillos. La chica gótica sentada junto a Roger compartía auriculares y música, mientras se balanceaba sobre una silla que sostenía todo su peso con las dos patas traseras.

—Te quieres estar quieto que se me cae el casco—lo amonestó.

—Tienes mala cara—observó Roger.

—Me he despertado varias veces en la noche. Mi habitación olía a azufre y vainilla.

—Mal asunto entonces...

Desirée asintió.

—Algo pasa...

Entre tanto en el aula y los pasillos, en voz baja, se propagaban todo

tipo de especulaciones sobre el motivo de tanto retraso y la presencia policial de la puerta; algunas de lo más extravagantes. María se acercó acompañada de Aleix y se sentó junto a ellos mientras Alba observaba la estancia desde la entrada. Era amplia y bien iluminada, con una tarima sobre la que se asentaba el pupitre del profesor y una pizarra oculta tras la pantalla de un proyector.

Dos agentes de policía se personaron en el pasillo e indicaron a los alumnos que entraran en clase.

Cabizbaja recorrió el pasillo entre pupitres, con la atención puesta en la virgen apostada en un pedestal de madera. Se estiró el jersey al pasar junto a ella y se dirigió al único sitio vacío junto al grupo de jóvenes, pero Desirée le impidió sentarse:

—Está ocupado.

—Ah, sí. ¿Por quién? ¿Por un espíritu?, porque yo no veo a nadie—respondió Alba mordaz.

Desirée le dedicó una mirada gélida.

—Es el sitio de nuestra amiga Ana, vendrá de un momento a otro—intervino María en tono conciliador, mientras se recogía su cuidada melena rubia en un coiletero rosa.

Envuelta en un mal presagio se dio media vuelta y se sentó junto a la ventana, en la última fila. Desde aquella discreta posición vio entrar a su madre acompañada por el inspector Oliver Albiol, al que creyó reconocer de la noche anterior, y dos personas más.

Con la certeza absoluta de lo que iba acontecer, se deslizó por la silla hasta quedar parapetada tras la espalda del joven robusto que tenía en frente.

Nieves parecía estar repasando mentalmente los consejos que había recibido de la psicóloga y del inspector, sobre cómo debía dirigirse a los alumnos y la información que le estaba permitido compartir. Subió a la tarima decidida, pero las dos gruesas líneas amoratadas subrayando sus ojos claros, y la mancha de sudor en pernera del pantalón, delataban su nerviosismo.

Situada tras la mesa del profesor, se secó de nuevo las manos en el pantalón.

—Buenos días a todos y disculpad el retraso.

Un silencio impaciente se instaló en el aula dificultando una intervención ya de por sí complicada

—...Como habréis comprobado—continuó— vuestra compañera Ana García, compañera y amiga —matizó—; hoy no ha venido a clase...

Un rumor de susurros interrumpía el mensaje que la directora intentaba dar, al tiempo que todas las miradas se dirigían al solitario pupitre de la joven.

—Quizá alguno de vosotros ha escuchado ya algo...—

El aula se cubrió de un silencio denso mientras Nieves arrastrando las palabras intentaba continuar:

—Ana en realidad no está en clase... de hecho, no va a volver al colegio...

—¿Por qué? —Se escuchó desde algún lugar de la clase.

Con la voz quebrada por la emoción, necesitó la ayuda del Subinspector Vidal para dar el fatídico mensaje.

—Lamento comunicaros, que vuestra compañera Ana García esta madrugada ha sido encontrada muerta.

El grito ahogado de Alba no pasó desapercibido para Desireé, que insistía en observarla. Nieves, por el contrario, no se había percatado de la presencia de su hija en el aula. El inspector reprendía a su compañero por la falta de tacto y, el rumor que recorría el aula fue silenciado, de pronto, por el estallido de un llanto. María, ahogada por las lágrimas suplicaba a Roger que buscara información sobre lo sucedido en su teléfono móvil. Pero la rápida intervención de policías y profesores interceptando cualquier intento de conexión de los chicos en las redes sociales, evitó que circularan los detalles macabros, que a esa hora, la prensa ya había filtrado.

Llegados al punto de mayor dramatismo, Nieves sintió que debía recobrar la compostura. Les concedió unos minutos para que expresaran su dolor, su perplejidad e incluso su rabia y luego prosiguió.

—Comprendo y comparto vuestro dolor.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo? ¿Quién ha sido? —Preguntó una alumna con lágrimas en los ojos.

— No sabemos... no podemos adelantaros nada más. Ahora, y ante esta desgraciada circunstancia debemos pensar en ayudar a Ana y para ello la policía solicita nuestra colaboración—continuó, ante las muestras de asentimiento de los chicos que se mostraban predispuestos a colaborar—. Os vamos a entregar unas autorizaciones que deberéis traer cumplimentadas entre esta tarde y mañana a más tardar—dijo entregándole un bloque de papeles a la alumna de la primera fila que cogió uno y fue pasándolo el resto a los demás compañeros—. Necesitamos que vuestros padres y tutores den su

consentimiento para que la policía os haga algunas preguntas.

—¿A nosotros? ¿Por qué? —interrumpió un alumno.

—Por favor...—pidió silencio—como sois menores de edad os acompañará en el interrogatorio la abogada del colegio, la señora Ferrer.

María y Desireé se miraron. Era su madre.

Ni al inspector Albiol, ni a la abogada les pareció adecuado que la directora utilizara la palabra interrogatorio y mostraron su desaprobación con un mal disimulado carraspeo de garganta. Querían evitar a toda costa el alarmismo que se instaló de inmediato en los jóvenes.

—¿Para qué necesitamos un abogado?! —gritó un alumno.

La pregunta avivó el temor del resto, que se vieron repentinamente amenazados por la presencia no sólo de la policía, sino de los demás adultos que trataban sin éxito que mantuvieran la calma.

De entre todos quien se mostraba más inquieto era Aleix. Sentado junto a Desireé y Roger completaba el trío más singular del curso. El atractivo del chico y su popularidad contrarrestaba con la imagen de adolescentes rebeldes que aportaban sus amigos. En el momento en el que se comunicó la muerte de Ana sintió algunas miradas desplomarse sobre él. Aunque nunca se llegó a confirmar una relación entre ellos, era sabido por todos que habían mantenido algunos encuentros esporádicos, de los que Ana acostumbraba a salir enamorada y herida a partes iguales.

—Comprendemos que esto es complicado para vosotros, lo es para todos —aseguró la directora intentando que su voz destacara sobre la de los chicos—, pero necesitamos... Ana necesita, que ayudéis a la policía en todo cuanto podáis—la última frase sonó a súplica.

Algunos alumnos se mostraron reticentes en un principio, si bien, todos acabaron aceptando colaborar.

Con el corazón partido, Nieves dejó el aula en custodia de dos agentes.

Las teorías más variopintas fueron circulando de boca en boca, entre los alumnos.

Alba pidió permiso para salir al baño y al cruzar el umbral de la puerta escuchó a uno de los agentes, el agente Fernández, comentar:

—¿No es esa la chica de anoche?

—Sí.

—¿Qué hace aquí? Pensé que no conocía a la fallecida.

—Pues parece que no solo la conoce, sino que van a la misma clase.

La conversación no pasó desapercibida para Desirée que decidió seguirla. En silencio esperó a que Alba abriera la puerta del baño. Con los ojos inyectados en sangre por el esfuerzo al vomitar resopló al verla.

—¿Qué es lo que quieres?

—Creo que no hemos empezado con muy buen pie—aseguró Desirée en un tono que bien podría sonar a disculpa—me llamo Desi—dijo con la elegancia de una gárgola ofreciéndole su mano enguantada.

Alba la observó con fingido interés y preguntó irónica:

—¿Mi madre te deja venir a clase con esas pintas? —inmediatamente se arrepintió de sus desafortunadas palabras al descubrir el brillo que se encendía en la mirada de su interlocutora, que ahora, le sonreía maliciosa.

—Así que eres la nena de la directora.

Alba le propinó un empujón para salir.

—¿Dé qué te conoce la pasma? —La retuvo agarrándola fuertemente del brazo.

De un fuerte tirón logró zafarse y volver a clase, aunque con la enigmática joven pisándole los talones.

—Contesta—insistía mientras la perseguía.

A medio camino Desirée se detuvo y se agachó para recoger algo que se le había caído a la joven. En el anverso de una etiqueta de *Diazepan* en suero encontró algo inquietante escrito con muy mala letra:

Ana García ¿Ahora?

3.

Custodiada por su madre que se esforzaba en mostrar su enfado a la menor ocasión, volvió a casa. Sumergidas en los mismos pensamientos, aunque con preocupaciones diferentes, comieron calladas. Solo el tintineo metálico de los cubiertos y el pesado tic tac del reloj de pared se elevaba sobre el obligado silencio. Alba observaba el reloj, y le pareció tan antiguo como el tiempo que parecía desplomarse como una losa sobre su frágil minuterero. Nieves sustituyó el postre por un café solo y largo, que bebió a grandes sorbos mientras ojeaba la Vanguardia. En el apartado de sucesos la muerte de Ana ocupaba un lugar más que destacado. Alba que la miraba de soslayo, la descubrió suspirando ante la perspectiva de una tarde complicada en el colegio. Habían transcendido demasiados detalles escabrosos, como la disposición del cadáver o la extraña presencia de una joven sonámbula en la escena. El sonido metálico del timbre anunció una visita esperada por ambas. Nieves se cruzó en la puerta al salir con Ángela, su hermana, a la que rogó antes de marcharse:

—Cuida de ella, no está bien.

El encuentro entre ellas fue cálido. Fundidas en un fuerte abrazo, Alba sepultó el rostro en el pecho de su tía hasta humedecerlo mientras Ángela le besaba la cabeza.

— ¿Cómo te encuentras brujita?

Su tía era lo más parecido a una madre que había tenido a pesar de la distancia. La miró con aquellos ojos miel que compartían y se encogió de hombros. Su tía le acarició la larga melena caoba y le plantó un sonoro beso en la frente.

—¿Quieres que hablemos de ello?

—No, ahora no. Quizá en otro momento.

Con la clara intención de entretenerla Ángela sacó su *iphone* del bolso.

—¿Sabes? En casa estoy haciendo desde hace un tiempo algo que te encantaría que compartiéramos...

—¿El qué? —intervino.

—Una casa de muñecas.

— ¿¡De veras!?

Mostrándole varias fotos, asintió.

—Tata, ¡es genial!

—Si quieres mañana podrías venir. Tu tío me acaba de traer las piezas

nuevas. Mira, la muñequita ya la tengo. Es bonita, ¿verdad?

Alba la miró y le encontró un notable parecido a su tía.

—Sí, es preciosa...me hubiera gustado tanto tener una así...—aseguró ensombrecida.

Varios recuerdos de su niñez cruzaron su mente. Su madre había delegado en la tía Catalina sus cuidados, su infancia e incluidos los besos que nunca recibió.

En su habitación de niña no había muñecas. Estaban prohibidas. Una solitaria cama junto a una pequeña cómoda donde guardaba los vestidos que nunca quería ponerse, un espejo cubierto por con una sábana para evitar que las almas que solían visitarla quedaran atrapadas en el cristal, una jofaina—una palangana de barro cocido—, un aguamanil tan antiguo como la casa donde vivían en Toledo y un crucificado en la cabecera de la cama formaban su espacio infantil.

—Mi habitación era triste, nunca tuve una muñeca, ni siquiera de trapo...—se quejó.

—A tu madre le dan miedo, ya lo sabes.

—Pero no es justo. Todas mis amigas jugaban con muñecas ¿Por qué yo no?

—Brujita ya lo sabes... La *pediofobia*—, decía mientras peinaban con sus dedos afilados la melena de su sobrina—, es una fobia como otra cualquiera, es un miedo irracional a las muñecas... Los miedos, las fobias, la mayoría de las veces y, por desgracia, no les producen dolor solo a quienes los sufren, también a su entorno. Tú mejor que nadie deberías entenderlo...

—Cuando fui al médico por lo de mis terrores nocturnos, el doctor nos explicó, que las fobias era un trastorno que tenían su origen en la niñez. Me sometieron a varias sesiones de hipnosis para averiguar qué me pasó. A ella debió de pasarle algo de pequeña también...

Ángela palideció.

—No lo sé cariño, no lo sé—mintió, a pesar de que tenía aquel momento tan presente como si acabara de vivirlo.

Varios golpes secos en la puerta salvaron a Ángela de una conversación comprometida.

Antes de que pudiera preguntarse quién llamaba así Alba escuchó a la portera anunciar la presencia de los *mossos d'escuadra*. Merceditas era una mujer que había traspasado el umbral de la jubilación hacía varios años, pero

se había criado en aquella portería y allí seguía, en el entresuelo. Se había cruzado un par de veces con ella y le había parecido entrometidamente simpática.

En tan solo unos minutos el inspector Vidal hizo suyo cada rincón de la habitación mientras Ángela intentaba deshacerse de la portera. Inspeccionó las paredes semidesnudas, pintadas de un horterero rosa chicle. De la enorme librería mal atornillada, repleta de sagas de adolescentes destacaba algún clásico. Todavía quedaban varias cajas de libros por colocar junto al escritorio, sobre el que descansaba un portátil abierto.

El inspector Albiol movió el táctil con la intención de iluminar la pantalla y en ella, apareció un listado de páginas, resultado de haber puesto en *google* la palabra: *ahora*.

Tomó nota de la búsqueda en su libreta roja, después, centró su atención en la joven que, parapetada tras un cojín, parecía protegerse.

—Alba, soy el Inspector Oliver Albiol y estoy aquí para intentar aclarar lo sucedido con Ana. ¿Cómo te encuentras? —le preguntó acercando la silla donde estaba sentado a la cama.

Su respuesta fue vaga:

—Bien.

—Me alegro. Me gustaría hacerte unas preguntas, pero solo si tú quieres.

Vidal carraspeó y Albiol lo miró de soslayo.

Alba asintió con un gesto apocado.

—¿Recuerdas lo sucedido anoche?

—No sé...

—Podemos empezar por donde tú quieras. Iremos despacio. Cuéntame lo primero que recuerdas.

A un tiempo de silencio le sucedieron las palabras atropelladas de la joven:

—Mi madre había llegado de clase, me preparó la cena y se marchó al gimnasio, yo estaba muy cansada del viaje y me acosté...después me desperté en el hospital.

El inspector se fijó en un *sándwich* sin tocar, que descansaba sobre la mesita de noche junto a un botellín de *Cacaolat*.

—¿Recuerdas qué hora era cuando te fuiste a dormir?

—Sobre la diez.

—Y, de cómo llegaste al laberinto, ¿recuerdas algo?

Alba se removió tras el cojín y negó con la cabeza.

—No conocías a Ana García, la chica muerta, sin embargo, sois compañeras de clase—aseguró consultando su libreta— ¿Alguien, quizá tu madre, te había hablado de ella antes?

Alba negó de nuevo.

—Alba—dijo acercándose en tono confidencial—, ¿Qué explicación le darías al hecho de que te encontrásemos en el lugar de un crimen, y que la víctima resulte ser una compañera de clase?

Sentada sobre la cama, abrazada a las rodillas subió los hombros. Aquel sencillo gesto fue suficiente para el Inspector.

—Tu madre nos ha contado que tienes terrores nocturnos, ¿crees que eso tiene algo que ver con lo sucedido aquella noche?

Alba bajó la mirada en señal de afirmación, cuando el teléfono móvil del Inspector Olivier sonó.

Era del Instituto médico forense, seguramente el doctor del Valle a esas alturas ya disponía de información relevante.

Mirando a la joven de reojo abandonó la habitación. Espoleado por la urgencia de la llamada, no se detuvo en el temor que su ausencia provocó en Alba. Tras el cojín que apretaba entre sus rodillas, el pecho y los brazos, lanzaba insistentes miradas al subinspector Vidal.

Un silencio espeso se impuso entre ellos. El subinspector lo mantuvo con execrable intención mientras repasaba, acariciando con la yema de los dedos todos los lomos de los libros de una de las repisas de la librería. Como si tocara el piano, los recorrió de izquierda a derecha, luego, volvió hacia atrás y se detuvo en uno.

Lo cogió y blandiéndolo frente a ella leyó para sí mismo.

«El poder de las velas»

—¿Te gusta la magia? —preguntó mordaz.

—No es mío—respondió con voz tiritona—. Es de Irene, mi mejor amiga.

Vidal soltó el ejemplar y cogió otro: «La ouija»,

—Este también será de Irene, supongo.

—No. Ese es mío, me lo regaló mi tía Catalina.

Vidal chasqueó la lengua y siguió repasando la particular biblioteca de Alba. Su rostro, a la luz ocre de la solitaria bombilla que colgaba del techo, parecía una máscara de cera, imprimía el mismo terror en ella. Leyó: Crepúsculo, Oscuros, Retrum, el dueño de las sombras, la trilogía completa

de Eblus... hasta detenerse en: «El tercer secreto de Fátima».

—Déjame adivinar—dijo mostrándole la portada con la virgen y una amplia sonrisa—. Este es de tu madre.

Alba desvió la mirada hacia la puerta al advertir el tono sarcástico del subinspector. Ángela no tuvo más que observar el rostro macilento de la joven al entrar y el gesto furibundo de Vidal para imaginar lo que estaba pasando.

—¿Estás cansada brujita?

El inspector Albiol había entrado tras ella, y del mismo modo, sintió el temor de la joven. Acercándose a la chica para mostrarle su apoyo, lanzó un gesto de reproche a su compañero que intentó disculparse.

—Charlábamos de libros, mientras esperábamos.

El sonido metálico del timbre interrumpió una excusa que nadie, ni siquiera él se creía. Poco después apareció María.

—Alba, ella es María. Dice que es compañera tuya de clase y ha venido a hacerte una visita—. Anunció Ángela.

La joven puso un gesto de sorpresa que no pasó inadvertido a Albiol. Con intencionado disimulo dejó a las chicas solas, asegurándose primero, de dejar la puerta, al salir, entreabierta.

Cuando María supo que Alba había sido sorprendida en el lugar donde hallaron el cadáver de su amiga Ana, averiguó su domicilio. Esperando encontrarla sola, fue a visitarla. No esperaba que estuviera tan acompañada. Al principio, y sorprendidas la dos, aunque por motivos distintos, se dedicaron a mirarse sin mediar palabra. Finalmente, Alba resolvió preguntar:

—¿Te manda mi madre?

—No, claro que no.

Los silencios entre las chicas se sucedían, incómodos, interrumpidos de vez en cuando por algún profundo suspiro.

— ¿Conocías a Ana?

—No, claro que no—Su respuesta encerraba un matiz irónico que molestó a María.

—En el telediario han dicho que anoche junto a su cuerpo encontraron a una chica sonámbula, mi hermana Desi, dice que escuchó a dos agentes decir que eras tú.

Alba enarcó las cejas y decidió no responder. Aferrada al cojín la miró un tanto altiva.

—Era mi mejor amiga...

Arrastrando la palabra «mejor amiga», María, taciturna, despertó su compasión.

—No sé nada de lo que le pudo pasar a tu amiga. Lo juro.

Oliver se había asegurado que Alba decía la verdad así que con el falso pretexto de despedirse entró en la habitación.

—¿Se sabe algo de Ana? —preguntó María al verlo entrar apretándose uno de sus pendientes de perlas.

El gestó no pasó desapercibido a Vidal, especialista en perfiles psicológicos.

—Es pronto todavía... ¿Erais amigas?

—Las mejores—reseñó.

—Siento lo ocurrido...

—¿Encontraran al culpable verdad? —preguntó reteniéndolo.

—Haremos todo lo posible. ¿Sabes si Ana tenía pareja?

La pregunta sorprendió a la joven, y la hizo dudar sobre la respuesta.

—Pareja... no... Bueno... de vez en cuando se veía con Aleix y...

—El guapito, el que acompaña a la gótica —apostó Vidal repasando sus notas— Nervioso. Sí, aquí lo pone. Estaba muy nervioso—aseguró para sí mismo señalando con el dedo índice la libretilla.

—Ibas a decir algo más—continuó Oliver sin prestarle demasiada atención a su compañero.

—Decían que por despecho se había liado con el profe del gimnasio, pero eso no es verdad. Me lo hubiera contado.

—Menuda joyita—murmuró hosco Vidal.

—Notaste algún comportamiento extraño en ella últimamente —continuó ignorando al subinspector que no dejaba de interrumpirle.

—No sé... quizá que no se encontraba muy bien. Me dijo que tenía cita con el médico...

—¿Qué médico?

—El gine.

—Su madre no nos ha comentado nada de esa visita.

María bajo la mirada.

—En realidad, no lo sabía. Fue sola.

—¿No la acompañaste? Era tu mejor amiga.

—Bueno, en realidad, yo...

El inspector que acostumbraba a hablar de forma tranquila y segura,

esta vez no le ofreció el tiempo necesario y la interrumpió visiblemente alterado.

—Supongo que una chica de tu edad va a esa clase de médicos con su mejor amiga sino quiere que se enteren sus padres. ¿Recuerdas el nombre del doctor?

En la habitación casi pudo escucharse el castaño de sus dientes al responder:

—Jordi, Jordi Sau.

—Inspector, la chica no tiene autorización de sus padres para que la interrogue. Le recuerdo que es menor—intervino Ángela—así que le ruego que, si no tienen más preguntas para mi sobrina, la dejen descansar. De lo contrario tendré que avisar a sus madres. A las de ambas.

Rendido a la advertencia de Ángela, decidió poner fin al interrogatorio.

—Si recordáis algo que creáis que puede ser de ayuda. Llamadme—les dijo a las chicas tendiéndoles una tarjeta de visita con el número de la comisaria en el anverso y su número personal en el reverso.

—Inspector...—dijo Ángela en tono admonitorio.

—Podéis llamarme en cualquier momento a este número.

—Inspector. No ponga a prueba mi paciencia.

Oliver se dirigió a la salida, a una corta distancia lo seguía Vidal, su sonrisa amplia parecía mostrar un gran triunfo.

—Se nos ha puesto brava la tía eh. Un interrogatorio brillante jefe—aseguró irónico—Hasta el final, claro...—murmuró.

—La joven sabe más de lo que dice, pero teme confesar sus impresiones por no ser del todo convencionales—respondió severo.

—A veces romper las reglas es la única forma de averiguar la verdad y eso, lo ha hecho de escándalo, lo felicito. Casi lo consigue.

—Del Valle me ha comunicado que a la chica le practicaron una cesárea post mortem. Han extraído y robado el feto. Imbécil.

La última palabra, quizá solo la pensó.

Los pasos seguros de ambos dirección al coche se elevaban sobre el silencio, casi agresivo, impuesto por su rivalidad. Olivier dibujó una mueca de doliente triunfo al contemplar cómo se disolvía la sonrisa de Vidal. Le parecía pegajosa y hasta algo asquerosa. Subió al coche patrulla y arrancó el motor, asegurándose antes de mantener los pestillos cerrados.

—Cójase un taxi—Escuchó Vidal que le ordenaba a través de la ranura de la ventanilla del copiloto que había bajado lo justo para dirigirse a él.

Vidal apretó los dientes y asintió con manifiesta displicencia.

—Valiente estúpido engreído...—murmuraba entre dientes mientras intentaba sin éxito parar un taxi— Un momento—. Se dijo—¿Ha dicho una cesárea post mortem, eso es después de muerta? ¿Qué han robado el feto? ¡El feto! ¡Joder estaba preñada!.

Tan insólito era que María y Desirée compartieran confesiones durante todo el trayecto, como lo que se encontraron al llegar a las puertas del colegio. Casi de forma automática se unieron al grupo de compañeros que esperaba a un lado de la entrada. Nadie perdía detalle de los coches de los *mossos d'escuadra*, ni de la pareja de agentes que, apostados en el umbral de la puerta de entrada, pedían a los alumnos de último curso que aguardaran fuera. Desirée se separó un poco del grupo y se acercó a Roger sin quitar la vista de Alba que permanecía sentada, sola, en la escalinata que daba acceso a la Iglesia del centro.

—¿Qué pasa ahora?

—Ni idea. No nos dejan entrar. Dicen que están organizando algo en el salón de actos. Los otros cursos han entrado por la puerta de la secretaría—. Respondió— Y a ti, ¿qué te pasa con la nueva? No dejas de mirarla.

—Nada...

Roger descubrió en sus ojos taimados un brillo diferente.

—Ya...

El sonido del motor de un vehículo estacionando sobre la acera, captó la atención de los chicos, de él, descendieron con semblante serio el Inspector Albiol y Vidal.

El subinspector escrutó a los jóvenes que aguardaban impacientes en la entrada, mientras Oliver ordenaba a sus agentes que condujeran a todo el mundo hasta el salón de actos del colegio, donde ya se había preparado un dispositivo de grabación con la intención de no dejar escapar ninguna reacción llamativa, o gesto delator de los alumnos. La policía junto a la dirección del centro, habían acordado pasar una película que relajaría el ambiente, mientras los jóvenes, eran llamados a la sala de profesores, donde se había dispuesto todo para los interrogatorios, que se harían en presencia de Mayte Salinas, la psicóloga y Berta Ferrer, la abogada.

Con paso lento, e inmersos en un respetuoso silencio, los alumnos formaron una gruesa fila que atravesaba un largo pasillo con banquetes de madera a cada lado. En el lado izquierdo un enorme ventanal descubría el patio que daba paso al comedor de las monjas. El verdor en las hojas de los helechos y el sonido del agua cristalina de la fuente de piedra recordaba una paz que desde la muerte de Ana todos parecían haber olvidado.

Al llegar junto a la puerta que daba acceso al patio que conducía al

salón de actos, dos alumnos emprendieron una huida sospechosa. El primero se escabulló de la multitud, dirección a unas escaleras por las que se accedía a los vestuarios de los chicos junto a la clase de preescolar, el segundo le lanzó una mochila desde una distancia insuficiente. La bolsa cayó en tierra de nadie. Ambos, en un intento desesperado de no ser descubiertos, se tiraron a recogerla, cuando un agente la agarró y la alzó victorioso. Uno de los jóvenes quedó tendido en el suelo observando como su compañero se escapaba.

—¿Qué llevas ahí? —inquirió el agente.

—Nada—balbuceó preso del pánico.

El policía le ordenó que se levantara, abrió la mochila y sacó un par de libros de bachillerato, un móvil, papel de fumar y un paquete de tabaco de liar. Estaba a punto de abrirlo cuando en el interior de la bolsa, algo captó su atención. Arrugado y marcado con rotulador luminiscente, apareció un mapa del Laberinto de Horta que el agente desplegó. Como abejas a la miel, los policías acudieron de inmediato.

—¿Dón-de- i-bas? —preguntó Vidal entre dientes mientras lo zarandeaba.

El chico, como un títere, se movió sin oponer resistencia.

—¿Cómo te llamas?

Ante el nuevo zarandeo el joven respondió a media voz.

—Borja.

—No te escuchado. Más alto Bor-ja.

El joven sin atreverse a mirarle el ojo, sintió como su cuerpo tiritaba.

— Borja, Borja Vera.

—Muy bien Borja Vera, así me gusta. Ahora, ¿Me vas a decir qué es esto?

—Un mapa.

El merecido coscorrón que le propinó, le valió más tarde una buena reprimenda de su superior.

—Nos ha salido gra-cio-si-llo.

— ¿Qué quieren decir estas marcas? —intervino el agente Fernández señalando varias cruces.

—Formo parte de un grupo de juegos de rol en vivo. Ese es el mapa de actuación—.El joven que ya sabía por la prensa que Ana García la habían encontrado muerta, en el laberinto de Horta, se apresuró a matizar—: Hay muchos más—aseguró mostrando un sinfín de planos de varios lugares emblemáticos de Barcelona.

El rostro de Oliver Albiol que observaba la escena a cierta distancia se relajó. El agente Bonet estaba a su lado. Era un apasionado del rol y logró explicarle su funcionamiento con claridad suficiente para que Albiol acabara de tranquilizarse.

—En el rol en vivo los jugadores actúan en el mundo real, interpretan a sus personajes en el lugar escogido, se disfrazan y viven de forma normal, pero actuando mediante códigos establecidos por el *game master*. Por ejemplo acercarse a otro jugador y decirle al oído : estás muerto, es suficiente para que este entienda que ha perdido una vida.

Sin perder de vista su entorno, Albiol lo escuchaba con atención.

—La muerte de Ana podría ser parte de un juego de rol—.Le susurró Vidal, pero Oliver no lo escuchó, como un cazador que apunta a su presa, se separó del grupo y se dirigió con sigilo hacia la puerta de entrada al gimnasio. La empujó y golpeó una sombra que se parapetaba tras ella.

—Así que os dedicáis a matar chicas—sentenció mientras arrastraba a un joven hacía su compañero de partida.

—¿Qué...?

El rostro de ambos palideció ante la perspectiva de una acusación mucho más grave que la que habían intentado evitar.

La imagen de aquella chica tirada en la madrugada, desnuda, recogida sobre sí misma, muerta, con los ojos cosidos sobre una cama de hojas mojadas de rocío cruzó la mente del inspector. Los observó con atención: los pantalones, varias tallas más grandes, y la amplia sudadera no conseguían ocultaban su delgadez.

—¿Tenéis algo que contar? — reculó.

Ambos miraron el paquete de tabaco picado que sostenía Fernández. El policía lo abrió y descubrió en su interior una piedra de hachís y una bolsita de hierbas trituradas que olfateó.

—Marihuana —aseguró.

Con media sonrisa insondable, y un enorme peso arrancado del pecho, el Inspector Albiol se dirigió sin mediar palabra al salón de actos.

—Encárguese usted de ellos—le indicó antes de marcharse a uno de sus hombres—. Y usted, Vidal, no sea tan impulsivo hombre.

El jaleo que se había formado durante la espera cesó de pronto con la entrada en el salón de la directora, acompañada por la psicóloga del centro, una mujer de figura envidiable, que no mostraba los efectos de su reciente

maternidad. Nadie se movía y no hizo falta pedir silencio. De manera automática cada alumno había ocupado su asiento.

—Buenos días—dijo Nieves—. Todos habéis presentado vuestras autorizaciones, por lo que os iremos llamando de uno en uno. Los demás esperareis aquí. Hemos decidido pasaros una película mientras os toca vuestro turno.

Nieves llamó a Desirée mientras el profesor de historia destacaba los valores del film escogido: la pasión de Cristo. Una obra con escenas demasiado fuertes que habían suscitado las insistentes negativas de la psicóloga del centro y de la propia Nieves. Los policías, por su parte, habían alegado que las escenas de sufrimiento provocarían reacciones diversas en los alumnos, que al estar siendo gravadas podrían ser analizadas desde el punto de vista psicológico, algo de gran valor para los especialistas en perfiles criminales, como Vidal, asignados al caso.

—Los alumnos mostraran sus reacciones ante el dolor ajeno, y eso nos permitirá dirigir con mayor precisión los interrogatorios—. Argumentó el responsable de la unidad de estudio del comportamiento criminal.

Argumento que había acabado de convencerlas.

La sala de profesores situada en la primera planta nunca le había parecido tan fría como aquella mañana. Desirée entró cubierta por un vestido de terciopelo negro y ajustado que marcaba su esbelta figura. Lucía hermosa y pálida con los labios pintados de escarlata y dispuesta a provocar a los agentes que la observaban embelesados. La melena negra como la noche y rizada no cubría su espalda desnuda. Consciente de su erotismo, la mostró con descaro recogiendo el pelo sobre el hombro izquierdo. Oliver se removió en la silla y Vidal dijo algo que nadie pudo escuchar. Subida sobre sus botines de tacón esperó a que la invitaran a sentarse. Nieves, dibujó un gesto de fastidio y miró Berta, su madre. Ella le lanzó una fingida mirada de reproche, pues bajo aquel formal traje de chaqueta, la abogada, escondía un erotismo salvaje, solo comparable al de su hija.

—Siéntate, por favor—le indicó el inspector.

La mesa era redonda y compartían asiento en forma de media luna: Nieves, la directora; Berta, su madre y abogada; Mayte, la psicóloga; el inspector jefe de los *mossos*, Oliver Albiol, y el subinspector Vidal.

Cuando Desirée se sentó frente a ellos, Oliver pudo sentir como cruzaba las piernas bajo la mesa.

—Desi, hemos empezado por ti porque al estar tu madre aquí, ya tenemos su consentimiento, no es por ningún otro motivo. Después de ti llamaremos a María, tu hermana—. Le aclaró Nieves.

Mostrando un intencionado gesto pueril, Desirée asintió cortés.

—¿Quieres un poquito de agua?—Le preguntó Mayte.

La chica negó con un gesto apocado.

—¿Estás nerviosa?—preguntó Oliver.

Vidal chasqueó la lengua y dio unos toquecitos con los dedos sobre la madera.

—Estoy bien—mintió dirigiéndole una mirada electrizante al subinspector—. Queréis empezar de una vez, que este se está poniendo nervioso.

—Serán unas preguntas rápidas, rutinarias— Apuntó, dirigiéndose a Berta que lo observaba con evidentes síntomas de intranquilidad—. ¿Recuerdas la última vez que viste a Ana?

—Sí. El lunes pasado.

— ¿Dónde fue?

—En clase.

—Eráis amigas ¿no?

—Eso ya lo sabe, inspector.

—Y al salir de clase ¿Qué sueles hacer con tus amigos?

—Entre semana a veces estudiamos juntas, los lunes y miércoles vamos al gimnasio, ellas hacen *spinning*, yo me quedo en la cafetería o en un parque que hay al lado leyendo y los viernes vamos al local de Aleix donde ensayamos para el concierto benéfico que daremos para *Halloween*, el sábado está reservado a la noche de chicas.

—¿Y aquel día no fuisteis al gimnasio al salir de clase? Era lunes.

—Ya le he dicho que yo no voy al gym.

—Pero Ana sí.

—Ese día no.

Desirée fijaba su mirada en Oliver que empezaba a perderse en la oscuridad de sus ojos.

—¿Dónde fue Ana ese día? —intervino Vidal.

—Tenía médico y luego... visita con el loquero—dijo inclinando ligeramente la cabeza hacia Mayte que se mordisqueaba las uñas.

—Jovencita, si Ana era tú amiga, será mejor que te dejes de juegucitos y nos cuentes todo lo que sabes—advirtió Vidal.

Desirée le ofreció un profundo suspiro a Oliver y fijando su mirada más ingenua en Vidal respondió:

—Últimamente no se encontraba demasiado bien, el viernes anterior tampoco vino a ensayar y eso que preparábamos una fiesta organizada por ella para *Halloween*. La tuve que sustituir.

—¿Era la cantante del grupo, deduzco?

—Oficialmente, parece que sí—dijo con resentimiento.

Vidal propinó una disimulada patada por debajo de la mesa a Oliver que tomó una nota en su libreta.

—¿Eso, te molestaba?

Berta carraspeó y Vidal corrigió de momento el rumbo del interrogatorio.

—Ana acudió al ginecólogo, Jordi Sau —aseguró mirando sus notas— ¿sabes por qué?

Nieves soltó un pequeño grito.

—¿Ocurre algo directora?

—No, no. Absolutamente nada.

Arrugando la frente miró a Oliver que tomó la palabra:

—Sabemos que Ana tenía una relación intermitente con Aleix Capdevila, sin embargo, nos consta que tenía un *affaire* con un profesor del gimnasio.

—Lo de Aleix lo sabe todo el mundo. Lo del profesor del gym, tendrás que preguntárselo a María, yo no voy a ese antro, ya te lo he dicho, pero te veo muy informado...

—Desi—Oliver pronunció su nombre tan dulcemente que la joven se derrumbó—¿sabes de alguien que quisiera hacerle daño a Ana?

—¡Daño a Ana! —soltó una sonora carcajada—Ana era una mojigata como mi hermana. Una tonta de leyenda, pero tenía un corazón... tan grande como esta sala. La barbilla le temblaba y a Berta se le anudó el estómago—El que le haya hecho daño es un animal—continuó poniéndose en pie mientras dos lágrimas gordas y negras como el alquitrán le recorría la mejilla—. Y ese monstruo no lo va a encontrar aquí inspector—adujo dando un golpe seco sobre la mesa. Que dejara de tutearlo le ofreció tal seriedad a sus palabras que incluso Vidal se hizo pequeño tras la mesa—.No pierda más el tiempo. No le sobra.

Berta, Nieves y Mayte contuvieron la respiración. Oliver y Vidal se dedicaron una mirada de soslayo.

—¿Cómo estás tan segura? —El inspector sonó rotundo.

Desireé lo miró fijamente, severa, con aquellos ojos oscuros emborronados por las lágrimas. Rasgándose el pecho por el lado izquierdo sentenció:

—Porque lo siento aquí dentro, igual que usted—aseguró señalándole con el dedo índice el pecho.

Absorto en la joven no escuchó el sonido de de su teléfono móvil, fue necesaria el aviso de Nieves, la directora, para que atendiera la llamada.

—Inspector, Inspector, su teléfono... está sonando.

En el pasillo, junto a Vidal, devolvió la llamada al doctor del Valle. El informe de la autopsia estaba listo. Aprovecharon aquel receso para poner en orden algunas ideas.

—¿Qué piensa? —preguntó Oliver.

—¿De la gótica? Ufff

—No, del caso.

—No tengo una respuesta para su pregunta.

—Me sorprende.

—Para que vea... yo también puedo ser muy...

—Iremos al gimnasio; a ver que nos cuentan...Ahora llamemos a María, a ver qué dice.

Cuando Nieves salió de la sala, parecía haber envejecido varios años.

—¿Han terminado con Desireé? —preguntó.

—Sí, directora. La chica puede marcharse—respondió Oliver.

—Señora Bosch—la detuvo Vidal—La he notado especialmente nerviosa cuando la chica a nombrado al ginecólogo, ¿ocurre algo?

—Nada, solo que no sabía que Ana tuviera cita de nuevo con mi cuñado.

Los agentes se miraron.

—¿Su cuñado?

—Bueno... sí—titubeó—Ana tenía dolores menstruales fuertes y en más de una ocasión, incluso, no había podido venir a clase. Le recomendé que visitara a mi cuñado en septiembre, pero pensé que ese tema estaba ya solucionado ¿pasa algo? Eso no es malo...

—Absolutamente nada—mintió Oliver parafraseándola con intención.

—*Excusata non petita, acusata manifesta*—.Susurró Vidal antes de volver a la sala de profesores.

En el patio del colegio se habían encontrado Alba y María de nuevo. Ante la imposibilidad de aguantar los latigazos y padecimientos de Jesucristo ambas habían tenido que abandonar el salón de actos en distintos momentos, pero por idénticas sensaciones.

Con la frente apoyada contra la pared y las piernas abiertas María intentaba recomponerse mientras Alba la observaba conmovida.

—¿Puedo ayudarte?

María negó con un gesto de cabeza y rompió a llorar.

—No deberían habernos puesto esa peli—dijo Alba.

—No imagino que alguien pueda hacerle tanto daño a otro ser humano.

—No, yo tampoco.

El frío del cemento en la frente, la relajó tanto que se atrevió a preguntar:

—¿Sufrió?

Alba sintió que el pecho se le partía de pena.

—No. Estaba como dormidita.

María sonrió con las pestañas mojadas y le dedicó una mirada emocionada al cielo. Una nube grande y esponjosa cruzó el firmamento azulado.

—María...creo que Ana te necesita.

—¿Por qué dices eso? —preguntó sorprendida.

—La veo en sueños, noto su presencia, creo que fue ella la que me llevó hasta su cadáver... —la joven hizo una pausa para valorar la reacción de su interlocutora. A Alba le pareció que no dudaba: la creía— Me dice algo que no comprendo. Quizá tú puedas ayudarme a entenderla. El otro día en el hospital además...

El taconeo de Desirée acercándose, la interrumpieron.

—Por favor, no se lo cuentes a nadie. Por favor...—suplicaba mientras huía.

—Espera...

—A nadie, a nadie.

5.

La dirección del centro había acordado suspender las clases hasta el viernes. Esa tarde y el día siguiente solo acudirían al colegio aquellos alumnos que tuvieran que ser interrogados.

Alba descansaba sobre la manta de lana que la tía Catalina había tejido para ella. Con los ojos clavados en la solitaria bombilla que pendía del techo, repasaba los últimos acontecimientos. La luz parpadeó. No estaba sola. Se incorporó de inmediato con intención de coger alguna lectura que la distrajera, cuando un librito pequeño, de hojas harinosas cosidas con hilo grueso que no recordaba haber visto antes, captó su atención. El libro lo encontró dentro de las cajas que todavía le quedaban por colocar: “*La leyenda de Lilith por Arlequina*”, decía la portada.

Sobre papel amarillento aun podía descubrirse una caligrafía de trazos impecables. Empezaba así:

No sabría determinar el momento exacto en el que me convertí en un ser legendario, pero de algo estoy segura, y es que fue aquel día cuando empezó todo...

A través de la ventana sin cortinas que daba al lavadero, escuchó el viento colarse por el hueco del patio interior y azotar la ropa tendida. Atusó la almohada y dos cojines, se cubrió con la manta y leyó:

Lina era una mujer estricta, respetada por sus vecinos e incluso me atrevería a decir que temida, al menos en casa. Hacía un rato que me llamaba, pero yo, antes de acudir a su encuentro debía ponerme, de nuevo, ese vestido odioso que asustaba a mis muñecas. Desde que madre había fallecido, hacía apenas unas semanas al dar a luz, Lina me obligaba a llevar un luto que lo único que conseguía, era acabar con cualquier resquicio de la infancia que, a esas alturas, las obligaciones de primogénita, en un hogar sin madre, ya habían robado.

Recuerdo que bajé las escaleras que conducían a la cocina intentando planchar las arrugas del vestido, pero mis manos resultaron ser demasiado pequeñas y Lina me descubrió. No dijo nada al respecto, solo me miró de aquella manera que siempre miraba cuando algo no le gustaba.

—Siéntate—dijo severa.

Luego, me arrancó la muñeca que siempre me acompañaba y que en

esos momentos sostenía sobre mis rodillas de niña. Cuando abrí la boca para protestar, Lina ya había desaparecido. Era rápida como el viento.

Repasé la estancia con los ojos emborronados por la rabia, balanceando las piernas que colgaban de una silla de mimbre, mientras esperaba a que volviera. La odie.

La cocina permanecía exactamente igual que antes de morir madre. Lo cierto es que durante las semanas posteriores a su muerte había pasado la mayor parte de mi tiempo allí; entre fogones y montañas de ropa que planchar y lo que era peor, haciendo ese jabón de sosa y hierbas que Lina utilizaba en partos y velorios. Muchas noches se escapaba con mi hermana de duelo, otras, atendía parturientas hasta el amanecer.

Pero hasta ese día, no me había fijado que los tapetes de mi madre ya amarilleaban y las flores que solía recoger se habían marchitado. No sentí pena. Pensé que se lo merecía.

Al coger una de las rosas del jarrón de cristal, los pétalos se deshicieron en mis pequeñas manos. El polvo, me manchó el vestido y mis esfuerzos por sacudirlo solo dibujó dos gruesas manchas que destacaban sobre el negro de mi falda. Unos pasos pequeños anunciaron la llegada de mi hermana que tenía por costumbre salir corriendo a buscarme por toda la casa, pero esta vez no venía sola, la acompañaba Lina y no puedo decir que me alegrara. Con voz azucarada la llamó copito, a mi solía llamarme demonio de niña, y le pidió que nos dejara a solas. Mi hermana le dedicó una amplia sonrisa y obedeció. Yo ahogué una lágrima en mi orgullo y esperé a que Lina tomara asiento frente a mí.

Nos miramos durante un tiempo que a mí me pareció eterno hasta que finalmente Lina decidió romper aquel incómodo el silencio.

—Te he hecho venir porque ya eres toda una mujer—, que me dijera eso con apenas nueve años lejos de hacerme sentir importante, me sumió en una inmensa tristeza—. Es hora de que conozcas algunos secretos familiares que harán que afrontes el futuro con responsabilidad—aseguró mirándome el faldón manchado y cuajado de arrugas—, y sobre todo que dejes de tejer sueños que nunca alcanzaras.

Esas últimas palabras las recuerdo como algo terrible, tanto, que, apoyé la puntita de mis pies sobre el suelo y me deslicé despacito de la silla para salir corriendo, pero Lina, que era una mujer sagaz, elevó el tono de voz lo suficiente para que yo volviera a mi posición inicial.

—Llevo tiempo observando cómo cuidas de tus muñecos—observó—,

en especial a esa de trapo. Finges darle el pecho, cinco tomas diarias si no he contado mal, la acunas por las noches e incluso la sacas a pasear los días de frío invierno buscando cualquier resquicio de sol.

Yo asentí orgullosa, al fin esa mujer reconocía mi buen hacer y aptitudes. Siempre que se llevaba a mi hermana a un alumbramiento sentía el peso de la injusticia caer como una losa de mármol sobre mí. Todos sabían que ella no tenía aquel don que a mí me había sido dado para los niños y, después de sus palabras pensé que eso iba a cambiar, que a partir de entonces sería yo quien la acompañara y aprendiera el oficio.

—Debes dejar de hacerlo—sentenció sin esperármelo y clavándome aquella mirada furibunda.

—¿Por qué?! —protesté.

Lina guardó silencio unos minutos, ahora sé que debía estar calibrando si darme una orden o una explicación. No sé qué hubiera sido mejor, porque su relato no fue suficiente.

Me contó que Corría el año 1900 cuando una joven perteneciente a una de las familias más pudientes de la ciudad acudió a una conocida bruja. Por aquel entonces su fama traspasaba fronteras y, mujeres de todas partes emprendían largos y, en ocasiones, incluso, peligrosos viajes para visitarla. La hechicera provenía de una saga de mujeres instruidas en lo que en la ciudad se conocía como el ars mágica, y de todos era sabido que se comunicaban con los muertos, y que, de ellos, obtenían favores, pero también se decía que, a veces, alguna de ellas había traspasado la frontera de la magia blanca para acercarse a la nigromancia. No era el caso de Leonor, la bruja de la que hablamos.

La joven de abolengo se llamaba Rosario. Ataviada con un vestido largo azul que entallaba su cintura y elevaba el busto con un corset llegó a casa de Leonor. La bruja, al verla aparecer no se sorprendió, pues no era la primera vez que una dama de alta cuna pisaba su humilde morada.

Leonor continuó removiendo un viejo caldero de hierro que ardía en el fuego del hogar sin prestarle atención. La joven molesta por la actitud de la anciana la reprendió altiva:

—Había escuchado hablar de sus poderes, no así de su falta de modales.

Leonor que era una mujer que peinaba canas no respondió al ataque, por el contrario, le sirvió un licor de orujo y la invitó a tomar asiento.

Rosario obedeció y sin más explicaciones le exigió que elaborara para

ella una pócima de amor.

—Pagaré lo que me pida—dijo, sacando una cantidad excesiva de monedas.

Leonor cogió tantas como creyó que valía su trabajo y le devolvió el resto, luego, la citó para que volviera al cabo de tres días a recoger el brebaje. Como era de esperar, el filtro amoroso surtió efecto y Rosario consiguió contraer matrimonio con el joven que amaba.

A partir de ahí Leonor y la muchacha iniciaron una relación cada vez más estrecha y asidua. La joven le hizo encargos de todo tipo: novenas para la prosperidad de las tierras de su esposo, amuletos para atraer el dinero, pócimas para mantenerse joven y atractiva, brebajes para lucir una piel blanca y aterciopelada... hasta que un día, vino con una petición que Leonor, hacía tiempo que esperaba.

Aquella tarde Rosario no lucía hermosa como tantas otras, por el contrario, bajo sus ojos azules se dibujaban dos gruesas líneas amoratadas que descubrían que llevaba noches llorando. Tan altiva como de costumbre entró en la casa del candil y encontró a Leonor sentada en su mecedora junto al fuego que ardía en la chimenea, como si la estuviera esperando.

—Quiero ser madre—dijo Rosario.

—Eso tiene sencilla solución. Yace con tu esposo.

—Y que te crees que hago vieja estúpida, pero no me quedo en cinta, por eso estoy aquí.

—Yo soy partera, atiando partos, unos más fáciles y otros más complicados, pero tú no estás preñada.

—Déjate de juegos y prepárame algo para que me quede embarazada—ordenó depositando una bolsa de monedas sobre el tapete de ganchillo que cubría la mesa.

Leonor lo retiró y el rostro de Rosario se encendió.

—¿Rechazas mi dinero?

—No, tu dinero; sí tu petición.

Rosario no daba crédito a lo que estaba sucediendo y recorría la estancia de un lado a otro.

—No te estoy pidiendo nada. Te lo exijo—aseguró elevando el tono y acercándose tanto al rostro relajado de Leonor que esta pudo oler su ira.

—Lo que me pides, solo te lo puede conceder una entidad mayor. Un demonio del bajo astral.

—No me importa a quien demontres se lo pidas, ni quien me lo

conceda. ¡Quiero darle un hijo a mi esposo!

—Yo no practico la nigromancia. Lo sabes.

—¿Por qué?! Eso es una tontería. Qué más da unos que otros mientras nos concedan lo que pedimos.

—En el mundo que no somos capaces de ver, pero que existe, y al que tú quieres recurrir, lo que es arriba es abajo y todo diestro tiene su siniestro. Los demonios otorgan deseos, pero cobran un alto precio por ello. Solo los santos y los ángeles trabajan de forma desinteresada, incluso los muertos piden favores a cambio de concesiones.

—No me vengas con monsergas Leonor, no quiero saber lo que pasa en ese mundo del que hablas, yo solo quiero ser madre y te voy a pagar, muy bien pagado, por ello.

—No es conmigo con la que vas a contraer deuda.

—No importa, haz lo que tengas que hacer—ordenó Rosario cerrando la puerta tras de sí.

Aquella noche Leonor la pasó febril, un sueño revelador la mantuvo agonizante hasta el amanecer. Días después envió una carta a Rosario donde le comunicaba que no solo no aceptaba su encargo, sino que rompía cualquier vínculo con la joven noble. Esta enfurecida, no se dio por vencida y decidió ser ella misma quien se instruyera en las artes mágicas para que nunca más nadie pusiera límites a sus pretensiones.

Se enteró que en la ciudad corrían rumores de que un experto nigromante venido de la vecina Francia impartía clases de magia negra en los sótanos de la escuela de traductores. Debido a su posición social no tardó en formar parte de aquel grupo de aprendices hasta conseguir ser una alumna aventajada.

Una noche de tormenta la joven se puso de parto, por aquel entonces no había médico en la ciudad, y el destino que no deja nada al azar quiso que Leonor atendiera el alumbramiento. Pero el niño venía de nalgas y con varias vueltas de cordón. La mujer hizo todo lo que estuvo en sus manos, pero el niño nació muerto. La joven, enloquecida por el dolor, la culpó de la tragedia:

—¡Maldita seas vieja bruja! —gritó sosteniendo a su niño amoratado entre los brazos.

—No me culpes a mí de haber saldado tus deudas con el maligno. Te lo advertí, pero no quisiste escucharme.

Pero aquellas palabras no hicieron más que acrecentar la ira de

Rosario que por aquel entonces era ya una poderosa nigromante. Ensangrentada y débil se incorporó sobre la cama como pudo; pálida como la cal, agarró entre sus dedos finos y largos como raíces al niño muerto y lo encumbró al cielo para lanzarle a Leonor una maldición:

— Todas las mujeres primogénitas de tu linaje darán a luz hijos tan negros como la noche, tan secos como mis entrañas y con tanta vida como la que corre por las secas venas de mi hijo.

Un escalofrío recorrió el delgado cuerpo de Leonor que por aquel entonces tenía a una nieta, primogénita, en cinta.

Rosario se tumbó en la cama entre sonoras carcajadas y se durmió.

Días después Leonor enterraba en la cruz del camino que llevaba al cementerio a su primer y único bisnieto, entre los llantos desesperados de Casilda, su nieta.

Más tarde le nacerían y sobrevivirían otros biznietos, hijos de las hermanas de Casilda, pero ella, quedó estéril tras el alumbramiento.

El sonido metálico del timbre la arrancó de la lectura. Alba se resistía a cerrar el libro. No esperaba a nadie. Su madre le había dicho que la tía Ángela tenía que atender la consulta de su marido y ella tenía trabajo en el colegio.

«Será Merceditas, la portera», pensó ignorando la llamada.

Pero el timbre sonó de nuevo con insistencia y decidió abrir.

Nada hacía presagiar lo que le aguardaba tras la puerta.

Necesitó unos segundos para que sus ojos se acostumbraran a la penumbra del rellano y reconocer con claridad los rostros serios de Desirée, María, Aleix y Roger.

—¿Qué hacéis aquí?

Desiree no respondió, le propinó un empujón y avanzó por el pasillo hacía el interior de la vivienda.

—Eh tú, ¿dónde te crees que vas?

Alba la siguió cuando sintió cerrarse la puerta tras ella y sin apenas saber muy bien cómo, se vio en la biblioteca de su madre junto a todos aquellos desconocidos.

—Se puede saber ¿qué demonios queréis de mí?

María le dedicó una mirada que bien podía ser de disculpa.

—Sabemos que tienes algo que ver con la muerte de Ana—sentenció Desiree mostrándole la etiqueta de *diazepan* que había perdido.

—¿Yo? ¡Tú estás loca! Vamos, todos ahora mismo fuera de mi casa—

adujo señalando con su dedo índice la salida.

Desireé, con un gesto indicó a Aleix que sacara de la mochila la página de sucesos de la Vanguardia donde un periodista, hablaba del hallazgo, junto al cadáver de la fallecida, de una joven cuya descripción coincidía con Alba. Se lo mostró y Alba palideció.

—¿Qué te hace pensar que soy yo?

—Escuché a la policía y la conversación con mi hermana.

María se apretó los pendientes y la miró rabiosa. Alba puso los ojos en blanco. Durante el obligado tiempo de desconcierto que se impuso en la sala, Desireé aprovechó para sacar una tabla de madera y ponerla en el suelo.

—Aquel lunes el aire olía a azufre, después, en torno a las diez de la noche sentí el aroma de la acacia y el ciprés. Yo no los veo, los huelo—, aseguró Desireé refiriéndose a los muertos sin apartar su penetrante mirada de Alba que parecía intimidada—. Entre nosotras no hace falta presentaciones, te reconocí el mismo día que tropezaste conmigo camino del colegio—. Afirmó mientras le tendía un paquete de sal blanca que Alba cogió sin rechistar—. Tú, ¿los ves? ¿los hules?...Vamos sé que sabes cómo hacerlo. No disimules.

—Los sueño, siento su presencia.

—*Voilà*, ¡lo sabía!

Alba sujetaba un saquito de sal con la que formaba sobre el suelo un enorme círculo alrededor de aquellos cuatro desconocidos —tal y como le había enseñado la tía Catalina—. Sentados dentro del escudo protector y envueltos en una nube preñada de sándalo y romero, reposaron tímidamente los dedos índices sobre el vaso guía

Todos habían tenido contacto, sin saberlo, con las fuerzas telúricas del universo de una u otra forma, pero no fue hasta aquel momento, cuando las tres chicas tomaron conciencia, por vez primera, de que, por alguna razón, que todavía desconocían, estaban destinadas a encontrarse.

—¿Hay alguien ahí?—Preguntó Alba solemne.

Silencio.

—¿Hay alguien? —insistió.

De nuevo, silencio.

—Roger, no hagas el tonto —le amonestó María asestándole un codazo en el costado.

—¡Ay! Que no he hecho nada —protestó.

Estaban acostumbrados a las bromas de Roger que solía impulsar a su

antojo la guía y dibujar sobre el tablero una borrachera de frases y palabras sin sentido. Todos eran conscientes de la farsa, pero disfrutaban de ese pequeño instante de terror provocado; si bien esta vez era diferente y ellos lo sabían. No estaba permitido bromear. El vaso parecía anclado a la tabla.

—¡No soy yo! ¡Lo juro! —gritó con el dedo imantado.

El vaso parecía encerrar una fuerza sobrenatural que lo mantenía inmóvil a pesar de los múltiples intentos de Desirée por desplazarlo.

— Roger, ¡basta ya!—le riñó Aleix.

—¡Joder, que no soy yo!

—¿Qué está pasado? —imploró María.

—No tengo ni idea, pero no puedo despegar el dedo de este maldito vaso —gritó Aleix intentando zafarse del cristal.

—¿Hay alguien ahí? —insistió una experimentada Desirée a la que aquellas sesiones apasionaban.

El aire de la habitación se había enfriado por capas creando corrientes heladas. Un crujido en medio del silencio los sobrecogió.

—¿Habéis oído eso? Todo esto no me gusta nada —gritó Aleix sudando—. Nunca había pasado, acaba ya con esto—imploró a Desirée—. Despidete.

Un chasquido sordo, como un grito ahogado se propagó por la habitación de nuevo ante el espanto de los jóvenes.

—Se acabó —dijo Roger, retirando el dedo con violencia.

Al poco notó una intensa quemazón en la mano y comprobó como parte de la piel se había quedado adherida al vidrio y unos puntitos de sangre empezaban a aparecer en la yema del dedo. La temperatura de la biblioteca se desplomó varios grados de pronto.

—Huele a vainilla—aseguró Desirée.

María observó una sombra cruzar la estancia. Las tres chicas se miraron con la certeza de que aquella habitación concentraba la angustia de un alma en pena que luchaba por manifestarse, hasta que el vaso se hizo añicos bajo sus manos.

—Vámonos—suplicó María.

—Mi madre estará a punto de llegar. Es mejor que recojamos ya.

Al poco, la voz rugosa de Nieves se coló por el pasillo.

—Ya estoy en casa cariño.

—Vale, yo me voy a dormir, estoy muy cansada —mintió.

—¿Estás bien?

—Sí, solo algo cansada—, aseguró desabrida desde su lado fronterizo.

«Quizá mañana», pensó Nieves.

Alba se sentía cansada, pero temía dormirse... No lo logró. Se durmió.

...A medida que se adentraba en el laberinto de sus sueños, el cielo se convertía en un recuerdo imposible. Oía a tierra mojada y a musgo fresco. Alba recorría un estrecho camino sobre una alfombra de hojas secas que crujían bajos sus pies desnudos. Al final de la vereda, la niebla, cubría una cascada de agua limpia y esponjosa que atronaba en su caída libre desde la cumbre de un montículo rocoso. La cortina de agua dejaba entrever la figura luminosa de una mujer. Sujetaba un peine dorado que deslizaba entre sus finos cabellos.

Alba se mojó los pies al llegar a la rivera del estanque, hipnotizada por aquel ser brillante. La escuchó cantar, pero de pronto el agua se oscureció. El viento, enfurecido, le alzó las ropas y le enmarañó la melena. Al fondo, apareció la imagen de aquella chica muerta. Se acercaba. Acunaba entre sus brazos vacíos un bebé imaginario mientras entonaba una canción que le recordó su niñez:

*Duérmete niño. Duérmete ya,
o vendrá... y te comerá.*

La joven, simulaba darle el pecho a un niño invisible. Cuando sin esperarlo, clavó los ojos cegados por dos cruces negras en Alba.

—Ahoraaaa, ahoraaaa—imploraba Ana.

Alba intentaba hablar, pero no podía. Tampoco conseguí entenderla.

—Ahoraaaa. Aloraaaa. Ahojaaaa...

Alguien más se sumó a las súplicas de Ana:

—Ahoraaaa. Aloraaaa. Ahojaaaa...

Caía la tarde. La sombra del ángel de piedra que la custodiaba se derramaba, como una mancha de alquitrán, sobre la lápida todavía sin nombre. Los sepultureros habían sellado el mármol y unos minutos de silencio parecían insuficientes para honrar su muerte. El coche fúnebre ya se marchaba y los familiares más allegados, rotos por el dolor, emprendían, aferrados a su recuerdo, el camino de vuelta a casa. María se resistía a dejarla sola en aquel lugar, donde la quietud era solo rota por los llantos que se alejaban y el leve baile de los cipreses. Alba le agarró la mano para ayudarla. Salieron.

En la puerta del cementerio, Nieves recibió y leyó un e-mail en su móvil. Ángela, había acompañado a su hermana al sepelio, a petición de Alba y le dedicó una mirada de reproche. Nieves se justificó:

—Es de Gonzalo, tengo que leerlo.

Querida Nieves,

No contesté a tu mensaje anoche porque lo que tengo que decirte, debo hacerlo en persona. Mi tren de Toledo, hace escala en Madrid y llega a Barcelona a las 17:05h.

Gonzalo.

—Llega a Barcelona en veinte minutos—Añadió.

—¿Gonzalo en Barcelona? —Preguntó Ángela extrañada.

—Le conté lo sucedido... no sé... hay algo extraño en todo esto.

—Nena, el asesinato de una niña de dieciséis años es extraño, sí.

—Hay algo más no sabría, decirte...

—Aun así, no entiendo qué tiene que ver Gonzalo.

—Si él ha decidido venir y con tanta prisa es por algo.

Ángela puso gesto de contradicción.

—Está bien, te acompaño a recogerlo, tengo tiempo ¿Y Alba?

—Ha quedado, parece que ha hecho amigos. Aleix tiene un local donde suelen reunirse. Me ha dicho que va con ellos.

—Alba siempre ha tenido problemas para relacionarse, está bien que se haya adaptado tan pronto.

—Sí y en estas circunstancias que salga con gente de su edad es una

bendición. Creo que ha congeniado con las hijas de Berta; son buenas chicas.
—La rubita estuvo el otro día en tu casa.
—¿En mi casa?
—La tarde que me quedé con ella llegó la rubita, estábamos con la policía, por cierto, no deberías dejar que ese gordo se acerca a la niña, le da miedo—
aseguró señalando con un gesto de cabeza al subinspector Vidal.
—Mejor en casa que la citaran en comisaría—hizo una pausa—¿no te parece extraño que encontraran a Alba en el lugar del crimen?
—Sin duda.

De regreso de la estación de *Sants*, donde habían recogido a Gonzalo, llegaron a ver a Jordi el marido de Ángela aprovechando que la consulta estaba cerca.

Jordi esperaba la siguiente visita, que al parecer se retrasaba, recostado sobre su sillón de piel granate, entretenido con un antiquísimo ejemplar del conocido libro de Nicolás Maquiavelo: «La Mandrágora». A Gonzalo, un amante de aquella planta con forma humana y dotada de capacidad para sanar la infertilidad, no le pasó desapercibido.

—Gonzalo, ¿qué haces tú por estas tierras?

Los hombres se dedicaron un abrazo afectuoso y unas sonoras palmadas en la espalda.

—Qué pasa amigo, ¿cómo estás? Tú cuñada me contó lo de esa chica del colegio y...

—Sí, pobre chica...pero ¿tú qué tienes que ver con eso?

—He venido por Nieves, la he visto algo superada por la situación y como tenía unos días de fiesta...—mintió— ¿La conocías?

—Vino un par de veces a consulta, la última, diciendo que se había quedado embarazada y no podía hacerse cargo del bebé; quería abortar, pero yo no practico abortos, amigo, la reconocí y la despaché rápido. Mi trabajo es dar vida, no quitarla.

—Ya veo ya, investigas con mandrágora.

—Así es, la planta de la fertilidad de la noche de los tiempos, amigo, y que estés por aquí me viene de perilla, tengo entendido que tienes un ejemplar de la planta antiquísimo.

Gonzalo sonrió abiertamente. Jordi Sau era un amante de las antigüedades como él. Se conocían hacía años, los mismos que Ángela y Jordi llevaban casados, y ya eran muchos, tantos, que ni la pareja los

recordaba con exactitud.

Ángela y Nieves se habían instalado en Barcelona unos años después de la muerte de su madre. A su padre, médico de profesión, le habían ofrecido un puesto de investigación que llevaba años esperando. Las hermanas habían cursado en la ciudad condal sus carreras universitarias. Ángela enfermería con especialidad de matrona y Nieves, magisterio e Historia. Fue precisamente preparando el doctorado de la segunda, cuando volvió a encontrarse con un antiguo amigo de infancia y regresó a Toledo para casarse con él. Julio, su marido y Gonzalo eran íntimos amigos. Ángela sintió separarse de su hermana, a la que trataba como a una hija, por eso, pasaba los veranos, Sema Santa, Navidades y cualquier puente, con ella en Toledo.

—Uno de los abonados con semen de un ajusticiado nada más y nada menos —aseguró en tono confidencial.

—Tengo que ver esa maravilla. Hoy en día es prácticamente imposible conseguir un ejemplar, suelen darte raíz de nabo u otros tubérculos parecidos. Lo de toda la vida: Gato por liebre.

—Cuando quieras, mi casa es tu casa, ya lo sabes. Ahora la tengo expuesta en el museo de la España Mágica que hemos abierto hace poco.

—Sí, algo me dijo Ángela que continuabas con la Orden esa oculta y que habías abierto un museo. Y, ¿la pieza cuántos años tiene? —insistió.

—No sabría datarla con exactitud, llegó a mis manos casi por casualidad, una mujer del barrio judío, en el lecho de muerte, me hizo llamar y me la entregó asegurando que había servido en multitud de rituales funerarios y de fertilidad desde tiempos de la inquisición.

—Qué maravilla, que maravilla—repetía.

Gonzalo lo observaba haciendo círculos con las yemas de los dedos en señal de satisfacción.

El sonido metálico del timbre sonó fuera. Ángela abrió y en el umbral, esperaba una mujer menuda. La indumentaria oscura la sumía en las sombras del rellano, dónde la luz polvorienta del hueco de la escalera era insuficiente para reconocerla. Sostenía un pañuelo de papel mojado y arrugado. Un paso al frente bastó para que Nieves supiera quién era.

—Margarita, ¿qué haces aquí?

La mujer la miró desconsolada.

—La he visto en el entierro de mi hija... gracias por venir —La voz le tembló al decirlo.

Arrodillada a los pies de Ángela, con la respiración entrecortada y vestida de dolor parecía un pajarillo herido.

—¿Os conocéis? — La pregunta de Nieves sonó a reproche.

Ángela no respondió.

—He encontrado esto en un cajón de su habitación.

Margarita sacó, con dificultad, lo que parecía ser un diario y al hacerlo sonó la tela del abrigo al resquebrajarse. Palpó el bolsillo desgarrado y guardó la llave del candado en el fondo.

—Habla de usted... con cariño—matizó— dice que solo usted sabía su relación con ese hombre casado y...

Rompió a llorar.

—¿Eso es cierto, Ángela? —intervino Nieves, pero Margarita continuó.

—Yo... yo no sabía que mi hija estaba embarazada...

—Nadie lo sabía—respondió Nieves.

—Sí, ella sí—aseguró señalando a Ángela.

—La policía ya estuvo aquí, habló con mi marido y conmigo y le contamos todo lo que sabíamos—Se disculpó ante el evidente asombro de su hermana.

—No, no, no me malinterprete. No quería ofenderla...—Margarita intentaba, sin éxito, limpiarse las lágrimas del rostro, pero las que se aferraban a la garganta, le impedían hablar con claridad.

—Siéntate Margarita—le dijo Nieves solícita, ofreciéndole un vaso de agua. Bebiendo con prisa para continuar hablando, la doliente dejó el vaso vacío sobre el mostrador.

—Necesito que me ayude—suplicó más calmada—la policía ha hablado con mi marido después del entierro y no creen que se hombre, Víctor, el profesor de gimnasia tenga nada que ver en el asesinato de mi hija. Dicen que tiene una coartada, que no salió de casa ese día, porque estaba enfermo. Una gripe intestinal. Su mujer lo ha confirmado y en la casa, según la policía, han encontrado medicamentos y un informe médico de aquella noche. Dicen que tenía mucha fiebre y la mujer lo llevó a urgencias. Yo pienso que se han precipitado en sacar conclusiones. ¡Solo ha estado detenido un par de días!. Y todo eso que dicen, podría haberlo preparado para tener una excusa y que no sospecharan de él. ¿No creen?

—Margarita debes confiar en el trabajo policial—aseguró Nieves.

—No lo entienden... —Se levantó—: La policía buscará al asesino de mi niña durante un tiempo... semanas, meses, tal vez incluso un año entero, pero

no darán con él fácilmente ¿Han visto lo que le ha hecho ese monstruo a mi niña? ¿Lo han visto?

Con el rostro enterrado entre las manos, sentada de nuevo en el sillón, miró a las hermanas de hito en hito.

—Cuando pase el tiempo, la prensa dejará de hablar de Ana. Ocurrirá como con aquella chica encontrada muerta en *ploblenou* hace poco más de un mes o como con tantas y tantas otras... Ayúdeme, se lo suplico—repuso dirigiéndose a Ángela.

—Yo no soy más que una matrona, una enfermera. Es cierto que Ana estuvo aquí, la atendió mi marido. Quería abortar, pero él le explicó que era ilegal y que en esta, nuestra casa, no se llevan prácticas que atenten contra la vida de nadie, tampoco de los no nacidos. Hablé con ella y le aconsejé que buscara ayuda, en Víctor, en usted... luego salió, muy enfadada, y ya no sé nada más ¿Cómo podría ayudarla?

El rostro macilento de Margarita se ensombreció como si Ángela hubiera apagado la luz, y desde aquella oscuridad, les confesó:

—Mi hija no hablaba demasiado conmigo. La tuve ya muy mayor y la diferencia de edad... no estábamos muy unidas. La crisis lo empeoró todo, si es que todavía podía ser peor, tuve que ponerme a trabajar horas extras en la cocina de un bar del polígono. Llegaba, llego, tarde y agotada...—Nieves sintió una punzada en el corazón—. No hablábamos de nada, ni de chicos, ni de sus amigas, ni del colegio... ¡Cómo iba a saber que estaba embarazada!— Un denso silencio la obligó a continuar—. Ayúdeme a conocer a mi hija, hábleme de cómo era ella en realidad... tal vez así, pueda encontrar a quién le hizo esto... Se lo debo. Se lo debo a mi niña...

Apostado bajo el marco de la puerta que comunicaba la consulta de Jordi con la recepción, Gonzalo había escuchado la última parte de la conversación. Se acercó a la mujer y la agarró de los hombros.

—Mi nombre es Gonzalo. Soy abogado y vamos a ayudarla.

Ángela dibujó una mueca de disgusto y Nieves un gesto de sorpresa al tiempo.

—Déjeme su teléfono, me pondré en contacto con usted, en cuanto ponga en orden unas ideas que me ronda. Ahora váyase a descansar y no se culpe más se lo ruego—le indicó Gonzalo.

Margarita languidecía mientras le besaba las manos en un gesto de agradecimiento.

—Vamos, vamos márchese a descansar, se lo ruego.

A suaves empujoncitos la acompañó a la salida y ella, se despidió tan pequeña como había llegado.

—Estas son las cosas que provocan la leyes restrictivas—aludiendo claramente a la actual Ley del Aborto—No se pueden poner puertas al campo—. Murmuró mientras cerraba la puerta. Nadie lo escuchó.

—¿Se puede saber cómo vamos a ayudar a esa pobre mujer? —le amonestó Ángela—. No te das cuenta de que está trastornada por la muerte de su hija. Es la policía y no nosotros los que deben encontrar al asesino.

—Cuando recibí tu e-mail descubrí algo—dijo dirigiéndose a Nieves—Por eso decidí venir. Creo que puedo ser de ayuda.

—Ha sido un gesto que te honra. Precioso sin duda, pero no creo que la policía acepte tu colaboración. Los que dirigen la investigación son los *mossos* —. Respondió Nieves—. Esto no es Toledo Gonzalo, aquí no tienes amigos que confíen en tus conocimientos.

—Miraré qué puedo hacer.

Ángela negó con repetidos gestos de cabeza.

—No voy a convencerte de nada, lo sé y muchos menos si has venido hasta aquí. Quizá Berta, pueda ayudarte—apuntó Nieves.

—¿Quién es Berta?

—La abogada del colegio y la madre de dos compañeras de Ana García, la chica asesinada.

—¿Cuándo podría verla?

—Déjame ver.

—¡Estáis locos!—exclamó Ángela—, esto es un tema muy serio. ¿Qué queréis jugar a los polis como cuando erais críos? Ha muerto una chica. No es ningún jueguito de detectives. Esto es la vida real, no tus libros de Puck — Le reprochó, recordando la afición de su hermana por la lectura, en concreto por una colección de libros para chicas esencialmente, que tuvo su origen en el año 1950 en Dinamarca. Escritos por *Lisbeth Werner*, que en realidad era el pseudónimo utilizado por Carlo Andersen y Knud Meister, coautores de más de treinta volúmenes que relataban las aventuras de Puck, una joven danesa llamada en realidad Bente Winter y apodada Puck, que se ve constantemente inmersa en misterios que logra resolver incluso antes que la propia policía.

—Ya lo sé—respondió molesta.

—Sácame el historial clínico de Ana—. Le pidió Gonzalo.

Mostrando su desacuerdo, buscó en el ordenador. Imprimió varios

folios y se los entregó, luego, besó a su hermana a la que le confesó sus miedos muy cerca del oído:

—Ten cuidado. Ana no era una adolescente normal, llevaba una doble vida con ese hombre, tenía una mente complicada y retorcida. De moral relajada, traspasaba continuamente los límites. No valoraba la vida ni el regalo de la concepción...

Nieves le guiñó un ojo antes de despedirse, las últimas palabras de su hermana le produjeron dolor. Sabía lo mucho que deseaba volver a ser madre después de haber perdido a Valeria, pocas semanas antes del parto.

—No te preocupes. Confía en Gonzalo, sabe lo que hace.

En el local estaba todo preparado para la fiesta de Halloween. Como una macabra coincidencia del destino, el lugar honraba a una muerte que para Ana había llegado demasiado pronto: esqueletos, telas de araña, ataúdes y crucifijos se repartían por la estancia que olía a cera quemada. Sobre el escenario vacío descansaba un solitario micrófono que todavía guardaba el perfume de la voz de su dueña: Ana.

—¿Qué vamos a hacer ahora con todo esto? —preguntó Roger.

—Yo creo que deberíamos mantener el concierto en su honor. A mí me gustaría cantar en su nombre—dijo Desirée.

—No creo que nadie esté de ánimos para una fiesta.

—Realmente no es una fiesta. Es un concierto montado con el pretexto de la noche de Todos los Santos. No te olvides que es una noche para honrar a los difuntos.

—En tu religión Desi.

—En todas, pero sí, especialmente en la mía, que casualmente compartía Ana.

—La verdadera esencia del acto es recaudar fondos para *Educo*. Sinceramente pienso que a Ana no le gustaría que lo suspendiéramos. Ella era de todos nosotros la más comprometida con esa Asociación—intervino Aleix.

—Y su familia, ¿no creéis que puede molestarles que al día siguiente del entierro de su hija montemos una fiesta? —argumentó Roger.

—Yo puedo preguntarle a su hermano, pero no creo que les moleste. Podemos invitarlos a venir. Sería un homenaje bonito—dijo María.

—No creo que sus padres estén para fiestas—Adujo Roger, ni nosotros tampoco deberíamos.

Roger recordaba el dolor que sintió cuando se quedó huérfano de padre. No pudo levantarse de la cama ni comer en días y solo tenía diez años.

—¡No es una fiesta! Es un homenaje a Ana y una excusa para recaudar dinero por una buena causa—argumentó Desirée, esta vez, algo molesta.

—Está bien. Haced lo que queráis.

El cansancio y el dolor se dibujaban a partes iguales en el rostro de Alba que decidió despedirse, llegado un punto de la discusión en la que no había intervenido y que solo le producía un terrible dolor de cabeza. Recordó la lectura que había dejado a medias y necesitó retomarla. Se despidió.

Gonzalo y Nieves habían vuelto a casa antes de tiempo y Alba se encontró con una sorpresa que no esperaba.

—¡Gonza!—gritó la joven estrangulando el cuello de Gonzalo.

Gonzalo y sus padres eran amigos desde niños y Alba había crecido junto a él. Su presencia había llenado, en la casa de la tía Catalina, muchos tiempos de ausencia. Su llegada le alegró de verdad.

—¿Qué haces tú en Barcelona? Y papá, ¿Cómo está?...

—Tu padre está muy bien, te echa de menos, pero en Navidades vendrá a verte. ¿Tú cómo te encuentras?

—¿Te ha contado mi madre lo de esa chica?

Gonzalo asintió.

—No sé qué pasó esa noche Gonza, lo juro. Me desperté allí y no la había visto en mi vida, no sé cómo llegué a ese sitio—confesó—, ven siéntate conmigo...

Cruzó las piernas sobre él como cuando era niña, agarró un cojín y lo abrazó mientras le confesaba su secreto.

—Me desperté cantando una canción... no recuerdo qué pasó, solo que cantaba, esa canción la recuerdo reproduciéndose en mi mente como en un cd, una y otra vez, decía así: duérmete niña, duérmete ya... la típica que cantan las madres. Antes había tenido un sueño extraño, el de siempre, la araña, un cuadro... no sé... no sé... pero desde entonces me visita en sueños... No sé qué quiere, pero necesita ayuda, dice algo extraño, es algo como...no sé...

Alba sacudía la cabeza constantemente, se aturrullaba en la explicación y dudaba continuamente; el relato que ofrecía sufría constantes variaciones de ritmo y avanzaba tanto como retrocedía.

—Necesita ayuda—insistía—Necesita ayuda.

—Lo sé y por eso estoy aquí.

—¡Cómo me alegro de que hayas venido! —resolvió fundiéndose en un abrazo.

Mientras hablaban, el móvil de Nieves que permanecía en vibración saltaba sobre la mesa del salón. Mojada, salió de la ducha, anudándose sobre los pechos voluminosos una toalla de mano. Respondió a la llamada cuando está estaba a punto de finalizar:

—Inspector.

—Señora Bosch, ¿podemos hablar?

—Sí, por supuesto.

—En persona.

—¿Ocurre algo?

—Sí.

La rotundidad en la respuesta de Oliver Albiol la inquietó.

—Dígame dónde.

—Nos vemos en su casa, en veinte minutos.

Pálida como el mármol de una lápida miró a Gonzalo y mandó a Alba a su cuarto.

—¿Por qué? —protestó.

—Porque lo digo yo, ¿no te parece suficiente?

—Deja de tratarme como una cría.

Con los nervios a flor de piel, Nieves silenció las protestas de su hija, que se mostraba como una niña pequeña y mal criada.

— ¡Te he dicho que a tu cuarto señorita y no hay nada más que hablar!

—

Con los labios apretados hasta dibujar arrugas sin color en el bigote y los ojos achinados por la ira, se levantó. Al pasar junto a ella murmuró:

—Te odio.

Frenó los pasos que arrastraba, retrocedió hasta llegar a su altura y mirándola sin imposturas, casi le escupió:

—Te odio y lo sabes.

Dos lágrimas gruesas le cayeron a Nieves. Cerró los ojos tras el portazo y no advirtió que Alba, escuchaba detrás la puerta.

—¿Qué ocurre? —preguntó Gonzalo.

—Mayte Salinas...

—¿Quién es Mayte Salinas?

—Era la psicóloga del colegio—la expresión de Nieves era el reflejo del horror—: la han encontrado muerta en el laberinto de Horta. Asesinada... como Ana García.

Vencida por el insomnio y rendida a un profundo sentimiento de tristeza y desconcierto, había visto pasar la noche, pesada y lenta. No sabía nada más que lo que el inspector le había contado: Mayte había aparecido en circunstancias similares a Ana García. Se detuvo en la imagen encendida de su hija. Tampoco había logrado conciliar el sueño, pero ella no lo sabía. Abrió despacio la puerta de la habitación de su hija y escuchó su respiración pausada. Con la certeza de que estaba enfada con ella, no solo por lo sucedido la noche anterior, sino por haberla obligado a dejar Toledo y trasladarse a Barcelona, la entornó de nuevo, dejando un beso suspendido en el aire. Alejarla de las compañías que entonces frecuentaba, sobretodo de aquel chico once años mayor que ella, había sido una decisión incuestionable que ahora, y después de los trágicos acontecimientos, no le parecía tan acertada.

Con la intención de que el agua caliente borrara los sentimientos de culpa y miedo, se metió en la ducha y la dejó correr por todo su cuerpo. No hizo falta más que el masaje húmedo de los chorros templados sobre su espalda, para que las lágrimas brotaran confundidas con los rayos de agua que el cabezal dispara a discreción. Apoyada la frente sobre la mampara empañada lloró sin consuelo. Se descubrió incluso emitiendo algún grito que no había podido ahogar.

Al final del pasillo Alba, continuaba en la cama con la luz apagada repasando la conversación que había escuchado la noche anterior. Según su madre Mayte Salinas había sido, al igual que Ana, brutalmente asesinada, pero ella estaba completamente segura de que no era la psicóloga quien aparecía junto a Ana García en sus sueños y eso la inquietaba. Lanzó una mirada furtiva al despertador de la mesita de noche y vio que era demasiado temprano. Temiendo que Ana volviera si se dormía, decidió retomar la lectura de *Lilith*. Bajo la bombilla polvorienta del techo, leyó:

Lina se había marchado a atender un alumbramiento. Sin tiempo para reaccionar, me había dejado sentadita en la silla, con las piernas colgando y una fuente de patatas que debía pelar para la cena. Hacía rato que no escuchaba a mi hermana y deduje que Lina se la habría llevado, como de costumbre, en su empeño de enseñarle un oficio, que no sé si lo he dicho,

pero para el cual no servía. Padre era médico, y también estaba especialmente interesado en que Lina le enseñara el oficio, para que, una vez cumpliera la edad, pudiera ir a Madrid a formarse como comadrona. Yo fingía que no me importaba demasiado, pero a veces, cuando lograba quedarme a solas con padre me quejaba, quejas que nunca eran atendidas y que él solía resolver con destreza y promesas absurdas.

—Para ti, tengo preparado un destino mejor.

Nunca supe a qué se refería, se fue mucho antes de que pudiera averiguarlo. Pero algunas veces, todavía hoy, cuando cae la noche, abro la ventana y miro el cielo estrellado, busco la más brillante y le pregunto enfadada: ¿Dónde está eso que guardabas para mí?, luego, me quedo un rato esperando una respuesta que nunca llega, quizá porque allí arriba, no haya más que eso: estrellas.

Volviendo a la cocina, debo confesar, que mientras pelaba las patatas para la cena, las palabras de Leonor se repetían una y otro vez en mi cabeza como un tormento:

« Todas las mujeres primogénitas de tu linaje darán a luz niños tan negros como la noche, tan secos como mis entrañas y con tanta vida como la que corre por las secas venas de mi hijo ».

Inevitablemente mi mente retrocedió hasta aquel trágico día y, de nuevo, mis recuerdos me obligaron a subir las escaleras de piedra hasta la alcoba de mis padres...

Mi hermana secaba con un paño de lino blanco el sudor que empapaba la frente de mi madre; en cada contracción parecía que iba a quebrarse. Las sábanas se habían teñido de sangre y después de toda la noche, sus fuerzas se agotaban. Lina presintió la tragedia y me mandó a la cocina a por agua caliente, pero yo deseaba aquel hermano que por fin coronaba más que a nada en el mundo, y después de que por una vez me dejaran asistir a un alumbramiento, no quería perderme el momento del nacimiento. Intenté hacerme la remolona, pero Lina me lanzó una de esas miradas furibundas y obedecí. Recuerdo que salí corriendo hacía la cocina con intención de volver antes de que el bebé naciera, pero el hornillo de gas era lento y tardó demasiado.

Cuando abrí, excitada y jadeante la puerta de la habitación, encontré a madre pálida como un cirio, con los cabellos largos y mojados pegados a la frente y los brazos tendidos en cruz y ensangrentados sobre mi hermana. A

los pies, envuelto en un trapito tan pequeño como su cuerpo, un bebé que no lloraba. Me acerqué despacito para no despertarlo, pero Lina me detuvo.

—Anda y ves a buscar a tu padre—dijo.

Yo, esta vez, no le hice caso, agarré entre mis brazos de niña al pequeño que yacía rígido y amoratado y le besé las mejillas pequeñas y frías como el hielo.

—Duérmete niño, duérmete ya o vendrá Lamia y te comerá. Duérmete niño, duérmete ya o vendrá Lamia y te comerá —le canté bajito mientras regaba con mis lágrimas su carita inocente.

—¡Cállate! —gritó de repente mi hermana—¡Llévate eso de aquí! Por su culpa madre no se despierta.

La odié, la odié más que a nadie ni a nada en el mundo. Me pareció un monstruo sin alma...

—Cállate tú y no grites. Es solo un bebé y lo vas a asustar —le supliqué.

—¡Eres tonta, si está muerto!

—¡La tonta eres tú! —respondí con los ojos llenos de lágrimas indicándole que examinara la mirada perdida de madre—.Ella está muerta, idiota.

La observé con cierta suficiencia y una disimulada sonrisa, zarandeando desconsolada a madre. Mi madre se movía entre sus brazos como un títere de madera, con los tornillos que unen las extremidades y el cuerpo más flojos que de costumbre.

Los velamos, a los dos, durante toda la noche y al día siguiente, tras el funeral, mi hermana dejó su muñeca preferida, en realidad la única que tenía, sobre mi cama.

Lo sucedido aquella noche no fue fruto de ninguna maldición, pues el pequeño no solo no era el primogénito, sino que además era varón, sin embargo, me persigue, como si un mal se cerniera desde aquel día sobre mí. Más tarde supe, que antes que yo había nacido muerta otra niña...

Nieves había perdido la noción del tiempo cuando el agua empezó a salir fría. Recordó que había cambiado la bombona de butano el día que llegó Alba y salió con prisa. Al llegar al salón vio que Gonzalo ya se había marchado y en la cocina encontró restos del desayuno de su hija. Suspiró, pero decidió tomarse un tiempo que necesitaba, calentó un poco de café envuelta en un albornoz blanco, salió al balcón y descubrió una mañana cenicienta. En la

farmacia de enfrente una auxiliar fregaba la entrada y en la panadería de la esquina, la señora *Dolors*, alzaba la persiana que dejaba escapar un voluminoso aroma a pan recién horneado, con un matiz azucarado, debido a la presencia en la vitrina, de los tradicionales *panellets*. Fuera, la vida pasaba mientras su mundo se desplomaba, hasta que un *Whats App* de Gonzalo citándola en el laberinto de Horta la activó.

Desde bien temprano Gonzalo había estado husmeando en el juzgado de instrucción donde se había decretado el secreto de sumario para el caso de Ana García, el apoyo de Berta y el hecho de que la Secretaria Judicial tuviera descendencia Toledana ayudó bastante.

Nieves llegó con el tiempo justo y lo besó en la mejilla.

—Has madrugado.

—Tú, creo que no has dormido, te escuché temprano en la ducha.

Nieves asintió.

—He estado con Berta en el juzgado y la secretaria ha hablado mucho más de lo que esperaba, incluso se ha comprometido a facilitarnos copias de la autopsia, y los interrogatorios.

—¿Lo dices en serio? —preguntó sorprendida mientras subían las escaleras.

La policía había acordonado las puertas que daban acceso al parque, sin embargo, una sombra extraña se proyectaba sobre el cemento; era la silueta de Ana García. Nieves sintió un escalofrío ante la imagen y prefirió quedarse dos peldaños abajo. Gonzalo tropezó con una nuez de ciprés que agarró y guardó con fastidio en su bolsillo.

—Los muertos siempre salen de casa con los pies por delante— murmuró.

A Nieves aquello le pilló por sorpresa y respondió neutra:

—No entiendo, ¿qué quieres decir?

—Pues que lo lógico hubiera sido dejar el cuerpo en paralelo a la puerta y la escalera, no en perpendicular. Es una cuestión de mero espacio, pero no ha sido así.

Nieves no respondió, únicamente impuso un gesto insondable.

—Es posible que el asesino entendiera este sitio como el origen de algo, un punto de partida—apuntó Gonzalo escrutando el lugar—.Voy a entrar—resolvió finalmente.

—¡Estás loco, la zona está acordonada.

—Lo haré por el lateral

—Seguro que hay vigilancia...

—No me verán, tranquila—dijo dirigiéndose a la parte este del parque.

Nieves se quedó custodiando la entrada mientras su amigo, con un rápido gesto saltó la valla lateral y se adentró en el parque laberinto atravesando el antiguo palacio Desvalls. Una vez dentro, se detuvo frente a un relieve en la piedra que representaba el rapto de Europa. Recorrió el lugar tomando nota en su libreta de todo cuanto podía tener un significado no convencional había reconocido el sitio donde Mayte Salinas había sido encontrada sin vida. Una hora más tarde volvió a saltar la verja, esta vez del otro lado. Nieves lo esperaba con el rostro adusto y el dedo índice dando golpecitos admonitorios sobre su reloj de pulsera.

—Temí por un momento que te hubiera visto alguien. ¿Por qué has tardado tanto? —Le reprendió.

—¡Es un lugar fantástico, lo que hay ahí dentro es sencillamente maravilloso! Un altar repleto de simbología me atrevería a decir.

Nieves lo miró de soslayo y Gonzalo intentó explicarse mejor:

—¿Un altar, no es una piedra elevada sobre la que descansan varios elementos místicos? Pues este lugar es exactamente eso.

—Lo del altar reconozco que me ha dejado perpleja, pero estos temas son tu especialidad... solo una pregunta: ¿Lo que estás insinuando es que la muerte de Ana ha sido un sacrificio humano?

—De momento no tengo ninguna teoría, solo he anotado aquello que por su origen simbólico pudiera tener relación con los elementos encontrados en la escena o en el cuerpo de la chica. Aunque el lugar no ha sido escogido al azar, de eso estoy seguro. La elección de un laberinto sobre un montículo no puede ser casual. El laberinto se ha caracterizado por la fuerza de su simbología desde los tiempos griegos pasando por la masonería, su origen se remonta a un mito griego del cual nos han llegado varias versiones, pero una de la más extendida cuenta que cuenta que, Minos, hijo de Zeus y Europa, pidió a Poseidón apoyo para suceder al rey de Creta. Poseidón para ayudarlo hizo salir de los mares un hermoso toro blanco al cual Minos prometió sacrificar en su nombre una vez le hubiera servido, pero al verlo tan hermoso, decidió quedárselo y entregar en sacrificio otro toro. Poseidón se dio cuenta del engaño y derramó toda su ira sobre Persífae —la esposa de Minos—, a la que inspiró un deseo irrefrenable por el toro blanco; tanto fue así que la ayudó a construir un vestido de madera y auténtica piel de vaca para que esta pudiera yacer con el toro. De esta unión nació el Minotauro mitad hombre,

mitad toro; pero el castigo de Poseidón no quedó aquí, pues lo hizo antropófago —únicamente comía carne humana—. A medida que crecía se convertía en más feroz, así Dédalo convino construir un laberinto, el laberinto de Creta: una estructura compuesta por pasillos y pasadizos imposibles, dónde lo encerraron, determinando realizar cada cierto tiempo sacrificios humanos para darle de comer y mantenerlo calmado.

—Encaja con tu teoría del sacrificio—apuntó Nieves asombrada.

—Para mi sorpresa este laberinto tiene una peculiaridad— añadió mientras se afilaba la punta de la barba con los dedos— cuando consigues llegar al corazón del laberinto no encuentras al *Minotauro* sino a Cupido.

—¿Eso significa...?

—No lo sé, pero es extraño. En la [mitología romana](#) a Cupido se le representa generalmente como un niño alado, con los ojos vendados— Gonzalo hizo hincapié en este punto—. Su equivalente en la [mitología griega](#) es [Eros](#) dios del [amor](#) y la [fertilidad](#).

—Sigo sin entender por dónde vas.

—La secretaria judicial nos adelantó que la chica estaba embarazada, eso ya lo sabíamos, pero hay algo más.... Le practicaron una cesárea post mortem, le extrajeron el feto y en su lugar dejaron una granada.

Nieves contuvo un grito y Gonzalo lanzó al aire varias veces la nuez de ciprés.

—Tengo que poner en orden mis ideas... — aseguró jugando con la nuez .

—¡Dios mío Gonza! ¿Qué es todo esto? —exclamó.

—No lo sé...de momento tenemos un laberinto y un Cupido con los ojos vendados, una alegoría al amor y una joven con los ojos cosidos que además de asesinada ha sido expoliada... Un feto robado y una granada que como el laberinto es un símbolo de la masonería. Voy a necesitar una biblioteca dónde consultar algunos datos.

—Puedes utilizar la biblioteca Nacional de Catalunya, te llevo en coche si quieres.

—Mejor me quedo dando una vuelta por aquí y luego me acerco en metro o autobús, no padezcas.

Nieves volvió a casa tras de la reunión de profesores con motivo del asesinato de Mayte Salinas. Al llegar, supo que Alba había vuelto porque encontró su plumón colgado del perchero de la entrada. En el salón encontró a Gonzalo.

—¿Qué haces aquí?

—He preferido entrar al archivo de la escuela de traductores.

Gonzalo no solo era abogado, también se había doctorado en historia y especializado en mitología y ocultismo; además de ser director de la escuela de traductores de Toledo.

Nieves asintió y se quitó el abrigo cuando sonó su teléfono móvil. La voz masculina del otro lado le arrancó un suspiro. Era Julio, su ex marido, que sin saludos de cortesía abordó el asunto motivo de la llamada.

—Me ha llamado Alba. Dice que quiere volver a Toledo.

—Pues no me parecería una mala idea, después de lo que está sucediendo en este colegio—respondió para su sorpresa—. Imagino que te lo ha contado.

—Sí, pero no puede volver.

—¿Cómo qué no?

—Ahora no es un buen momento, Nieves...

—¿Cómo no va a ser un buen momento? No sabía que había buenos y malos momentos para vivir con tu hija.

—Yolanda está embarazada.

A Nieves no le sorprendió la noticia, uno de los motivos que los distanciaron era su negativa a volver a ser madre, pero aun así le dolió.

—Te felicito—dijo resentida.

—Yolanda está muy sensible y yo quiero disfrutar de esta segunda oportunidad que me ha ofrecido la vida, me lo debes—aseguró—. La presencia de una adolescente lo complicaría todo.

—Esa adolescente de la que hablas es tu hija.

—Alba no frecuentaba buenas compañías, por eso decidimos que se fuera contigo. —Ya sé que te dije que deseaba tenerla aquí conmigo, pero ahora, con todo lo que está pasando... creo que esas malas compañías que aseguras tenían, son mejor que un asesino en serie, ¿no crees?

—No puede ser, de veras.

—¿Lo sabe Alba? — Preguntó—. ¿Sabe qué esperas un hijo?

—No se lo he dicho todavía. Ya encontraré el momento—dijo con tono indignado.

—¿Para qué me has llamado entonces?

—Para que le hagas entrar en razón y me ayudes a hacerle entender que no puede volver a Toledo. Contigo estará mejor.

—Ah ya, me has llamado para que sea la mala. Como de costumbre.

Julio iba a iniciar una discusión que Nieves no estaba dispuesta a soportar. Decidió despedirse abruptamente de él con la excusa peregrina de no estar recibiendo bien la señal de comunicación y colgó. Hundió el rostro entre las manos y suspiró profundamente; poco después, Alba entró en el salón con una amplia sonrisa que la desconcertó.

—¡Qué tal mami! Acabo de hablar con papá por Whatsapp y le he contado lo que está pasando, dice que si tú quieres podría volver con él a Toledo.

Gonzalo torció el gesto sin mediar palabra fijando su mirada en la de Nieves que en esos momentos no daba crédito a lo que estaba escuchando.

—Cariño, no es buen momento, si te parece mejor lo hablamos luego, ahora tengo que ir a comisaría.

Alba impuso un gesto adusto.

—No me vas a dejar ¿verdad?

—Es mejor que lo hablemos luego.

—Lo sabía, lo sabía—decía mientras la miraba con lágrimas en los ojos

—Cariño...

Alba apretó los labios, cogió un jarrón y lo estrelló contra el suelo.

— Te odio— repetía al tiempo que salía del salón con el rostro incendiado por la rabia.

Esta vez Gonzalo se levantó para mirar frente a frente a su amiga.

—¿Se puede saber por qué no le has dicho la verdad?

Nieves resopló, agarrándose la garganta como si le faltara el aire.

—Yo nunca quise tener a Alba, vino sin esperarlo—dijo con cierto dolor—. Pero ¿sabes algo? una no sabe lo que es el amor, el de verdad, hasta que es madre y eso me lo enseñó mi hija en el primer momento que la sentí moverse en mi vientre.

—¿Qué tiene que ver el amor que sientes por Alba con no haberle dicho a tu hija que es su padre, y no tú? ¿Quién no quiere que vuelva a Toledo?

—Ay Gonza... como se nota que eres lobo solitario—él sonrió—Sabes, ¿cuál es el primer amor de una niña?, es su padre. En el caso de Alba y debido a mi problema... su unión ha sido aún más fuerte—dijo llena de culpa—, ahora Alba es una adolescente que necesita odiar a alguien para sentirse

bien con el mundo y ese alguien soy yo, y soy yo porque me lo he ganado a pulso. Odiarme la reconforta y de alguna manera afianza la unión con su padre y armoniza su universo. Si le contara la verdad, sufriría; y mucho.

—¿Prefieres que te culpe por algo de lo que no eres responsable? ¿Qué te odie a ti, antes que él la decepcione?

—Prefiero su odio a su dolor. Si es eso a lo que te refieres.

Gonzalo la agarró suavemente de la mano mientras dos enormes lágrimas surcaban sus mejillas, Nieves las desterró de un manotazo y se levantó.

—Me voy Gonza, nos vemos luego.

Que la realidad supera la ficción, era una frase que él mismo había pronunciado en multitud de ocasiones, sin embargo, pronto se iba a convertir en algo más que un simple cliché.

Oliver hundió su rostro demacrado entre las manos y sintió una pulsación en la sien. La falta de sueño empezaba a hacer mella en el inspector. Abrió el primer cajón del escritorio de la comisaría y el ruido metálico de los rieles le acentuó, un ya intenso dolor de cabeza, rebuscó sin éxito en el cajón y salió al pasillo.

—¿Alguien tiene algo para este maldito dolor de cabeza?

Una joven en prácticas sacó de su bolso un neceser y le ofreció un sobre efervescente.

Vidal, que observaba la escena desde su mesa, intervino con un asomo de ironía:

—Las mujeres siempre tan previsoras, qué sería de nosotros sin ellas.

La chica le dedicó una sonrisa maliciosa mientras el inspector Albiol volvía a encerrarse en su despacho, sin mediar palabra.

Las burbujas chispeaban en el vaso de plástico mientras repasaba el informe de la autopsia, sin saber que lo peor estaba todavía por llegar. Llamó a Vidal por la línea interna.

—¿Ha llegado ya la orden para el registro de la vivienda de Mayte Salinas?

Vidal se asomó al despacho y asintió blandiendo un documento impreso en papel reciclado.

El domicilio estaba situado en el paseo de la *Bonanova*, en la zona alta de la ciudad condal, donde aparentemente nunca sucede nada. Les recibió el portero, un hombre menudo, con una frente ancha y plagada de arrugas, desde la penumbra del portal que, parapetado tras un mostrador de mármol, parecía estar organizando la correspondencia.

Albiol le enseñó la credencial y en el rostro del hombre, poco acostumbrado a ese tipo de visitas, se dibujó un gesto de sorpresa, los dejó pasar fingiendo un desinterés que era solo aparente.

Los agentes subieron hasta el ático y al entrar les cegó la claridad que inundaba la vivienda. La luz de la mañana engrandecía un lugar, ya de por sí amplio. Los suelos de mármol blanco y los techos rematados con molduras de escayola cinceladas con hojas de acanto limitaban una estancia elegante.

Nada parecía fuera de lugar, por el contrario, guardaban un milimétrico equilibrio casi obsesivo. La habitación de matrimonio era amplia y ordenada, junto a la mesita de noche encontraron un revistero repleto de revistas de embarazo y niños; sobre la cama ni una sola arruga, y los cojines respetaban una distancia casi exacta los unos de los otros. En el cuarto de baño de la pareja un solitario vello junto al desagüe de la ducha de hidromasaje daba signos de vida en aquel lugar. Vidal se detuvo a observar el desfile de cremas caras que reposaban sobre una estantería de mármol rosáceo, mientras Albiol se dirigía a la estancia contigua. Un delicado aroma a colonia de bebé se colaba bajo la rendija de la puerta que, al abrirla, dejó escapar una oleada de aroma que les enterneció.

—Pobre criatura, tan pequeño y huérfano de madre—dijo Vidal inusualmente cercano.

La habitación guardaba el mismo orden que el resto de la casa, pero desprendía una especial ternura. En el centro, presidiendo la estancia, había una mini cuna con dosel, junto a ella, un cambiador y un armario estantería con varios cestitos de mimbre donde no faltaban pañales para prematuros, toallitas *dotot*, y un sinfín de cremas mustela. Vidal rozó los enseres con extraordinaria delicadeza antes de abrir el armario donde cada vestidito tenía su par de zapatitos a conjunto. El inspector Oliver—como acostumbraba a hacer en aquellas circunstancias—, permanecía expectante bajo el umbral de la puerta, cuando el espejo del armario, al cerrarlo, reflejó algo terrible: un crio inmóvil, arrullado en la cuna.

—¿Qué es eso? —gritó desde su posición.

— ¡Es una niña! —respondió Vidal.

Los agentes, temerosos, se acercaron a la cuna, dedicándose miradas de terror.

—¿¡Dios santo, está muerta!?! —Dijo Vidal mientras la recostaba sobre el cambiador e iniciaba, sin éxito, las maniobras de reanimación—. Jefe, llame a una ambulancia—.

Albiol, impasible, observaba la escena.

—Vamos, ¿qué hace? — Insistió— ¡Llame a los servicios de emergencia de una maldita vez!

—Déjelo—susurró Albiol, en un tono apenas audible y repleto de dolor, pero que Vidal parecía no escuchar.

—Vidal, déjelo—repitió con voz queda.

—un, dos, tres—insistía Vidal.

—Déjelo ya—dijo en tono de súplica.

—Un, dos, tres, venga pequeña...

—¡Que lo deje! —Gritó al fin—. Es una orden...—Añadió como si se le apagara la voz.

Vidal se detuvo y lo miró aterrado. Oliver le apretó el hombro condescendiente y agarró a la pequeña de una pierna.

—¡¿Qué hace, está loco?!

Un silencio ignominioso se instaló en la habitación.

El inspector Albiol lanzó a la niña a la cuna ante el asombro de su compañero que ahora permanecía inmovilizado entre sus brazos.

—Vamos, tranquilícese. Ha hecho un buen trabajo.

—Pero...

Albiol esperó unos instantes a que la respiración de Vidal se acompasara antes de darle una explicación que a su compañero urgía:

—¿Ha oído hablar alguna vez de los *reborn*?

Vidal impuso un gesto de desconcierto y Albiol continuó:

—Son muñecos de silicona que imitan a un bebé de verdad, tienen pelo, venas, la piel suave como la de un niño, e incluso logran simular el peso del crío relleno con esferas de cristal. Son muy caros y no todo el mundo puede comprarlos.

—Pero...

—Sí, lo sé, es difícil de apreciar. Me di cuenta cuando inició las maniobras de reanimación. ¿No se dio cuenta?

—Pero... ¿Cómo dices...? ¿Es... un muñeco?

—Así es.

—No, no puede ser, mire— dijo Vidal con el rostro mudado y señalando una foto familiar donde la niña vestía un trajecito de *cristianar*, seguramente simulando el día de su bautizo.

—Los tratan como a niños reales.

El subinspector algo más recompuesto no daba crédito a lo sucedido y señalando la cuna aseguró:

—¡Que me aspen si eso no es una cría de carne y hueso!

Oliver le dio varios golpecitos en la espalda y Vidal necesitó sentarse en un sillón de lactancia que reposaba bajo la ventana para recuperarse.

—¡Esta tía estaba loca de remate! —sentenció—. Joder, entonces... ¡fue ella la que se cargó a la chica!

—Para eso estamos aquí, para averiguarlo.

Vidal era un buen observador, pero algo impulsivo; encendió un cigarrillo ante un gesto de reproche de su superior que ignoró. Recostado en el sillón aguardó unos segundos que Albiol estaba dispuesto a respetar, cuando un sollozo en la habitación del al lado los alertó. Ambos desenfundaron con destreza sus pistolas y se dirigieron al lugar. Vidal, al pasar junto a la cuna, no pudo evitar detenerse y tocar a la niña, comprobando, todavía incrédulo, que se trataba de un muñeco.

El murmullo en la habitación de al lado recordaba al de un animal herido, a medida que se acercaban, era cada vez fuerte y el inspector Albiol no dudó en propinar una patada a la puerta que cedió con el impacto.

En el interior, la escasa luz que se colaba a través de las recias cortinas descubrió la estampa de un hombre de rostro pueril y expresión resignada, que sentado sobre un diván, cabizbajo, emitía dolientes quejidos.

—¿Quién es usted? —Le interpeló Vidal a quien la pregunta le sonó absurda. Pues lo había reconocido como el hombre que, junto a la psicóloga, sujetaba al niño el día de su simulado bautizo.

—Soy David, David Gelabert, esposo de Mayte Salinas.

—Ja, ¿y padre de la criatura supongo?—murmuró Vidal sardónico, hecho que le costó una reprimenda de Albiol.

El habitáculo era amplio. La pared frontal recubierta por una mueble estantería color caoba a conjunto con las cortinas de terciopelo color sangre insuflaban a la estancia un aire cálido y acogedor. Una lámpara de pie, un escritorio pulcramente organizado, un sillón de piel mullido y un diván junto a dos sillas era todo el mobiliario. La nube de humo que David Gelabert había creado consumiendo un cigarrillo tras otro, hacía el ambiente irrespirable, por lo que Vidal se acercó a la ventana y descorrió un palmo la cortina y la cristalera, lo justo para que entrara el aire, pero sin perturbar la intimidad impuesta por el efecto armonizador de los colores, intimidad que más tarde, utilizaría a su favor, en el improvisado interrogatorio.

Guardaban un respetuoso tiempo de silencio cuando un gorrión que revoloteaba fuera decidió entrar; al verse atrapado aleteó por la estancia golpeándose contra las paredes. Vidal se acercó de nuevo a la ventana y descorrió la gruesa cortina. La habitación, hasta entonces en penumbra, se cegó de sol y el intrépido pajarillo se abalanzó contra la hoja de cristal, que todavía permanecía cerrada, asestándose un golpe mortal. Tras un crujido

seco, cayó al suelo con las alas abiertas y el pico ensangrentado. Los hombres observaban la escena, inmóviles, esperando una reacción que finalmente llegó; David Gelabert dio una honda calada a su cigarrillo, dibujó una sonrisa ajada y se levantó del diván.

—Pobre desgraciado...—murmuró maltrecho, blandiendo al gorrión por el ala rota, Nacemos libres, o eso creemos, nos enjaulan y pasamos la vida intentando recuperar esa ilusoria libertad y cuando creemos que al fin lo vamos a conseguir, zas, la vida te asesta un golpe mortal.

Lanzó al pajarillo a la papelera y volvió a sentarse, el gorrión se hundió, como uno más, entre aquellos papeles inservibles.

Vidal se sentó junto a él y le ofreció un cigarrillo, el hombre rio de nuevo observándolo.

—Sabe, no había vuelto a fumar desde que hace diez años mi padre murió de cáncer de pulmón...—soltó una carcajada—Nunca se había puesto un cigarrillo en la boca, el desgraciado, ni una copa, ni un día trasnochado; nada.

—Una mala jugada del destino—.Apuntó Albiol.

—Más bien una putada—matizó Vidal.

—¿Creen en el destino?

Ninguno respondió, a sabiendas de que, si lo hacían, se enfrentarían a un extenso monólogo filosófico, que su silencio no pudo evitar.

—Los griegos lo llamaba *Fatúm* que significa fatalidad—aseguró Gelabert—. Aceptar que existe el destino, es abrazar la fatalidad, pero ustedes no están aquí para asistir a una de mis magistrales y derrotistas clases de filosofía... ¿Quieren que le hable de ella, no es así? ¿Qué quieren que les digas?... pues que cuando la conocí era guapísima, dulce como el almíbar... Tuvimos un noviazgo tradicional y nos casamos por la iglesia como manda la tradición de una buena familia católica. Éramos muy felices. Un día se le despertó ese reloj que dicen que todas las mujeres tienen: el biológico. Decidimos formar una familia, yo también ansiaba ser padre... pero entonces empezó todo. No se quedaba embarazada. Nos hicimos pruebas hormonales, cariotipos e incluso las tres fecundaciones in-vitro aparcando sus arraigadas creencias religiosas. Un dineral. No funcionó. El endometrio no alcanzaba el grosor suficiente y los embriones no agarraban, a Mayte aquello le producía un dolor indescriptible, cada fallo era una muerte y cada muerte un duelo eterno. Mayte estaba convencida de que existía vida desde el momento de la concepción y vivía en un duelo perpetuo. Yo le supliqué que lo dejáramos,

pero ella insistía. Pasaron los años y ella se iba apagando, todo lo que había entre nosotros parecía haberse dormido, estaba muerto como aquellos embriones que no alcanzaban la vida.

Albiol recordó la casa, intacta, como dormitando.

—Un día— continuó—, una de sus pacientes le habló de esos bebés. Ella me lo contó con tanta ilusión que pensé que podríamos empezar de nuevo. Así decidimos adoptar uno. Ellos utilizan el termino adoptar en lugar de comprar—matizó—. Se lo regalé por navidad y llegó para principios de verano. Los meses previos a la llegada de la niña fue una locura, Mayte actuaba como una mujer embarazada, incluso fingió estarlo antes los vecinos, compañeros de trabajo y familia. Yo la veía por primera vez tan ilusionada que no me atrevía a contrariarla y seguí su juego. Total, esta vida trata de eso ¿no? De jugar. Compramos el cochecito de paseo, la cuna, los muebles... Volvíamos a ser un matrimonio implicado y feliz. El día que Martina, el muñeco, llegó a casa, noté a Mayte realmente feliz por primera vez en muchos años, pero algo desmejorada, por la noche vi una mancha en las sábanas de sangre y entonces me di cuenta...

Su voz se fue apagando poco a poco hasta que rompió a llorar como un niño.

—No se culpe— dijo Vidal palmeándole la espalda condescendiente.

—Para hacerlo todo más real se había hecho un corte a modo de cesárea, ella misma... No era muy profundo, pero se había infectado y abierto...

Albiol contuvo la respiración y Vidal no pudo reprimir un:

—¡Joder!

—Entonces me di cuenta de mi error. Aquello había ido demasiado lejos. Yo debería haber frenado todo esto, pero les juro que no sé en qué momento exacto se nos fue de las manos, pero por más que pienso, no sé encontrar el instante en el que abandonamos la cordura.

Entre sollozos el hombre apagó un cigarrillo sepultándolo entre un montón de colillas y encendió otro. Vidal frotó las arrugas de su frente con las manos y miró apesadumbrado a Albiol que dibujaba una mueca insondable, apretando los puños. Un silencio ignominioso invadió la habitación. El subinspector se levantó, dando paseos por la estancia, se acercó a la mesa y ojeó la agenda de la psicóloga. Una cita le llamó poderosamente la atención.

—¿Conocía a Ana García?

—¿La chica muerta del laberinto? Sí, estaba embarazada y había venido a ver a Mayte en varias ocasiones.

Vidal tamborileó su dedo índice sobre la agenda. Ana había sido citada el día de su muerte un par de horas antes, justo después del ginecólogo.

Junto a la agenda descubrió un paquete sin recoger cuya dirección de destino era la casa de la psicóloga, pero la destinataria no era solo ella.

—Jefe...

—No lo abra—le advirtió— será mejor entregarlo al juzgado, de lo contrario, nos lo podrían anular como prueba.

Vidal impuso una mueca de fastidio y se dirigió Gelabert:

—Tendrá que acompañarnos a comisaría—.

David Gelabert asintió, se incorporó y los acompañó hasta la puerta; una vez allí se dio la vuelta para repasar lo que hasta entonces había sido su hogar. El pasado se volvió a proyectar en su mente atormentada con un asombroso realismo.

—¿Me dejan unos instantes que me despida?

Los policías asintieron, mientras daban paso a sus compañeros de científica.

David Gelabert se acercó a una estantería junto al balcón. Estaba llena de fotos y recuerdos de viajes; besó el rostro de Mayte y les dirigió una mirada repleta de pena desde el otro lado del salón.

—Lo siento—murmuró antes de lanzarse al vacío.

—Noooo—gritó Albiól.

—¡Joder! —vociferó Vidal cruzando el salón.

David Gelabert los escuchó mientras caía, incluso creyó verlos asomados a la barandilla, luego... el silencio; y después... quizá, como él creía, la nada...o tal vez, sólo él lo sabe, los ansiosos brazos de Mayte...

Las clases se habían reanudado y aquella era la última del día. Alba recibió una moderada reprimenda de Susana, la profesora de arte, que se hacía cargo de la situación —de no ser así le hubiera costado un castigo—.

—¿Dónde está tu libro?

—Me lo he dejado en casa.

—Pues coge el de tu compañera—dijo sin reparar en que la compañera de Alba no estaba en clase porque era Ana García.

La chica, cogió el libro, temerosa, con la sensación de estar profanando aquel santuario sagrado en el que se había convertido el pupitre de la muchacha desde su muerte. Alba sacó el ejemplar y sintió un frío que ya conocía.

—chssss, María.

La joven se giró expectante, hecho que captó la atención de la profesora:

—¿Te ocurre algo?—Preguntó Susana observando la palidez de Alba.

—No me encuentro bien. Necesito ir al baño.

Alba se levantó turbada, apretando el libro contra su pecho. Necesitó apoyarse en el pupitre de un compañero durante unos segundos y respirar profundamente. El aire se había vuelto espeso. María alertada se incorporó con urgencia para socorrerla y la sacó de clase.

—Susana voy a llevarla a la enfermería.

La profesora asintió con un gesto de preocupación.

—¿Qué ocurre Alba?—preguntó María ya en el pasillo.

El aire que corría parecía fresco y Alba lo aspiró con premura.

—¿Recuerdas lo que te conté sobre mis sueños?

—Sí—Dijo apretándose los pendientes de perlas.

—Mira.

Alba mostró a María el libro de Ana marcado con un post-it amarillo con forma de flecha. La página señalada hablaba de una leyenda catalana: *la dona d'aigua*.

ALOJA O DONA D'AIGUA.

Aloja también conocida como mujer de agua, es un ser femenino de la mitología catalana. Estos seres son hadas que favorecen los nacimientos y la fertilidad, dadoras de vida y protectoras de la naturaleza, habitan cerca de las aguas gélidas y azules cercanas a los Pirineos. Son bellísimas, de largas

cabelleras doradas o cobrizas que peinan con peines de oro mientras cantan hermosas melodías. Son en general benévolas, aunque se debe tener prudencia.

—Esa es la ninfa que aparece en mis sueños. Ana decía: Aloja, Aloja. Ahora lo entiendo.

—Pero... ¿ qué relación tiene con su muerte?. *La dona d'aigua* parece inofensiva.

En ese momento Alba reparó en algo. La flecha señalaba una imagen, una fotografía de un cuadro de Rubens. La pintura pertenecía a la pinacoteca del Museo del Prado y recibía el nombre de “El origen de la Vía Láctea”

—Mira María la flecha.

—¿Crees que quiere decir algo?

—No lo sé...

Alba había llegado a casa con el libro de Ana García bajo el brazo. Su madre y Gonzalo no tardarían en volver, por lo que decidió encerrarse en su habitación a leer la *Leyenda de Lilith* antes de prepararse para acudir al concierto benéfico.

El guiso de codornices con patatas me había salido especialmente bueno, aunque solo lo hubiésemos probado padre y yo, o tal vez por eso, pesándolo bien el refinado paladar de Lina lo habría encontrado algo soso o quizá salado. En realidad, no me importaba porque ya estaba acostumbrada y porque esa noche estaba contenta de tener a padre solo para mí. Lina y mi hermana pasarían la noche atendiendo el parto, algo que sucedía con frecuencia, al día siguiente llegarían exhaustas y yo tendría tiempo para jugar, a escondidas, con mis muñecas. Retiré los platos de la mesa en silencio, el mismo que había reinado durante la cena, pensé que padre había advertido mis enormes arrugas en el vestido negro y estaba disgustado. Con la edad comprendería que las ausencias de los adultos no siempre, o casi nunca, son por motivos tan estúpidos, aún así, intenté plancharlas con mis manos, sin éxito, y prometí cuidar de mí vestido la próxima vez que me lo quitara para ir a jugar. Le serví su copita de orujo y me quedé un rato mirando sus pequeños ojos marrones, que no tenían nada de especial, pero que, para mí, encerraban toda la paz que mi pequeño mundo necesitaba y le besé para darle las buenas noches.

—¿Quieres ir ya a dormir? —preguntó—. *Hace una noche espléndida*

—, yo miré la chimenea encendida y él sonrió al advertir mi confusión y continuó—: aunque el frío arrecia, el cielo está despejado. Había pensado que podríamos subir a contemplar las estrellas.

Mi pecho palpitó como el de un gorrión.

Las luces del coche serpenteaban por la montaña que conducía al hoy conocido como mirador del valle. Recuerdo que me gustaba ver como al encarar las curvas la carretera se adentraba en una profunda oscuridad y el paisaje se llenaba de árboles centenarios plateados por la luna; luego, aparecía Toledo, cada vez más lejano, más solo y pequeño, cubierto por esa bruma remota que lo envuelve desde la noche de los tiempos. Era un juego de luces y sombras que se proyectaba ante mis ojos de niña y me hacía soñar con otra realidad.

Al llegar, padre, montó su viejo telescopio junto al acantilado mientras yo, aguardaba sentada sobre una piedra con las piernas balanceándose libres sobre el abismo, y allí más cerca del cielo que de la tierra, me quité aquel maldito vestido negro, sin reparar en que padre me observaba, lo dejé sobre el suelo, estirado para que no se arrugara y dirigí mi mirada al cielo. Padre se sentó a mi lado y sonrió con dulzura.

— ¿Padre es ese el caminito de Santiago?

Padre me había enseñado a distinguir la osa mayor, la osa menor, y a reconocer el conjunto de estrellas que los peregrinos del camino utilizaban como guía.

—Así es—dijo satisfecho—También conocido por vía láctea ¿sabes lo que significa? Camino de leche. Su nombre proviene de una antigua leyenda griega, que dice que cuando Hera, esposa de Zeus, se enteró de que su marido había tenido un hijo con Alcmena, una mujer mortal hija de un rey, intentó acabar con la vida del pequeño, pero sus planes se frustraron cuando la sierva de Alcmena la descubrió, y se las ingenió para detenerla. Tras el fallido intento de dar muerte a Heracles, Hera enloqueció de celos, y un día, no pudo reprimir más su ira al ver a Alcmena amamantando felizmente a su pequeño; tal fue el odio que sintió por dentro, que corrió hacia ella arrancándole de los brazos al infante. Dicen que la leche que estaba tomando se derramó por el cielo oscuro de la noche dando lugar a la que hoy conocemos cómo La Vía Láctea.

Alba releyó la leyenda varias veces tras comprobar en el libro de Ana, el título que daba nombre al cuadro de Rubens, luego, visiblemente alterada

continuó leyendo.

—¿Mató al niño? ¡Qué mujer más mala!

—No, pues de Heracles hay múltiples leyendas, aunque otros pequeños no tuvieron tanta suerte.

—¡Mató a otros niños! Cuéntamelo.

Padre sonrió calibrando si sería demasiado cruel, pero mi mirada suplicante debió ablandarlo.

—Cuenta la leyenda que Zeus se enamoró perdidamente de la hija de Poseidon, la joven reina de Libia, con la que tuvo varios hijos. Dicen que cuando Hera se enteró, no lo tomó como una más de las infidelidades de su esposo y loca de celos y rabia, mató a sus hijos obligando a la joven madre a presenciar el infanticidio. No satisfecha con el cruel acto la condenó a no poder cerrar los ojos de forma que la imagen de sus hijos muertos se le proyectara con toda su crueldad y realismo sin descanso. A pesar de que Zeus, en un intento de aliviarle aquel pesar, le otorgó el don de poderse quitar los ojos para así descansar; la muchacha rota de dolor y pena fue transformándose con el paso del tiempo en un monstruo. Empezó a tener envidia de otras madres y al caer la noche, escondida entre las sombras, se colaba en las habitaciones de los pequeños y los robaba para más tarde matarlos.

Aquella, me pareció la historia más terrible y bella del mundo, quizá porque en boca de padre cualquier leyenda por trágica que fuera sonaba hermosa.

Alba cerró el libro de un golpe y lo guardó bajo la almohada con la certeza de que Ana andaba muy cerca. Llamó por teléfono a María, pero nadie respondió a su llamada.

Oliver Albiol cerró la puerta tras de sí escuchando las persianas metálicas golpear el cristal del despacho del comisario. Salió a respirar aire fresco y anduvo durante largo rato repasando la frase lapidaria con la que sus superiores habían cerrado el caso:

« *Maternidad obsesiva* » .

Entró en una librería con intención de comprar algún libro que lo mantuviera distraído aquella noche. De pequeño devoraba sagas policiales y thrillers, pero desde que era policía huía de aquel tipo de novela, sin saber muy bien porqué. Llevaba ya un buen rato repasando las estanterías de la librería cuando una joven dependienta, no muy atractiva, se le acercó para ofrecerle ayuda. Oliver impuso un gesto de fastidio que no pasó desapercibida a su interlocutora quién miró al mostrador. Allí una mujer entrada en años la azuzaba para que continuara su misión: hacer que Oliver comprara, de una vez por todas, un libro.

La joven les mostró la trilogía de Ken Follet: La caída de los gigantes, el invierno del mundo y el umbral de la eternidad.

—Son muy buenos—aseguró.

—¿Los has leído?

La joven se ruborizó y miró de soslayo al mostrador.

Oliver, visiblemente molesto, agarró el primer ejemplar que tuvo a mano, sin leer el título ni el autor y lo pagó en la caja. La dueña no se mostró demasiado satisfecha pues era una edición de bolsillo de menos de diez euros.

Al llegar a su apartamento en pueblo nuevo, lo encontró tan vacío como de costumbre. Miró el reloj, era temprano, las nueve; decidió cenar junto al balconcito de apenas medio metro y a la luz de una solitaria vela mientras esperaba la llegada de la media noche, hora del concierto benéfico, al que había decidido asistir, a pesar de que el caso de Ana García estuviera oficialmente cerrado. La aparición de un gato en la vida de un protagonista de novela barata no le pareció un buen argumento; se maldijo por la adquisición, aun así, lo abrió. El libro narraba la cotidiana vida de Samuel, un solterón acostumbrado a que no sucediera nada en su tediosa vida de profesor, hasta que la llegada de un gato callejero, lo revuelve todo. Oliver debió cambiar de opinión a medida que avanzaba la novela, pues en la mesa continuaba la cena intacta señal de que aquella historia le había atrapado por completo. Solo un leve repiqueteo en el cristal lo arrancó de su hipnótico estado: Un pequeño gorrión se había apostado en el quicio de la ventana y le pedía entrar.

Releyó una frase de aquel libro que decía:

Buscar y encontrar

«Mientras estés buscando, tu mirada se ancla en los límites de tus expectativas. Es como si para encontrar a Dios, yo buscara debajo de la cama porque me resulta más cómodo desde mi posición».

Oliver recordó lo vivido aquella misma mañana en casa de la psicóloga y decidió mirar más allá de los bajos de su cama.

Las distancias en moto siempre resultaban algo más cortas. El timbre sonó durante largo rato y alguien descorrió la mirilla antes de abrir. Tras la puerta apareció la insólita figura de un hombre de unos cuarenta años, alto, delgado, completamente enlutado, con una larga melena entrecana recogida en un coiletero negro, una barba que parecía haber sido moldeada con un sacapuntas y que le afilaba el rostro. El caballero de figura misteriosa lo saludó con voz aterciopelada y oscura. Oliver prefirió no mostrar su credencial y optó por preguntar directamente por Nieves.

—Está en la ducha, pero pase por favor, puede esperarla aquí— respondió mientras lo conducía al salón—¿Gusta? —.Preguntó cortés, al tiempo que rellenaba un cuerno de marfil con una bebida esponjosa —, es hidromiel, manjar de dioses. Se dice que dio origen a la cerveza y que el dios Odín de la mitología nórdica se alimentaba únicamente con esta bebida.

Oliver no disimuló que aquel extravagante personaje, por alguna razón que solo el inconsciente conoce, le caía bien.

—¿De qué está hecha?

—Es una fermentación lenta de una mezcla de agua y miel. La hago yo mismo.

Nieves entró en salón, escurriéndose la melena con una toalla blanca.

—Inspector. Veo que ya conoce a Gonzalo—dijo con voz plúmbea antes de caer sobre el sofá junto a ellos—. ¿Ha ocurrido algo?

Oliver Albiol recordó el motivo que lo había llevado hasta allí e impuso un gesto serio antes de responder:

—En realidad es una visita extraoficial. Mis superiores han dado por concluida la investigación referente al asesinato de Ana García y ahora ya es cosa del juzgado.

Nieves se removió en el sillón y Gonzalo recordó las palabras de la madre de Ana.

—¿Y?

—Esta mañana hemos recibido el informe forense definitivo de Mayte Salinas que confirmaba lo que ya sospechábamos: las similitudes con el caso Ana García habían sido provocadas de forma intencionada por ella misma, el lecho de muerte, el lugar, la posición de su cuerpo, la desnudez e incluso el corte simulando una cesárea realizada antes del fallecimiento, esto último nos lo confirmó su marido. La única diferencia es que, en este caso, y al no estar

Mayte embarazada, no ha habido robo del feto. Este dato ha trascendido, al menos de momento, pero a Ana García le extrajeron al bebé y en su lugar dejaron una granada.

Gonzalo y Nieves fingieron una impostada mueca de sorpresa.

—¿Está la niña de Mayte en peligro?—preguntó Nieves contrariada.

Oliver le dirigió una mirada lastimera sin interrumpir su relato:

—En el informe de la autopsia se han encontrado grandes dosis de propofol, anestesia que según el doctor del Valle fue la causante de la muerte. Ana García fue anestesiada con opio, beleno y mandrágora.

—La esponja soporífera—intervino Gonzalo.

Nieves los miraba de hito en hito desconcertada.

—Hipócrates usaba una esponja impregnada en opio, beleno y mandrágora para inducir el sueño de sus pacientes, y suturar heridas o realizar pequeñas intervenciones quirúrgicas. Se dice que la esponja soporífera es la precursora de la actual anestesia.

El inspector escuchaba a Gonzalo con especial atención y apuntó:

—Tenemos el convencimiento que utilizó propofol porque no pudo reunir a tiempo los componentes de la esponja soporífera, mis compañeros de científica han encontrado beleno y opio en su despacho. Quiso imitar el asesinato. Los conocimientos de los detalles y su enfermedad psicológica es lo que ha llevado a mis superiores a identificarla como la ejecutora del crimen.

Esta vez Nieves impuso un gesto de terror.

—¿Perdone, pero ha venido a decirme que la psicóloga de mi colegio se suicidó imitando un asesinato que ella misma había perpetrado contra una de mis alumnas?

Oliver captó el tono de enfado en las palabras de Nieves y tomó aire a sabiendas de que lo que iba a contar no sería fácil de asumir.

—Mayte Salinas sufría una patología conocida como maternidad obsesiva, en su caso derivada de su imposibilidad de ser madre.

—Pero, ¡qué está diciendo! Tenía un crío de meses.

—Eso es lo que les hizo creer a todos.

—¡Esto es de locos!

—¿Sabe lo que son *los reborn*? —dijo en tono pausado.

—No, no tengo la menor idea.

—Son muñecos tan reales como un bebé de verdad—dijo mostrándole un video en el móvil—, Mayte Salinas fingió su embarazo ante la llegada de

su reborn este verano. Su marido se lo había regalado por navidad, pero estos muñecos se hacen por encargo y tardan unos meses en llegar, tiempo que utilizó para fingir su embarazo. Mis jefes han cerrado el caso, aludiendo que sufría un trastorno lo suficiente severo para llevarla a cometer un asesinato. El mismo día de la muerte de Ana García la chica tenía cita en su consulta, en su casa, creen que le contó su intención de abortar, hecho que nos ha confirmado su ginecólogo, su cuñado, también su hermana. Mayte Salinas colaboraba con varias asociaciones antiabortista e imaginan que las intenciones de Ana la acabaron de desestabilizar, discutirían y por ese motivo la mató.

Oliver no obvió ningún detalle y les contó lo sucedido aquella misma mañana en casa de la psicóloga.

—La mató. Ya está, como ella no podía tener hijos, la mató. Así de sencillo. ¿Y el ritual del asesinato? —inquirió Nieves elevando ligeramente el tono.

—Las mentes perturbadas son impredecibles.

—No, no me lo creo.

—Con todos mis respetos, creo que usted no sabía nada de lo que le estoy contando—Oliver hizo una pausa—, quizá es que tampoco la conocía también como cree.

En el salón se instaló un denso silencio que finalmente Gonzalo quebró:

—Disculpe inspector, pero tengo la sensación de que usted tampoco cree nada de lo que nos está contando—sentenció.

Oliver dio un trago, soportando la mirada inquisidora de Nieves sobre él. Gonzalo guardó silencio y finalmente, Olivier Albiol negó con un gesto de cabeza.

—Me asignaron el caso, porque soy especialista en perfiles criminales, pero sobretodo porque he resuelto el cien por cien de los casos que he dirigido, y aquí hay algo que se me escapa. La policía nos movemos tanto por indicios como por pruebas, aunque las concluyentes o jurídicamente demostrables son cosas de jueces y abogados, pero en este caso, tanto pruebas como indicios apuntan a Mayte Salinas, sin embargo, mi intuición me lleva a dudar.

A Gonzalo aquel tipo empezaba a caerle muy bien.

—La intuición siempre ilumina el camino a la razón—observó Albiol

—¿Qué quiere decir? —Repuso Nieves escéptica.

—Que el asesino de Ana García está ahí fuera. Elaboré un perfil

psicológico—dijo mientras les mostraba un retrato robot—, Varón, mediana edad, muy organizado, calmado, minucioso, conocido de la chica pues no la mató en el lugar del hallazgo del cadáver y no había signos de lucha. Muestra respecto hacía la víctima. Le dispone un cómodo lecho de muerte, la recuesta y le ciega los ojos con una intención clara de evitarle el sufrimiento de contemplar el ritual de la cesárea. Es culto, muy posiblemente tiene relación con la medicina, o no ejerce o es un romántico y por eso prefirió recurrir a la esponja soporífera como muestra de sus conocimientos, quizá sea vanidoso, pero no en apariencia. Cuida a la víctima, pero le roba a su hijo, un acto de tremenda crueldad que no encaja con la compasión mostrada hasta entonces y en su lugar deja una granada. No sé qué diablos quiere decirnos con esa granada.

Gonzalo rellenó los cuernos de marfil ceremonioso, dio un trago largo y dijo:

—Creo que deberíamos empezar a tutearnos. Inspector, ¿por qué has venido a nosotros?

Oliver no esperaba aquella pregunta y se mostró nervioso.

—Seré franco. He visto A Nieves esta mañana merodeando en el laberinto, me pareció verte a ti con ella, pero al no conocerte no supe quién eras. Habéis incluso saltado el cordón policial, pero no sé el por qué no mandé que os detuvieran.

Nieves fijó su mirada en Gonzalo con un gesto solícito.

—Mi nombre es Gonzalo Rodríguez Reyes, soy abogado, doctor en Historia y director de la escuela de traductores de Toledo, además de miembro de la Orden del Toledo Oculto y creador del museo de la España Mágica. ¿Ha oído hablar de la escuela de traductores?

El inspector negó.

—El origen de su creación tuvo relación directa con el hecho de que en Toledo convivieran lo que hoy conocemos con las tres culturas: Cristianos, musulmanes y judíos. Esto, propició un importante inter cambio cultural que dio lugar a un proyecto que más tarde fue consolidado por Alfonso X, el Sabio, conocido mundialmente por la Escuela de Traductores de Toledo. Hasta ahí nada reseñable, si bien a la escuela, como a Toledo le persigue una tradición paralela y torva, debo confesar que esa parte oculta es la que me llevó a aceptar el cargo, con el fin de poder estudiar de primera mano aquellos libros que todos conocemos como prohibidos. Cuando Nieves me contó lo que había sucedido con una de sus alumnas pronto recordé algo.

Hacía meses y debido a las reparaciones que habíamos tenido que llevar a cabo en la escuela de traductores con motivo de unas goteras, encontramos un antiquísimo y extraño manuscrito sin traducir que llevaba por título: «*Las tres Moiras*» Preferí mantener el hallazgo en secreto a fin de poderlo estudiar con detenimiento, me llevó meses descubrir que el libro es un antiguo grimorio de magia ceremonial, todavía no he terminado de estudiarlo, pero al conocer el caso de Ana García pronto recordé que de entre los diferentes rituales que aquel libro recogía había uno que mostraba grandes similitudes con la forma de morir de la joven. Idéntica disposición del cadáver, mismos elementos: acacia y ciprés...incluso la cesárea y el robo del feto. No lo dudé y me vine a Barcelona con intención de continuar indagando.

—Me gustaría ver ese libro.

—Es un ejemplar único que, como comprenderás, guardo a buen recaudo y no he traído conmigo en mi viaje. Copié la hoja del ritual con sumo cuidado utilizando la forma de calcado con papel transparente para dañar el original lo menos posible.

—¿Quién tiene acceso, entonces?

—No me consta que nadie más que yo conozca el contenido de este manuscrito, pero no puedo afirmar que sea el único que exista y que haya caído en manos de alguna logia o secta y Ana García sea la ofrenda a algo oscuro, cuando vi el laberinto enseguida pensé en un altar y la leyenda que le da origen da pie a relacionarlo con un sacrificio humano.

—No tengo conocimiento que se haya encontrado ni cerca del cuerpo ni por la zona elementos satánicos, ni ha habido en la ciudad profanaciones a cementerios o iglesias.

—¿Ana llevaba los labios pintados?

—En el informe de la autopsia no aparece ese detalle reseñado, por lo que deduzco que no.

—O lo pasaron por alto. Era una chica joven lo normal es que se maquillara.

—Es posible, ¿por qué lo preguntas?

—Es uno de los símbolos del satanismo menos conocidos, pero es muy propio de ellos pintar a las vírgenes los labios con carmín.

—Ana García no era virgen. Estaba embarazada. Le practicaron una cesárea.

—Le robaron el bebé; tal vez con intención de devolverle la virginidad,

la granada puede representar el útero, cerrado, intacto, con todas sus semillas, símbolo de vida y sangre, dentro. Es una de las teorías que barajo: el sacrificio de una virgen.

—¿Por qué devolverle una virginidad que no tenía y no matar a una virgen de verdad?

Gonzalo le explicó sus hallazgos en el laberinto.

—Todavía no he sacado conclusiones precisas de todo, pero hay algo que si me ha llamado la atención. Todos los elementos conducen a la mitología griega de una forma u otra—Oliver recordó que Vidal también había hecho esa misma observación—. El laberinto es una clara presentación de la misma y los elementos que se encontraron junto al cadáver también lo son, incluso la anestesia utilizada.

—Eso descartaría el satanismo y la teoría de las vírgenes.

—No del todo. El pentagrama es el símbolo más conocido por los seguidores de la tradición pagana. Fijaos, si unimos los elementos encontrados alrededor de la chica—Dijo utilizando una tiza sobre la fotocopia de una fotografía de la escena del crimen—obtenemos una figura.

—Un pentagrama.

—El pentagrama invertido forma una cabeza de macho cabrío, que no es otro que el dios mítico Pan de la mitología griega; este dios representa los deseos carnales masculinos y es un dios de la promiscuidad. En la edad media el dios Pan se convertiría en un demonio cristiano. El cristianismo no es más que una mala copia de elementos de la mitología griega. Fijaros —dijo mostrando una copia del libro «*Las tres Moiras*» donde se representaba un ritual con idénticas características. Es todo lo que puedo decir de momento.

—El caso está policialmente cerrado, pero escucharé todo lo que quieras contarme. ¿Nos vemos luego en la fiesta benéfica?—. Dijo incorporándose.

Ambos asintieron. Un segundo más tarde Nieves intervino.

—Si el perfil psicológico que habéis trazado es el de un hombre, ¿por qué este retrato parece el rostro de una mujer?

Oliver se detuvo y aseguró.

—Quizá me haya traicionado el subconsciente o tal vez sea intuición—. Admitió mientras se dirigía a la salida.

Antes de despedirse, se giró, esbozó una sonrisa con un leve matiz de malicia, fijó su profunda mirada en Nieves y en tono neutro dijo:

—Por cierto, se me olvidaba. En casa de Mayte Salinas han encontrado

un paquete que recogió su marido el mismo día de su muerte, por lo que Mayte nunca llegó a recibirlo. Lo curioso es que la destinataria no era solo ella, el paquete venía también a tu nombre.

Nieves se secó el sudor de las manos en el pantalón.

—De momento—continuó Oliver—, está custodiado en el juzgado, imagino que cuando se levante el secreto de sumario, te lo harán saber. ¿Tienes idea de lo que contenía?

Nieves apretó la mandíbula y se mordisqueó las uñas imponiendo un gesto de fingido desconcierto. Oliver la escrutó durante unos segundos.

—Buenas noches—dijo, luego se dio media vuelta y desapareció entre las sombras de la escalera del rellano.

10.

El concierto había sido todo un éxito, no faltaron familiares, amigos, compañeros de clase y profesores de los jóvenes que, finalmente, decidieron que a pesar de ser noche de *Halloween*, los disfraces los dejarían para otra ocasión. El momento álgido de la noche había llegado cuando Desirée, vestida con un corsé negro, falda corta vaporosa y medias de rejilla, interpretó sobre el escenario de Ana su canción favorita, por un instante les pareció que de los labios morados de la joven salía la voz azucarada de la fallecida interpretando una canción premonitoria. Los presentes rompieron en un llanto controlado que, solo en algunos casos, logró pasar desapercibido.

Junto a la barra Gonzalo hablaba en tono confidencial con el inspector Albiol bajo la atenta mirada del agente Vidal que escrutaba el entorno como vigía en la noche.

Acabado el concierto y con el objetivo cumplido de haber recaudado dinero suficiente para la asociación infantil con la que Ana colaboraba, los chicos decidieron disfrutar, en la medida de lo posible, de una noche particularmente especial para ellos.

—Quiero pedirlos un favor—dijo Desirée, pálida como la nieve y mostrando una profunda mirada enmarcada en un morado eléctrico—Que me acompañéis al cementerio, a la tumba de Ana.

La noche del treinta y uno de octubre, los *Wica* celebran el *Samhain*, se dice que durante ese periodo de oscuridad y debido a la muerte de su dios, el Dios Astado que desemboca en el día de todos los santos, las leyes que rigen el tiempo y el espacio quedan suspendidas provocando la caída del velo que separa el mundo de los vivos y los muertos, hecho que facilita la

comunicación entre ambos.

Pasada la media noche encararon la carretera de Montjuïc a escasos metros de la entrada del cementerio donde los había dejado el taxi. Caminaban despacio mientras el monte vestido de mármol y cipreses, los vigilaba callado.

Las cinco figuras se presentaron ante la puerta forjada que separaba dos mundos que aquella noche tenían permiso para comunicarse. Junto a la verja un saliente del muro les facilitó la entrada. Salir sería otro cantar, pensó Aleix.

—Tengo miedo—dijo María observando a su hermana disfrutar del romanticismo del cementerio. Una belleza que a los ojos de los demás resultaba siniestra.

Saltaron de uno en uno sin demasiado convencimiento. Hasta que llegó el turno de Alba, la joven visiblemente asustada se aferró al brazo de María y propuso volver a casa.

—Vamos Alba, sabes que dentro nos esperan—aseguró Desirée.

Alba no entendió bien a qué se refería, pero su instinto le decía que tenía razón y no pudo disimular un escalofrío que alertó a María. Alba prefirió saltar por el lateral de la verja y se encaramó al muro con mal atino, tanto, que se dañó la pierna al hacerlo y la sangre no tardó en brotar de su muslo izquierdo.

—Parece profundo—intervino Aleix acercando el móvil para que derramara su sobre el muslo de Alba e inspeccionó el corte.

María le taponó la herida con uno de sus calcetines de media.

—¿Estás bien? —Preguntó María—Deberíamos volver.

—No ha sido nada—aseguró Alba bajo la dura mirada de Desirée—. Continuemos.

El aullido del viento despeinando las montañas y la danza funesta de los cipreses, los hizo retroceder en más de una ocasión y replantearse volver a casa, a todos, menos a Desirée, que con el rostro pálido como la luna se movía entre las sombras como si formara parte de ellas.

—Creo que nos hemos perdido—dijo María mientras se apretaba un pendiente.

—Yo recuerdo que era por aquí—aseguró Roger.

—El día del entierro vinimos en coche, esto es inmenso, tardaremos lo que queda de noche en llegar—apuntó Alba con voz cansada.

Desirée continuaba la marcha sin reparar en los comentarios de sus amigos absorta en un aura de misterio y belleza que solo ella disfrutaba.

—Necesito descansar—propuso Alba al fin—. Me duele mucho.

Desirée acabó aceptando, no sin antes imponer un gesto de fastidio que molestó a Alba. Por no molestar más de lo necesario ni quebrantar la paz de los difuntos, se sentaron en el suelo apoyados en un árbol centenario que Desirée abrazó en un intento de captar su energía. A Alba, que observaba la escena, le parecía que en aquel lugar la energía que se desprendía solo podía ser funesta.

—¿Os acordáis del verano pasado en *Platja d'aro* contando historias de miedo en el cementerio? —dijo Roger.

—Para no acordarse—apuntó María—me quedé encerrada en la capilla y casi me muero de miedo.

Todos, menos Desirée y Alba, rieron a carcajadas.

—Venga continuemos, cuando antes acabemos con todo esto antes volveremos a casa—propuso María—. Alba, ¿puedes andar?.

—Sí.

Desirée decidió que ya era hora de llevarlos al lugar correcto, pues solo ella disfrutaba de los solitarios caminos del cementerio y de las sombras que las esculturas proyectaban a la luz de luna, pero al acercarse, algo que no esperaba le sorprendió también a ella.

—Mirad, ¡¿Qué es eso?! —Dijo Aleix señalando la piedra todavía sin gravar—Hay algo ahí.

Los chicos se acercaron con cautela.

—Parece un ritual—aseguró Desirée.

Sobre el mármol reposaba un diminuto ataúd de cristal, a ambos lados, la luz titilante de dos cirios parecía dar vida a una antigua planta con forma humana coronada de flores blancas, que descansaba en su interior, junto a un espejo en forma de luna.

—¿Has sido tú? —preguntó María a su hermana en tono acusador.

—¡No, estás loca! —Se defendió Desirée.

—No me lo creo! Por eso nos has hecho venir, ¿no?

—¡Que no! ¡Te digo!

—¿Entonces por qué en la entrada le has dicho a Alba que algo le esperaba dentro? ¿Te referías a esto?

—No, claro que no. He querido venir para conectar con el espíritu de Ana y saber quién le ha hecho daño, en la noche de *Samhain*, porque hoy

tenemos permiso para correr el velo de la muerte—dijo sacando una tabla ouija—, pero yo no tengo nada que ver con eso. Este tipo de ritual no se utiliza en mi religión.

—¿Qué es eso del Samhain? —preguntó Alba visiblemente desconcertada.

—Es la fiesta más importante para los celtas, se cree que esta noche nuestros antepasados nos visitan, por eso se les solía dejar comida en la puerta de las casas para que los espíritus no entraran, luego como todas las tradiciones ha ido evolucionando y hoy en día son los niños lo que llaman a las casas para recoger caramelos. Yo, solo quería hablar con ella...—aseguró con pena mientras sacaba de su mochila un pastel de calabaza y galletas de jengibre.

María sintió una oleada de ternura y culpa que le recorrió el cuerpo.

—Entonces si no has sido tú... ¿Quién ha hecho esto?

Aleix se acercó al ritual y comprobó que era reciente: los velones apenas se habían consumido a pesar del viento que aquella noche azotaba con virulencia. El romero, prendido sobre un platito dorado, purificaba el sepulcro.

—El ritual es de hace poco, el que lo ha hecho ha debido cruzarse con nosotros... quizá esté todavía aquí—dijo recorriendo con la mirada, las esculturas de ángeles y muerte que les rodeaba.

Sin darse cuenta les sorprendió el amanecer, el cielo clareaba cuajado de arboles, el suelo parecía exhalar un vapor helado que tapizaba los caminos. Los chicos observaban la escena en un recogido silencio, Alba se acercó a la tumba y el familiar olor de la cera y el romero la turbó, sintió como una oleada caliente de líquido que recorría su muslo; la herida continuaba sangrando, tuvo náuseas y un mareo repentino le provocó una caída fatal.

—Joder, ¿qué hacemos? —Gritó Aleix.

Alba se había dado un golpe en la cabeza contra la piedra del panteón y permanecía desmayada sobre los brazos de Aleix y Roger.

—¡Hay que llamar a la ambulancia! —aseguró María.

La ambulancia llegó junto a varias patrullas de policía. Los agentes no tardaron en reconocer a los chicos y dieron aviso al inspector Albiol. Vidal fue el primero del grupo de Olivier en llegar.

—Vaya, de nuevo la pelirroja, luego me dirán que esta no tiene nada

que ver con esto tampoco—susurró mientras la joven pasaba tumbada en la camilla junto a él—. Y vosotros, ¿Qué es todo esto? —preguntó Vidal a los chicos en tono acusador.

—Lo hemos encontrado aquí.

—Ya claro y yo soy *Richard Gere*, ¿no me veis? ¿Qué hacíais en el cementerio de madrugada?

Desirée intentó, en vano, explicarle las costumbres de su religión. Vidal soltó una gran carcajada que acabó con los buenos modales de la joven. Desirée encendió en su rostro una hilarante expresión de rabia escupiendo sobre los pies del agente. La intervención del inspector Albiol evitó que la mandara a pasar la noche a un calabozo.

Su llegada tranquilizó a los jóvenes que fueron acompañados a sus respectivas casas. Los agentes hablaron con sus padres para citarlos, a ellos y a sus hijos, ese mismo lunes en comisaría.

Gonzalo, tras recibir la llamada de Oliver, acudió al cementerio mientras Nieves se dirigía al hospital donde había sido trasladada Alba.

—Parece cosa de críos—repuso Gonzalo tras una inspección ocular rápida—. Necesito hacer unas fotos.

—Hazlo con disimulo—le autorizó Oliver.

Gonzalo se acercó al ceremonial y fotografió cada elemento.

—¿Qué te parece? —preguntó el inspector.

—Demasiado elaborado, sin duda, para estos jóvenes—admitió tras un examen más exhaustivo—, pero hoy en día con internet se accede a todo tipo de información. Veré si encuentro algo parecido en la red que hayan podido copiar. Es Halloween y esta noche es muy común que los jóvenes se diviertan de esta forma.

—No creo que mis superiores piensen lo mismo—hizo una pausa antes de continuar—. Es la tumba de Ana García.

Gonzalo no pudo disimular un gesto de sorpresa.

—¿Reconoces esa planta?

—Mandrágora—aseguró el toledano.

—¿qué utilizó el asesino para dormir a la chica? opio, beleno y mandrágora, amigo, y por lo que sé no es una planta nada fácil de conseguir.

—No, no lo es—repuso pensando en Jordi Sau.

—¿Piensas que estos chicos han podido conseguirla? Por internet ¿quizá?

—No, el verdadero imposible. Según creencias populares crecía bajo

los patíbulos donde caía el semen eyaculado por los ahorcados durante las últimas convulsiones antes de la muerte o por erección o eyaculación hay quien dice que para conseguirla hoy en día se guarda el semen de los difuntos para abonar la tierra donde crece, pero es muy difícil encontrarla, a veces se confunde con otro tipo de tubérculos.

—Entonces, ¿podría ser obra del asesino de Ana García?

— Eso deben decidirlo tus superiores, ¿no crees?

—De eso me encargo yo, tú vete a buscar a Nieves y a ver qué te cuenta su hija.

—¿Qué quieres decir? —Observó Gonzalo visiblemente molesto.

— Esa chica está asustada, pero sabe más de lo que dice y eso, es justamente lo que necesito que averigües, recuerda, que, aunque sea la hija de tu mejor amiga, la encontramos sonámbula en el escenario del crimen, junto al cuerpo yacente de una joven que no conocía en una ciudad nueva para ella, acababa de llegar a Barcelona. Eso no puede ser casual, igual que no lo es que hoy estuviera aquí, tú lo sabes tan bien como yo.

Gonzalo asintió.

—Veré qué puedo hacer

Alba le había pedido permiso a su madre para visitar a Ángela por su cumpleaños. Al llegar al palacete de la Avenida del *Tibidabo*, la recibió Gabriela con una sonrisa forzada y la acompañó a la salita donde su tía construía desde hacía años una colosal casita de muñecas.

—Hola brujita, te he llamado.

—Sí, no estoy muy bien de cobertura—.Dijo tecleando el móvil—. ¡Felicidades!

Ángela sonrió y cerró los ojos para recibir el beso cálido de su sobrina.

—A ver si te gusta.

Alba le había comprado una antigua muñeca de porcelana alemana fabricada en el año 1900 por Bergman en colaboración con Halbig.

—Brujita, ¡es maravillosa! ¿Cómo la has conseguido?

Alba sonrió encantada, sin responder, para darle mayor solemnidad al regalo. Su tía acarició y observaba embelesada la muñeca durante un largo espacio de tiempo que Alba respetó encantada, luego, se levantó para hacerle un hueco de honor: la sentó en una pequeña mecedora de madera junto a la ventana al abrigo de la chimenea que en esos momentos permanecía apagada.

—Cuando me dijiste lo de la casa de muñeca no me la esperaba así. ¡Es chulísima!

—Estoy preparando la habitación del bebé, hoy tu tío me ha regalado los mueblecitos por mi cumpleaños.

—¡Anda tata si son iguales que los de la habitación de mi prima!

—Sí, a mí también me ha parecido una macabra coincidencia.

—Ya sabes cómo es... Quizá pensó que te gustaría...

—Tu tío es de los que hace regalos pensando en lo que a él le gusta y no en el otro—.Dijo esbozando una sonrisa forzada—. Una vez me regaló por San Valentín una figura horrible del santo.

Alba rio.

—¿Te acuerdas cuando vino de aquel viaje a Japón y me trajo una botella de licor con un lagarto dentro? Oh, ¡yo solo tenía nueve años y casi me muero de asco!

—¡Fue horrible! Recuerdo tu carita de terror y la mirada fulminante que me dedicó tu madre. Yo no tenía la culpa. ¡Ni siquiera fui a ese viaje! ¿Sabes lo que me regaló a mí? Un kimono horroroso.

La habitación se inundó de carcajadas.

— Anda, ayúdame a montar la cuna.

Ángela parecía distraída en aquella minuciosa labor mientras Alba todavía con una sonrisa pintada en la cara observaba el museo de Nancys y muñequitas de trapo que decoraban las paredes, escrutándola, inanimadas, desde todos los ángulos de la estancia.

La mañana cenicienta se apagaba tras las cortinas, y la inmensidad del salón se ocultaba entre sombras que escondía, apostadas sobre estanterías de roble algunas cabezas enmarañadas, incluso mutiladas, de muñecas antiguas que su tía coleccionaba. En un estante cercano, pudo ver cómo los rostros de varios polichinelas, brillaban a la luz ocre de la lámpara del techo, mientras un mosaico de barriguitas empapelaba la pared frontal. Justo al lado, una puerta entreabierta conducía a un pasillo estrecho y largo; el corredor era un vacío negro donde podían esconderse horrores sin rostro, se levantó, cerró la puerta y volvió, junto a su tía, que desprendía una paz que la reconfortaba. Un flexo iluminaba la mesa de trabajo sobre la que Ángela con una pequeña madera construía el moisés donde una muñequita en miniatura dormiría su eternidad. El sonido de la sierra dentellando el listón y el olor cálido de la madera se propagaron por la estancia dando voz y aroma al silencio que se había instalado entre ellas. En el centro, en medio de la oscuridad, la casita de muñecas refulgía, iluminada desde dentro por luces doradas que presidían las estancias ya terminadas.

—¿Cómo se llama? —le preguntó acariciando el diminuto bebé.

—Valeria.

—Como mi primita.

Ángela asintió con una sonrisa amarga.

—Tata, ¿tú crees en las maldiciones?

—¡Claro que no! Eso son cosas de vieja Alba, ¿por qué lo preguntas?

—Nada, por un libro que estoy leyendo. Una mujer le lanza una maldición a otra y a partir de ahí las mujeres primogénitas de la familia no pueden ser madres y si lo intentan los niños les nacen muertos, como...

—En las novelas aparecen muchas cosas y la mayoría no son ciertas. No debes hacer caso de supercherías.

—Pues mi madre sí creen en todo ese rollo de magia y espíritus.

—Eso es culpa de haber vivido tantos años bajo el embrujo de una ciudad torva como Toledo y de las tonterías de tu tía Catalina. Pero las

maldiciones no existen más allá de nuestra mente, es como el miedo, se alimenta de miedo. ¿Cuáles son los lazos que crees que nos unen a tu familia, a tu madre, a tu padre, a mi...?

Alba pensó la respuesta durante unos minutos.

—¿El cariño, la sangre?

—Así es, pero también estamos conectados entre nosotros y con nuestros antepasados a través del inconsciente y del alma, de forma, que cuando existe un desequilibrio emocional familiar, se trasmite a través del subconsciente de generación en generación. Si un miembro de la familia cree estar maldito, esa creencia la heredarán sus sucesores y ellos a su vez la transmitirán a la siguiente generación, por lo que la única forma de liberar a la persona y resolver el conflicto es conocerlo, saber que existe esa maldición, pero no creer en ella, porque al no creer no pasará a formar parte de nuestro subconsciente y no se transmitirá.

—Pero entonces mientras haya alguien que crea seguirá cumpliéndose, entonces, ¿si existe?

Ángela rio abiertamente.

—Visto así sí. Eres una chica inteligente, brujita.

—Entonces, ¿yo no puedo hacer nada con mis terrores nocturnos? Los tengo, por culpa de mi madre. Cómo ella cree en los espíritus, yo lo he heredado sus creencias y ahora me visitan a mí.

—No creo que debas culpar a tu madre de tu enfermedad, la *parasomnia* y los terrores nocturnos son trastornos del sueño de los que tu madre no tiene nada que ver.

—¿Ella dice que es un don!

—Entonces, eres tú, brujita, quien no debería creer en supercherías. Si pretendes acabar con todo eso tendrás que encontrar la forma de eliminarlo de tu mente.

—¿Cómo?

—Hurgando en ella.

Alba asintió vencida, aunque poco convencida; miró el reloj y vio que era tarde.

—Tengo que irme. Mi madre me ha dejado venir siempre y cuando estuviera de vuelta a la hora de comer.

—Después de lo de anoche en el cementerio, es normal—.Le dijo en tono admonitorio.

—Tata yo no hice nada. Es más... ¿quieres que te diga una cosa...?

—No debes ir al cementerio de noche, ni de noche ni de día, porque a ti no se te ha perdido nada allí—la interrumpió—. No hay excusa.

Alba decidió no replicar. Se despidió con un beso tierno y al salir volvió la vista para observarla. La vio distraída en sus manualidades, con su característica sonrisa pintada en los labios.

Al llegar a casa la encontró sombría a pesar de que era medio día. Nieves y Gonzalo no habían vuelto y ella decidió leer un rato mientras esperaba.

El amanecer nos sorprendió, a padre adormilado en el salón frente a la chimenea y a mí preparando el desayuno en la cocina. Mientras se cocía la leche había empezado a caer una llovizna fina, una cortina de agua que velaba las calles de Toledo y empañaba los cristales. A lo lejos vi acercarse dos figuras que me resultaron familiares: Una mujer gruesa arrastraba a una niña pequeña, que trastabillaba a cada paso; así toda vestidita de negro, parecía una hormiguita torpe a la que le faltaban varias patas. Abrí la puerta para que entraran y al cruzar el umbral, mi hermana me dedicó esa mirada repleta de pena que solo asomaba a sus ojos miel cuando recordaba a madre.

—¿Cómo ha ido el parto? —pregunté con desatino provocando el llanto incontrolado de mi hermana y una más que merecida regañina de Lina.

—*Demonches de diablo siempre incordiando. Anda haz algo y tráeme un par de velas y un saquito de romero—me dijo mientras ella envolvía en un paño de lino una raíz de mandrágora que guardaba en un bote de barro.*

En esos momentos tuve la certeza de que la madre o el crío habrían muerto. Lina tenía por costumbre realizar un ritual funerario para que el alma de los difuntos fallecidos de forma trágica no vagara errante; ella siempre decía:

«Ya tenemos bastantes almas en pena por esto lares, después de tantas invocaciones y persecuciones de brujas».

Tras el velatorio solía acudir con mi hermana al sepulcro de la fallecida y allí, prendían dos velas, nunca podían utilizarse un número impar, las velas servían para dar luz al difunto que era representado con la raíz de mandrágora, por su forma humana. Junto a la planta quemaban romero para purificar el ambiente y depositaban un espejo, con la finalidad

de que si después de los rezos de media noche, el espíritu del fallecido no había logrado cruzar al otro lado, este quedara atrapado en el cristal y durmiera allí su eternidad sin perturbar la paz de los vivos.

Alba se sentó de golpe en la cama y releyó aquellas páginas de forma compulsiva hasta que la puerta de entrada anunció la llegada de Nieves y Gonzalo. Cogió el móvil y le escribió un mensaje a María que no leyó, luego llamó a quien nunca atendía su llamada.... y como era de esperar nadie contestó; guardó el libro bajo la almohada y salió al comedor.

—¿Cómo ha ido el día? —preguntó dulcemente su madre.

—Extraño.

—¿Sucede algo? Pareces nerviosa.

Nieves se detuvo a mirarla esperando una respuesta que no llegaba. Decepcionada de nuevo, se fue a su habitación para desvestirse, pero ante su asombro, Alba apareció bajo el umbral de la puerta.

—He estado en casa de la tía Ángela. Le he regalado una muñeca de porcelana alemana.

Nieves secó el sudor de sus manos en la colcha e intentó disimular su miedo sentándose en el borde la cama fingiendo doblar unos calcetines.

—Hemos hablado de maldiciones y de mi primita. Debió de ser un palo verla nacer muerta.

—Fue muy duro, sí.

—¿Te has pensado lo de que me vuelva a vivir con papá?

—No creo que sea buena idea.

—¿Por qué? Mamá no sé por qué te empeñas en que viva contigo si sabes tan bien como yo que esto no va a funcionar. Nunca funcionará, porque yo sé que estoy en este mundo gracias a mi padre, que tú nunca quisiste tenerme, nunca me atendiste, dejaste mis cuidados, incluidos los besos y las caricias, que yo tanto necesitaba a la tía Catalina, ella es lo más parecido a una madre que he tenido.

—¡Eso no es verdad!

—Vamos mamá siempre supe que fui un error. Os he oído discutir a papá y a ti mil veces. Te dan grima los niños pequeños. ¡Si te dan miedo hasta las muñecas!

Nieves dobló un pantalón y lo dejó sobre el perchero de madera al que tuvo que agarrarse para no abofetearla. En un instante se vio superada por la situación, buscó sus pastillas en el cajón de la mesita de noche y las

ingirió sin agua, la barbilla le temblaba, y los ojos le quemaban de aguantar un llanto que le nacía en el alma y luchaba por salir. Su niñez se proyectó como en una moviola en su mente y el recuerdo amargo de aquel día volvió obligándola a revivirlo.

Nieves entró en el laboratorio de su padre a hurtadillas, sabía que a la tía catalina no le agradaba que las niñas jugaran entre los botes de formol donde José guardaba embriones con los que estudiaba las posibles causas de malformaciones en los primeros meses de vida uterina. Se había obsesionado con ello desde la muerte de su esposa.

—Nieves, ven, mira el muñeco que me ha regalado papá.

Ángela a sus diez añitos sujetaba sobre sus brazos, con la delicadeza y el miedo de una madre primeriza, un embrión de unos siete meses de edad; sentada sobre el líquido acuoso que se deslizaba por el suelo entre los restos de cristales rotos del bote, que hasta entonces lo albergaba, acunaba al bebé.

—Si papá te ve, se va a enfadar.

—Me lo ha regalado él.

—No mientas Ángela o dios te castigará.

—No miento, es la verdad—. Aseguró en tono inocente.

Nieves sabía que mentía, siempre le impresionó la inventiva de su hermana y su capacidad para fingir emociones ya desde muy pequeña. La imagen, aunque macabra, la enterneció. Ángela había demostrado a su temprana edad una extrema sensibilidad con los niños.

—¿Nieves tú crees eso que cuentan sobre nuestra familia?

La pequeña subió los hombros sin responder.

—Pues yo no creo esas tonterías.

Nieves sonrió.

—Tendré una hija se llamará Valeria, ¿y la tuya? ¿Cómo te gustaría que se llamara?

—No sé...—dijo observando su entorno: un laboratorio repleto de fetos sin vida—. Yo creo que no voy a tener hijos.

—¡Vamos, no digas tonterías!

Nieves recordó a su madre con la mirada perdida en su lecho de muerte, tumbada sobre las sábanas blancas manchadas de sangre, y dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas. Ángela, que seguía sentada, se levantó y dando pequeños pasos sobre los trocitos de vidrio que crujían bajo sus zapatitos, se acercó a Nieves, despacito, hablándole sin apartar los ojos de la mirada aterrorizada de su hermana, en un intento de mantener su

atención para que no saliera corriendo. De pronto, con un rápido movimiento cerró la puerta de un solo golpe evitando su huida. Nieves dio un respingo. Ángela colocó al pequeño en los brazos immaculados de su hermana menor que tiritaba al contacto helado con la piel del niño mojado en formol. La pequeña enmudeció mientras Ángela la animaba a cantar una canción de cuna:

—Duérmete niño, duérmete ya o vendrá Lamia y te comerá...— canturreaba. —Vamos Nieves cántale tú también y abrázala que tiene frío.

Nieves con el rostro más marmoleo que pétreo acurrucó instintivamente el cadáver de aquel embrión.

—Te has fijado Nieves, es una niña. Vamos a ponerle un nombre ... ¿Cuál te gusta?

La pequeña balbuceó algo sin sentido.

—Está bien. Se llamará Valeria. Tu mejor coge otra para ti—dijo arrancándole la niña de los brazos.

Por fin todo pareció acabar para Nieves. Fijó su mirada aterrada en Ángela y se levantó para salir corriendo, pero la mano veloz de su hermana la detuvo.

—Nieves, no digas nada de Valeria, no quiero que me la quiten— Suplicó severa.

La niña negó con la cabeza.

—Espera.

Ángela sacó un alfiler de su falda de cuadros y le pinchó el dedo corazón, luego hizo lo mismo con el suyo y los unió.

A Nieves, aquel pacto de sangre le atormentó las noches que sucedieron a aquel día. Valeria se le aparecía en sueños de forma casi continua. Al abrir los ojos, la niña, que solo tenía siete años juraba a la virgen negra que reposaba en su cabecero que nunca tendría un hijo. Al acostarse rezaba sus plegarias observando la escultura de la virgen, preguntándose como esa mujer de rostro angelical podía sostener entre sus brazos un bebé frío y rígido como el mármol. En su inocencia creyó que todos los niños serían como Valeria: inmóvil, gélida y fantasmal. Desde entonces, desarrolló un rechazo hacía los niños que no vencería ni tan siquiera después de ser madre. Solo cuando Alba abandonó la niñez logró acercarse a su hija, pero era demasiado tarde...

Alba le había pedido a su madre permiso para la conocida noche de chicas, pero Nieves, después de lo sucedido no aceptó que durmiera fuera de casa. Tras un cruce de acusaciones y miradas de rencor, Alba consiguió que su madre la dejara celebrar la fiesta de pijamas con las gemelas en su casa, aprovechando que ella y Gonzalo volverían tarde de la cena que Ángela organizaba con motivo de su cumpleaños.

Alba visiblemente inquieta los observó marcharse apostada tras la cristalera del balcón. Daban las ocho en el reloj de cuco del salón y la Barcelona que la joven descubría día a día desde su balcón se resistía ante la perspectiva del ocaso. Por las calles iluminadas, andaban grupos de adolescentes cargadas con bolsas de tiendas de moda, matrimonios de mediana edad y algún rezagado que corría a la farmacia a punto de echar el cierre. En la acera de enfrente, la dependienta de la librería subida en un taburete retiraba del escaparate varias calabazas y alguna que otra calavera que había acompañado las novedades de misterio los días previos a la noche de todos los santos. Alba sintió un profundo dolor de cabeza producto del recuerdo de la noche anterior. El ruido metálico de un establecimiento que bajaba la persiana la devolvió a la calle dónde vio acercarse a María y Desirée.

« No pueden ser más distinta » , pensó al verlas avanzar una junto a la otra

Desirée desprendía un halo de romántica melancolía que contrarrestaba con el espíritu risueño de su hermana, que parecía que caminaba dando pequeños saltitos como un cervatillo asilvestrado. Desirée lucía su habitual atuendo: falda vaporosa y corsé negro, nada que ver con los vaqueros estilosos y la camisa de marca de su hermana.

Nieves y Gonzalo llegaron a la avenida Tibidabo. Cruzaron el jardín tropical decorado con majestuoso jarrones de corte vitoriano y esculturas grecorromanas hasta detenerse frente al estanque delimitado por media circunferencia de setos bajos y crisantemos. Nieves recordó a Carlos, el jardinero, y pensó en la regañina que le esperaba si la pillaba alimentando a las carpas del estanque con melindros. Sonrió.

—Son impresionantes—observó Gonzalo a su lado.

Las carpas refulgían en la profundidad del estanque como un cofre de piedras preciosas perdido en mitad del océano.

—Es uno de los *fetiches* de mi cuñado.

—No es de extrañar—observó Gonzalo— La leyenda dice que estos peces tienen una misión desde que nacen: nadar río arriba hasta una temible cascada, que deberán subir, porque aquellos que lo consigan, se convertirán en dragones, animal portador de buenos augurios.

Nieves los miraba embelesada, mientras Gonzalo observaba el entorno.

La casa era un palacete de estilo vitoriano situado en la frontera que delimita la ciudad. Las paredes originalmente color salmón, permanecían tapizadas de yedra que amenazaban los enormes ventanales encalados, y ocultaban un sinfín de relieves dibujados sobre los frisos de la fachada. El atardecer imprimía un aire romántico al lugar que permanecía custodiado por dos señoriales gárgolas apostadas sobre las esquinas del tejado.

Gonzalo y Nieves se acercaron a la puerta donde Gabriela, la sirvienta, ya los esperaba.

—La señora tardará unos minutos. El señor les espera en el salón —anunció con frialdad.

Gonzalo era la primera vez que visitaba el palacete y no pudo reprimir su curiosidad. Observó la entrada con detenimiento; lo primero que encontró fue un corredor que daba a una majestuosa estancia con paredes tapizadas de las que se descolgaban varias reproducciones de obras maestras de grandes pintores del siglo de oro español. Se detuvo frente a la fragua de vulcano; dos pasos a la derecha, encontró el colorido tapiz de las Hilanderas del mismo autor, un cuadro que desde niño admiraba.

—Nieves, ¿dónde has visto antes este cuadro?

—En casa de la tía Catalina, ¿por qué?

—Acabo de recordar algo—dijo—.Durante mucho tiempo se consideró a las Hilanderas un cuadro de género donde se mostraba una jornada de trabajo en el taller de la fábrica de [tapices](#), pero más tarde y, debido a las «ambigüedades» en los significados de los cuadros de Velázquez se pensó que podía hacer alusión a un pasaje mitológico, concretamente a la fábula de [Atenea](#) y [Aracne](#).

—Recuerdo perfectamente esa leyenda, mi padre me la contó de niña. Decía que Aracne, la inventora del uso del hilo, tejía tan bien, que las gentes de su ciudad comenzaron a comentar que tejía mejor que la diosa [Atenea](#), inventora de la [rueca](#). la diosa, cuando se enteró se enfadó muchísimo, y para

demostrar que no era cierto, decidió convocar un concurso donde ambas tejerían, Atenea tejió la escena de su victoria sobre Poseidón y Aracne, por su parte, representó veintidós episodios de infidelidades de Zeus siendo infiel a Hera.

—Así es, y por eso Velázquez, cuando pintó *las Hilanderas* escogió para representar la victoria de Aracne sobre Atenea el pasaje de *El rapto de Europa*. Al entrar en el laberinto de Horta el primer relieve que encuentras a mano derecha es precisamente la representación del rapto de Europa.

—No sé dónde quieres llegar...

—Hemos especulado sobre quién podía ser el asesino de Ana García y entre ellos hemos contemplado la posibilidad de que fuera Víctor, un hombre casado al que el embarazo de la chica podía traer muchos problemas, lo descartamos por su... digamos bajo nivel cultural, valoramos incluso la posibilidad de un sacrificio por parte de alguna secta de tintes satánicos por la representación en la escena del crimen del pentagrama invertido, y su relación con el dios pan o lo que es lo mismo Zeus.

Nieves lo observaba confusa.

—Pero—continuó Gonzalo—nunca tuvimos verdaderamente en cuenta como sospechosa la mujer de Víctor.

—La policía sí lo hizo y al parecer tenía una coartada. ¿Qué te hace pensar en ella?

—El dios pan representado en el pentagrama, es el dios de la infidelidad, Zeus ha sido, como tú misma has podido comprobar, infiel a su mujer, en más de veinte ocasiones. Hera es la diosa de la fertilidad y se la representa con una granada de marfil en la mano.

—¡Oh, dios santo!

—El lugar escogido, es un laberinto dónde encontramos a Cupido, dios del amor, no al *minotauro* como sería de esperar. No sé, me lleva a pensar en que la mujer de Víctor, viéndose representada en la humillada Hera, matara a la chica y la dejara en un laberinto que honra al amor con Cupido como protagonista, como castigo por su traición.

—Deberíamos llamar a Oliver.

—Sí, eso voy a hacer. Ves entrando.

Gonzalo, salió de nuevo al jardín para hablar con calma. Al volver

avanzó un poco más por el ancho corredor y sorprendió a Nieves ensimismada frente a un cuadro de Goya. «*Saturno devorando a su hijo*».

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Nieves.

—Poca cosa, al parecer la mujer del tal Víctor no es mucho más avispada que él, por lo que le sorprende que tuviera la capacidad de ordenar tantos elementos y significar el asesinato. Me ha dado la impresión de que después de lo ocurrido en el cementerio tienen otro sospechoso.

—¿No te ha dicho quién?

—No, de hecho, lo he notado algo circunspecto.

—Tendrá un mal día.

—Será eso—dijo Gonzalo poco convencido.

—Acompañé a Ángela a comprar este lienzo—observó Nieves refiriéndose al cuadro de Goya—. Recuerdo que la primera vez que lo vi de cerca me pareció aun más siniestro que en el Prado, pero... hizo una pausa para mirarse en un espejo dorado, que colgaba de la pared—: el tiempo nos devora y yo cada vez que miro las arrugas de mis ojos no puedo evitar pensar si seré algún día capaz de reconciliarme con mi hija.

Gonzalo observó como una lágrima le recorría la mejilla borrando todo rastro de maquillaje a su paso. La tomó de los hombros y la besó en la frente

—Vamos no te tortures, es una adolescente y a esas edades todos hemos sido rebeldes.

Nieves asintió resignada y lo acompañó al salón donde todo estaba preparado al detalle, como era costumbre en Ángela. Jordi había prendido la chimenea con un par de troncos de olivo que aportaban calidez al ambiente y los recibió con especial cortesía, pero no fue hasta que Ángela entró en la estancia que esta se llenó de alegría. Con la melena caoba medio recogida en un pasador dorado, lucía un sencillo vestido rojo que resaltaba su estupenda figura. Besó a su hermana:

—oh, hueles a Iglesia—protestó.

Nieves acercó su hombro derecho a la nariz en un intento de olerse la camisa, pero no encontró nada extraño.

—Tú por el contrario hueles a perfume caro—repuso entregándole una bolsita de regalo—. Espero que te guste. Felicidades.

Ángela abrió el paquete con el mismo entusiasmo de cuando era niña.

—¡Como me conoces! —dijo sosteniendo un frasco de *Chanel n°5*.

Nieves arrugó la nariz en un claro gesto de desagrado, esos perfumes, además de caros, le parecía que olían de forma horrible.

La diferencia entre las hermanas era más que evidente, a pesar de ello, la noche transcurrió amena e incluso en ocasiones divertida, hasta que llegó el momento —ya en los cafés—, de hablar de las muertes que últimamente azotaban la ciudad y concretamente el colegio. A Ángela y a Jordi la teoría de la policía de que Mayte Salinas fuera la asesina de Ana García no les pareció descabellada. Jordi venía tratando a la psicóloga desde hacía años de sus problemas de infertilidad, y precisamente por ese motivo le sorprendió que anunciara repentinamente su embarazo. Después llegó el momento de hablar de Alba. Jordi y Gonzalo prefirieron dejar solas a las hermanas y se refugiaron en la biblioteca. A Jordi el hecho de tener en su casa al director de la Escuela de Traductores de Toledo, le entusiasmaba y quiso compartir charla con él, a solas, sobre libros y manuscritos antiguos.

A la misma hora en el piso de la calle valencia Desirée y María se preparaban para afrontar su primera noche de chicas junto a su nueva amiga: Alba. Desecharon la idea de volver a hacer la *ouija* a pesar de la insistencia de Desirée. Esa noche, por el contrario, prefirieron evitar sobresaltos y pasarla comiendo pizzas y viendo una película. El hecho de que la protagonista de *Blancanieves* y la leyenda del cazador fuera *Kristen Stewart*, la actriz que dio vida a *Bella Swan* en *Crepúsculo*, seguramente tuvo mucho que ver en que la elección fuera unánime.

Alba horneaba la primera pizza mientras María ojeaba revistas de vestidos de novia, cuando de fondo sonó una triste melodía que llenó la estancia.

—Desi, no seas ceniza y quita eso—le dijo su hermana reprobando sus gustos lúgubres.

—No sabes valorar la verdadera belleza hermanita— le dijo bailando sobre la puntita de sus pies mientras se le alzaba la falda imitando el leve aleteo de una mariposa en vuelo— *Frédéric Chopin*, compositor romántico y sombrío—aseguró cruzando la cocina de un lado a otro.

—Es su amor platónico—Afirmó María con desdén dirigiéndose a Alba

que imponía un gesto de desconcierto—. No le hagas caso.

María continuaba mirando el nuevo catálogo de *pronovias*, cuando Alba sacó la pizza del horno. Se dirigieron al salón y mientras cenaban, Desirée decidió abordar un tema pendiente con Alba.

—¿Por qué has venido a Barcelona?

A Alba, la pregunta le pilló por sorpresa, se removió en el sofá, cogió un cojín y se parapetó tras él. Suspiró visiblemente superada por la situación y por la incomodidad que le provocaba hablar de ella misma, hasta que finalmente decidió empezar por el principio.

—Mi familia nunca ha sido muy convencional—admitió—, pero lo peor ha sido soportar las paranoias de mi madre.

—Si tu madre es genial—dijo Desirée sorprendida.

—Será en el colegio—respondió en un tono casi agresivo—. Mi madre no está bien de la cabeza, no le gustan los niños, tiene miedo a las muñecas... Mi padre harto ya de sus tonterías al final decidió dejarla por otra.

—¡Le puso los cuernos a tu madre!

—Se enamoró de Yolanda, una chica algo más joven que él, pero muy maja—aseguró en un intento de justificarlo.

—Yo flipo, ¿y a ti te parece bien?

—Pues claro, mi padre es súper guapo y mi madre insoportable.

—Alucino contigo, sabía que eras rarita, pero esto...

María las miraba de hito en hito sin mediar palabra, aunque, por esta vez, estaba más cerca de la opinión de su hermana que de la extraña reacción de Alba.

—¿Por qué has venido a Barcelona con tu madre sino la soportas? — insistió Desirée

—Cuando se separaron yo decidí quedarme con mi padre. Mi madre la lió para que no fuera así, pero al final aceptó, ella se vino a Barcelona y se las acabó ingeniando para que me viniera con ella, y como tiene mi custodia.

—¿Qué hace tu madre en Barcelona, es de aquí?

—Nació en Toledo, pero cuando tenía doce años a mi abuelo lo trasladaron a trabajar a Barcelona, por eso habla catalán, luego se casó con mi padre y volvió. Cuando se separaron, le ofrecieron el puesto de directora en el cole, aquí estudiaron mi madre y mi tía Ángela, no se lo pensó y aceptó. Al poco le dijo a mi padre que me tenía que venir con ella, porque se había enterado de que no frecuentaba buenas compañías y todo ese rollo...

—¿Cómo sabía ella con quien te juntabas tan lejos? Se lo diría tu padre

—observó Desirée en defensa de la directora que le caía especialmente bien.

Alba impuso un gesto de fastidio antes de responder con rotundidad.

—Pues no. Mi madre conoce mucha gente en Toledo y al fin y al cabo Toledo es un pueblo. Todo el mundo sabía que estaba liada con un tío once años mayor que yo.

—¡Joder once años! —exclamó María.

—Te habrá enseñado latín—dijo Desirée punzante.

Alba sonrió.

—No estaba mal. Era así algo bohemio, parecido a Gonzalo, el amigo de mi madre ¿lo habéis visto? —preguntó dirigiendo su mirada a Desirée que sonreía sardónica.

—Para no verlo.

—Pues Daniel, es de ese rollo, así muy místico.

—Y, ¿qué pasó?

—Que mi madre lo jodió todo como siempre. Lo llamó y le amenazó con demandarlo por mantener relaciones con una menor, a partir de ahí él se asustó y no responde ni a mis llamadas ni mensajes. El resto ya lo sabéis... estoy aquí, aunque no por mucho tiempo, he hablado con mi padre y le he contado lo de las muertes de Ana y Mayte, él está de acuerdo que vuelva a Toledo, aunque mi madre no nos lo va a poner fácil.

La dureza con la que Alba hablaba de su madre no acaba de encajar con el perfil de mujer que Desirée y María se habían formado de la directora, a las que Nieves, les parecía una persona cercana y de buen corazón. Desirée salió de nuevo en su defensa y la conversación subió de tono, el ambiente llegó a un punto de máxima tensión que María intentó relajar.

—Venga, vamos a poner la peli, que es tarde.

La versión del cuento infantil resultó entretenida y las mantuvo absortas en la historia hasta que de repente María puso pausa y encendió la lámpara del techo.

— ¿Habéis visto eso?

Alba parpadeó varias veces hasta que sus ojos claros se acostumbraron de nuevo a la luz.

—¿Qué pasa? —protestó Desirée.

—El espejo. Mirad, el espejo se derrama para formar la figura de un oráculo que no puede mentir, que siempre debe decir la verdad.

María tecleó “«Espejo» En su Smartphone y obtuvo el siguiente resultado:

«Los espejos tienen un misterio, guardan secretos que quizás nosotros no podemos ver».

—Veis, en el ritual había un espejo—explicó—, y aquí pone que en diferentes culturas cuando alguien fallece tapan los espejos para evitar que el espíritu de los difuntos quede encerrado en él. Tal vez si al hacer la ouija utilizamos uno o tú Alba al acostarte pones un espejo bajo tu almohada, podamos averiguar qué es lo que Ana quiere decirnos.

Alba se levantó sin mediar palabra y volvió de su habitación con «La leyenda de Lilith», el libro que días antes había encontrado y que desde entonces no podía dejar de leer.

—Lo que tenía que contarte cuando te mandé el whatapp es esto—dijo mostrando la página que narraba el ritual utilizado en el libro.

—¿Es el mismo que el del cementerio! ¿Qué es esto? —preguntó María mientras Desirée observaba el librito sin salir de su asombro.

—No recuerdo haberlo visto antes de llegar a Barcelona, pero un día colocando las cajas donde traía mis libros, apareció.

—¿Así sin más?

Alba asintió.

Desirée se acomodó para leerlo, no eran más de veinte páginas y a Alba le quedaba solo el final, María se puso cómoda junto a ella y ambas compartieron la lectura.

—Si os parece yo mejor me voy a la cama, estoy muy cansada, no sé qué me pasa últimamente. Me ha parecido una buena idea lo del espejo bajo mi almohada, buscaré uno y mañana os cuento.

Las gemelas asintieron con un gesto de cabeza sin apartar las miradas de los renglones torcidos de una historia que no iba a resultarles demasiado lejana...

Alba apagó la luz con la presencia de Ana amenazando una noche más su descanso, pero esta vez el cansancio venció a la vigilia y se durmió sobre el espejo que había dejado bajo su almohada...

...De un tapiz inmenso que decoraba la pared frontal de la estancia, se descolgaba una diminuta araña tan pequeña como oscura. El arácnido tejía su telar con tal velocidad que pronto, logró atrapar a la joven que la observaba embelesada, esta vez, no quiso huir de la trampa, por el contrario, se abandonó a su suerte abrazando su destino. En el centro del cuadro tres hilanderas, María, Desirée y Alba tejían su futuro y al fondo, un cuadro representaba un lugar, un sueño...

A medida que se adentraba en el tapiz, el cielo se convertía en un recuerdo imposible. Olía a tierra mojada y a musgo fresco. Alba recorría un estrecho camino sobre una alfombra de hojas secas que crujían bajos sus pies desnudos. Consciente de hallarse dentro del cuadro que ella misma tejía fijaba su mirada en cada elemento intentado retenerlo en su memoria. Al final de la vereda, la niebla velaba una cascada de agua limpia y esponjosa que atronaba en su caída desde la cumbre de un montículo rocoso. La cortina de agua descubría la frágil figura de una mujer vestida de luz, sujetando un peine dorado que deslizaba entre sus finos cabellos y que ella reconoció como La dona d'aigua.

Alba se mojó los pies al llegar a la rivera del estanque, con la mirada fija en aquel ser brillante, pero de pronto el hada dejó de cantar y el agua se oscureció. El viento, enfurecido, le alzó las ropas y enmarañó su melena. Al fondo apareció la imagen de aquella chica muerta. Acunaba entre sus brazos vacíos un bebé imaginario mientras entonaba una canción que le recordó su niñez:

*Duérmete niño. Duérmete ya,
o vendrá Lamia y te comerá.*

La joven, simulaba darle el pecho a un niño invisible. Cuando sin esperarlo, clavó su mirada cegada por dos cruces negras en el rostro macilento de Alba, pronunciando unas palabras que Alba, esta vez, sí comprendió.

—Aloja, aloja—imploraba.

Junto a ella, alguien sin rostro y cabellos caobas, hacía sonar una bolita de plata engarzada en una cadena a la que se aferraba, mientras dos gruesas lágrimas negras como el alquitrán caían a sus pies.

Alba se despertó de un sobresalto con el brillo de la bolita de plata danzando en su cabeza. Las respiraciones de María y Desirée eran a esas horas, todavía pausadas, lo que significaba que estaban profundamente dormidas y, que permanecerían —con toda seguridad—, así durante un buen rato. El suelo de la habitación estaba frío y necesitó varios intentos para encontrar las zapatillas y calzarse. Se levantó con especial cuidado de no desvelar a sus amigas. Era domingo y la casa permanecía en un inusual silencio. Su madre y Gonzalo habían salido temprano para despedir a Mayte Salinas y a su fiel esposo. Alba recorrió el sombrío pasillo casi de puntillas, hasta la cocina donde su madre —en un vano intento de detener el tiempo—, le había comprado varios batidos de *cacaolat* y un bote de *colacao* y los había dejado sobre la mesa para que las chicas desayunaran. La joven tomó desabrida una taza —asegurándose primero que no llevara inscripción ni mensaje alguno—, y calentó café. Sentada en una silla de madera con los pies sobre el asiento, le daba pequeños pellizcos a un bizcocho de limón mientras recordaba su sueño. Sobre la mesa, descansaba la vanguardia del día y la fecha, le llamó especialmente la atención. Desde que había llegado a Barcelona había vivido tan de prisa, que no había reparado ni tan siquiera en el calendario, pero fue en ese instante cuando recordó algo importante.

La ventana del salón era para ella como la primera fila de un teatro que representaba a cada instante una función en vivo. Acostumbrada a las solitarias calles de Toledo en invierno, por donde nunca pasa nadie interesante, más que algún turista despistado que en busca de secretos milenarios se aleja del centro de la ciudad, la calle valencia le parecía, incluso aquel triste domingo de Noviembre, un hervidero de sensaciones. Los comercios de siempre permanecían cerrados salvo la panadería de la *Dolors* y la farmacia que lucía la cruz verde encendida, muestra de que ese día estaba de guardia, para su fortuna.

No quiso vestirse para no despertar a las chicas, se calzó unas botas en el recibidor y cubrió el pijama con un abrigo largo gris. Dio varias vueltas a la manzana antes de entrar por fin en el establecimiento sanitario, del que salió, cabizbaja, y con paso rápido.

De vuelta a casa, no tuvo tiempo de insertar la llave en la cerradura cuando la

puerta se abrió. Desirée la esperaba en el corredor con una sonrisa maliciosa pintada en la cara. Así sin maquillaje que palideciera su rostro y resaltara sus ojos oscuros, parecía aún más guapa y mucho más frágil.

—¿Qué llevas ahí? —le preguntó incisiva.

Alba la superó sin mediar palabra y se dirigió al salón con los pasos de Desirée pisándole los talones.

—Te he visto salir de la farmacia—observó, forcejeando con la joven hasta que logró coger el paquete que ocultaba bajo el abrigo—¡Joder esto parece una plaga! —gritó despertando a María.

Alba impuso un gesto de preocupación.

—No sé muy bien cómo funciona y no he querido preguntar en la farmacia —aseguró circunspecta.

Desirée sonrió con refinada maldad antes de responder.

—Tienes que hacer pipí en la ventanita, si sale una rayita estás salvada y si salen dos pum—dijo simulando dispararle con una pistola en la sien—, estás muerta.

Alba bajó la mirada empañada y se dirigió sin mediar palabra al lavabo. Unos minutos fueron suficientes para que todo su mundo se derrumbara de nuevo. Salió con el semblante serio y tiritando, mientras agarraba con fuerza el test de embarazo. Desirée necesitó empear la fuerza para libertar el *stick* de los dedos de Alba, aunque no era necesario mirarlo, bastaba con reconocer el miedo en su rostro, para conocer el resultado de la prueba. Frunció los labios en un gesto que bien podría haber sido de contención y se lo mostró a María que como un espectro aparecía en aquellos momentos en el comedor.

—¡Estas embarazada! —exclamó tras cruzar con su hermana una mirada de desconcierto.

Alba cayó sobre el sofá como un peso muerto escondiendo su rostro, pálido como la nieve y salpicado de pecas entre las manos. María le acarició la melena con cariño y preocupación mientras Desirée trenzaba un mechón de su melena negra, al parecer impresionada por los acontecimientos.

Hubo un tiempo de silencio impreciso que finalmente Alba rompió.

—Creo que estoy en peligro.

—No lo dudes. Tu madre te va a matar y de volver a Toledo te olvidas a menos que sea en una caja de pino—aseguró Desirée mordaz.

María le lanzó una mirada fulminante que su hermana respondió con un inocente gesto.

—No me refiero a eso. Lo que quiero decir es que creo, que esto era lo Ana me estaba advirtiéndome en mis sueños.

—Explícate— le pidió María asegurándose los pendientes de perlitas.

—Anoche puse, como acordamos, el espejo debajo de la almohada y soñé... los dos sueños que se me repiten volvieron, pero esta vez había algo diferente...

—¿Qué?

—El sueño era el de siempre, pero esta vez con Ana había una chica... tenía el pelo caoba y llevaba una cadenita como esta—dijo sacándose una bolita plateada engarzada en una cadena—Sonaba igual—. Aseguré bamboleándola—. Es un llamador de ángeles.

María y Desirée la escuchaban con renovado interés invitándola a continuar.

—La leyenda cuenta que hace miles de años los hombres compartían amistad con los ángeles, pero la maldad humana fue creciendo hasta que los ángeles tuvieron que huir por miedo, pero como símbolo de protección les entregaron a algunos hombres buenos una bolita como esta y les explicaron que cuando se sintieran desprotegidos, o en peligro, debían agitarla y ellos acudirían en su ayuda. En mi familia es tradición que las mujeres embarazadas los lleven colgados del cuello a la altura del ombligo para que los bebés se acostumbren al sonido de su ángel de la guarda. Durante el embarazo tanto la madre como el hijo comparten el mismo ángel, pero cuando nacen las madres deben decidir si entregárselo al bebé o quedárselo ellas. Cada uno suena diferente.

—Si tú tienes el tuyo, es porque tu madre decidió dártelo, no debe ser tan mala como dices—dijo Desirée en defensa de la directora—eso sí, empieza a agitar el cachivache ese porque te va a hacer falta.

—¡Desi! —la amonestó su hermana—.Alba, ¿quieres decir que la chica de tus sueños eras tú?

—Sí, ahora estoy segura. Y... estaba muerta.

A María se le escapó un grito de terror.

—¿Acabaste de leer el libro? —preguntó Desirée, refiriéndose a la

leyenda de Lilith.

—No. ¿Vosotras sí?

Ambas asintieron.

—Toma, creo que deberías terminarlo—aseguró Desirée enigmática.

El sonido enlatado del timbre las asustó. Alba se dirigió a la puerta con el corazón palpitando a la altura de la garganta, se asomó a la mirilla y la imagen que descubrió le pareció que terminaba por ensombrecer un día de por sí nefasto. Resopló antes de abrir.

No era necesario que mostrara su credencial, aun así prefirió guardar las formas. El subinspector Vidal esperaba sumido en las sombras del portal junto a una joven uniformada.

—Nos volvemos a ver—aseguró malicioso—. ¿Está tu madre?

—Está en el entierro de Mayte y su marido.

Vidal miró el reloj antes de preguntar:

—¿Te importa que la esperemos dentro? No creo que tarden, el entierro hace más de media hora que acabó.

Alba, sin mediar palabra, se apartó de la puerta para cederles el paso.

—Vaya, reunión de pastores, oveja muerta, o mejor debería decir reunión de brujas, aquelarre—bromeó fijando su ojo ciego sobre Desirée.

La joven le sacó la lengua a modo de burla.

Por fortuna, la espera no duró más que unos minutos. Nieves y Gonzalo aparecieron en el salón por sorpresa.

—Buenos días subinspector, ¿a qué se debe su visita en día de asueto? —inquirió Gonzalo.

—¿Y este quién es? —dijo retórico con descarado desdén refiriéndose a Gonzalo.

—¿Doña Nieves Bosch Alemán? —preguntó la joven policía.

Nieves asintió con un gesto de cabeza.

—Debe acompañarnos a comisaría.

—¿Ha ocurrido algo nuevo? —demandó confusa.

—Sí. Que está detenida—afirmó Vidal mostrándole las esposas visiblemente encantado de dirigir aquella detención.

Un silencio intolerante se instaló en el salón durante unos segundos.

—Tiene que ser un error—protestó Gonzalo.

—¿Por qué nos tiene tanta inquina—preguntó Nieves secándose el sudor de las manos en la pernera del pantalón—Sabe de sobras que yo no he hecho nada?

—Yo solo hago mi trabajo señora. Las preguntas a su amiguito el inspector, que es el que ha ordenado su detención y agradezca la deferencia que ha tenido con usted de no detenerla en el entierro y esperar a que volviera a casa.

El miedo y la confusión recorrieron el rostro de los presentes que se quedaron mudos de repente.

Alba escribió un WhatsApp a su tía Ángela, mientras Nieves, pedía a las gemelas que avisaran a su madre para que la asistiera en comisaría. Gonzalo la besó en la frente y la acompañó hasta el coche de policía. Luego llamó a Oliver que rechazó la llamada entrante.

Gonzalo había intentado ponerse en contacto con el inspector, sin éxito, en varias ocasiones, por último, una joven muy amable le había indicado que esperase a que terminara de tomarle declaración a Nieves Bosch, después se pondrían en contacto con él. Alba permanecía en silencio parapetada tras un cojín con las piernas cruzadas sobre el sillón y la mirada perdida. Gonzalo lanzó el móvil sobre la mesa resignado.

—¿Crees que mi madre ha hecho daño a esa chica?

Gonzalo le dedicó una mirada cargada de reproche.

—Dímelo tú, ¿lo crees? —preguntó furioso.

Alba bajó la mirada avergonzada.

—Eres muy injusta con tu madre. Espero que algún día te des cuenta y no sea demasiado tarde—aseguró mientras se dirigía a la cocina.

Gonzalo volvió con dos tazas de café.

—Yo no creo que mi madre haya hecho nada. No sé porque he dicho eso—declaró arrepentida solo en apariencia.

—Alba, creo que va siendo hora de que hablemos de ciertas cosas ¿Cómo llegaste aquella noche hasta el laberinto?

En ese momento el teléfono de Alba sonó:

«Voy camino de comisaría a ver si averiguo algo sobre tu madre, cuando salga te aviso y bajas. Esta noche puedes quedarte en casa»

Era su tía Ángela. Alba contestó con un escueto «ok» dio varios sorbos al café y acarició la taza caliente antes de empezar:

—No lo sé Gonza... me están pasando cosas muy raras.

—Cuéntamelo todo, quizá pueda ayudarte.

Alba agarró el cojín y suspiró.

—Desde niña, tengo la misma pesadilla: estoy en casa de la tía catalina, y del cuadro del salón baja una araña diminuta, yo estoy paralizada, no puedo moverme y la araña me envuelve entera, yo solo puedo gritar, pero nadie me escucha. Esa noche recuerdo que volví a soñarlo, con la diferencia de que esa vez el ovillo que me atrapaba no me asfixiaba. Al despertarme, no sé cómo, estaba allí frente al cadáver de aquella chica.

—La araña simboliza el destino, y el cuadro del que hablas son las Hilanderas de Velázquez, hay una teoría que dice que lo que se representa son las tres hilanderas del destino, las *moiras*: *Cloto*, *Átropos* y *Láquesis*.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—No lo sé, se podría interpretar como que desde niña te has estado negando a abrazar tu destino y por algún motivo aquella noche lo aceptaste, por eso ya no te asfixiaba.

Alba impuso un gesto de desconcierto y continuó.

—Cuando me llevaron al hospital tuve otro sueño raro. Había un bosque y una cascada, hacía frío, una ninfa guiaba mis pasos hasta ella, se estaba peinando una larga cabellera pelirroja con un peine dorado, de pronto algo pasó y todo se volvió oscuro, de la niebla surgió la chica muerta del laberinto, Ana García, acunando un bebé, pero el bebé no estaba y ella le cantaba algo así como:

«Duérmete niño, duérmete ya o vendrá— lana, o lama no recuerdo —,y te comerá»

Ana me suplicaba algo que entonces, no logré entender, decía: «Aloja». Lo supe más tarde cuando un día, en clase, me dejó el libro de arte y la profesora Susana, me mandó coger el de mi compañera de pupitre, que no estaba en clase, porque era Ana García. Al abrirlo me encontré con la leyenda

de la *dona d'aigua*, también conocida como *Aloja*.

—¿Qué cuenta esa leyenda?

Alba se lo explicó mientras Gonzalo tomaba nota de todo sin perder detalle de nada.

—... así supe que *Aloja* se refería a la ninfa que aparecía en mis sueños, pero no encontré la conexión con la muerte de Ana. En el libro también había un post-it con forma de flecha que señalaba una imagen. Era un cuadro de Rubens: «El origen de la vía láctea» también conocido como *Alcmena*. Eso lo supe más tarde —Alba hizo una pausa para poner en orden sus recuerdos—. No te lo vas a creer, pero el día de antes había encontrado este libro—dijo mostrándole el ejemplar de la leyenda de *Lilith*—, no lo había visto nunca antes. Lo empecé a leer y justo ahí, como por arte de magia, encontré la explicación del origen de la vía láctea. No sé qué tiene que ver con Ana, pero alguna relación hay seguro.

En ese punto Gonzalo impuso un gesto de sorpresa, enarcó una ceja y la animó a continuar.

—... El ritual que encontramos en el cementerio es muy parecido a uno que aparece también en el libro. Mira.

Gonzalo leyó incrédulo.

—...En principio pensé que Ana me pedía ayuda, pero luego me di cuenta de que intentaba ayudarme. Creo que mis sueños y este libro son pistas que me ha ido dejando, pero... ¿Quién lo ha escrito?

—Espera, hay algo que no entiendo ¿ayudarte, por qué?

Alba suspiró.

—No te enfades Gonza, pero... mi madre me contó que el abuelo era un gran aficionado a la astrología y que le gustaba escuchar sus leyendas mirando las estrellas, luego lo de ese ritual, aparece en el libro y el día que lo encontramos me maree no solo por la herida sino por el olor que desprendía, olía a iglesia; como mi madre... La han detenido, no sé...

—¡Basta Alba! No te lo voy a consentir. Eres muy injusta con tu madre, no se lo merece.

Alba hizo sonar el llamador de ángeles que pendía de su cuello y miró fijamente a Gonzalo antes de asegurar:

—Soy yo. En mi último sueño, junto a Ana, había otra chica, de pelo

caoba, llevaba este llamador y mecía un bebé entre sus brazos desnudos. La chica que aparece muerta, soy yo.

La voz se le quebró hasta perderse en la garganta.

—Eso es imposible Alba, Ana García estaba embarazada y creo que ese hecho tiene mucho que ver con la elección del asesino de sus víctimas.

—Gonza...

—Un segundo, tengo que hacer una llamada.

—No Gonza, espera.

—Es importante.

La joven esperó resignada, mientras él marcaba en su móvil el prefijo de Toledo.

—¿Lina?

—Hacía mucho tiempo que nadie me llamaba así. Estaba esperando tu llamada, has tardado demasiado—aseguró una voz al otro lado del teléfono.

—Dime que no es ella...

No hubo respuesta.

—Lina...

—Lo que ahora es arriba, mañana es abajo, y todo diestro tiene su siniestro—respondió antes de colgar.

Un silencio ignominioso recorrió la estancia mientras Gonzalo intentaba poner en orden sus pensamientos repitiendo una y otra vez la frase de Lina.

«Lo que ahora es arriba, mañana es abajo, y todo diestro tiene su siniestro».

—Gonza—lo interrumpió—Esa frase sale en el libro—dijo mostrándole la página exacta mientras en la otra mano sostenía el test de embarazo positivo.

—¿Qué es eso? —Alba no respondió, bajo la mirada y se removió tras el cojín.

—Oh, Dios santo, estas... ¡No te muevas! —dijo levantándose de repente— No salgas de casa bajo ningún concepto—le ordenó señalándola con su dedo índice antes de salir corriendo espoleado por la urgencia, hacía la comisaría—.

Con las manos aun temblorosas y el corazón agitado, Gonzalo conducía el coche de Nieves, intentando poner en orden los últimos acontecimientos. Repasaba mentalmente lo sucedido en los últimos días: El descubrimiento de aquel manuscrito en la escuela de traductores, le había provocado una presión en el pecho semejante a un mal presagio que más tarde se confirmaría con la llegada del e-mail de Nieves. Su viaje a Barcelona y la insólita visita al laberinto le había servido para establecer la conexión entre mitología y sacrificio, y aclarar los puntos oscuros de aquella trama macabra donde el asesino había urdido un telar de muerte repleto de simbolismo. La muerte de Mayte Salinas no sería más que una trágica coincidencia —aunque él no creyera en ellas—, por eso motivo sospechaba que detrás del asesino de Ana había algo o alguien más que había intervenido de alguna manera que desconocía, y que ya no tenía sentido averiguar, en el suicidio de la psicóloga. Pero no sería hasta llegar a Alba y descubrir el don de la joven para comunicarse con los muertos a través de sus sueños cuando cada pieza empezaría a encajar de forma asombrosa.

Con todas aquellas ideas cruzando su mente como estrellas fugaces llegó a comisaría. Dudó si hablar con el inspector, finalmente decidió esperar a que fuera Nieves la primera en conocer, lo que, hasta el momento, eran solo sospechas. Cogió el teléfono para llamar a Berta y saber la situación de su amiga antes de entrar cuando vio a Nieves salir con la mirada baja y el rostro demacrado. Había confesado ser la responsable del ritual del cementerio. Lina, la tía Catalina, le había inculcado desde muy pequeña la idea de que aquellos que mueren de forma trágica, como había sido el caso de Ana García, y no por muerte natural, vagan sin descanso en una especie de limbo hasta que alguien desde este lado les ayuda a avanzar a dónde quiera que sea, que vayan los muertos. Ella utilizaba la mandrágora como representación del cuerpo del difunto en sus ceremoniales por la semejanza de la planta con un ser humano, ese y, que el tubérculo era un poderoso elemento usado en rituales de fecundación, era el motivo por el cual su nombre aparecía junto al de Mayte Salinas en un paquete que venía de Toledo, que contenía mandrágora y que había motivado su detención. Mayte le había asegurado a Nieves, que ya hizo un pedido anterior a su nombre, que, gracias al ritual de fertilidad, que la propia Nieves le había enseñado, había conseguido quedar en cinta y ahora necesitaba nuevamente de la planta para ayudar a una amiga en circunstancias similares. Nieves había accedido a ser ella la peticionaria de

la mandrágora, pues de no ser así, la tía Catalina no hubiera aceptado el envío a una desconocida. La policía había comprobado su coartada y finalmente la habían dejado en libertad vigilada, pendiente de citación judicial.

Alba se bajó del coche y abrazó a su tía, así, cogidas, entraron en el palacete. Ángel le ordenó a Gabriela que preparara dos infusiones de tila y melisa, mientras ella y su sobrina se dirigían al salón.

—Si quieres puedes subir a ponerte cómoda, brujita.

—Estoy bien así.

Durante el trayecto apenas habían intercambiado un par de frases, Ángela no había conseguido averiguar demasiado sobre la situación de su hermana.

—Tata, ¿crees que podré quedarme contigo hasta que pueda volver a Toledo con mi padre?

—Puedes quedarte el tiempo que quieras, pero tu madre no tardará en salir en libertad.

—No quiero volver con ella—aseguró castañeando los dientes.

—Alba, ¿qué ocurre, tienes frío?

La joven negó con un gesto de cabeza y sacó de su bolsa de tela aquel libro, ése que desde que apareciera un día, aun se preguntaba cómo, entre sus cajas de cartón, y del que no se había separado desde entonces. Dudó, pero finalmente se lo mostró a Ángela.

—Creo que mi madre es la asesina de Ana García.

Ángela impuso un gesto de desconcierto y terror a partes iguales mientras hojeaba «La leyenda de Lilith»

—Sois vosotras, ¿verdad? El abuelo y esa mujer, Lina, te obligaron a ser comadrona, aunque tú no querías... Ese libro lo ha escrito mi madre...

Ángela la observaba insondable cuando Gabriela entró con las infusiones. Vio como Alba tiritaba sobre el sofá y pidió permiso a la señora para encender la chimenea, Ángela se levantó para servirle un vaso de tila a su sobrina.

—Tómame esto, brujita, te sentará bien.

La besó en la frente y Alba sintió una extraña paz fruto del calor que emanaba el fuego y del tranquilizante que su tía, había vertido en el vaso

antes de dejarla a solas con Gabriela.

Nieves, al ver a Gonzalo sonrió, entró en el coche y se dejó caer sobre el asiento del copiloto.

—¿Qué sucede? —Preguntó observando la cara cenicienta de su acompañante.

—Creo que sé quién mató a la chica.

Nieves saltó del sillón y clavó su mirada en él.

—Vuelve a comisaría—le indicó.

—No, primero quiero que me escuches con atención—dijo agarrándole la mano con fuerza.

—Me estas preocupando.

—¿Recuerdas la canción con la que nuestras madres nos asustaban para dormir? Cántamela.

—Gonzalo, yo...—protestó—.

—Vamos, cántala.

—Duérmete niño, duérmete ya o vendrá lamia y te comerá.

—Exacto, eso es. Lamia. Actualmente se canta duérmete niño o vendrá el coco y te comerá. A nosotros nos cantaban la versión grecorromana que tiene su origen en el mito griego de Lamia: Una mortal, reina de Libia, llamada *Lilith* de tal belleza que Zeus se enamoró perdidamente de ella, Hera, su esposa, lo descubrió y se enfadó tanto que mató a sus hijos con extrema crueldad delante de sus propios ojos, el dolor que aquello le produjo fue de tal intensidad que la convirtió en un monstruo, pero Hera no contenta con eso la condenó a no poder cerrar los ojos de forma que el ritual de la muerte de sus hijos le torturara hasta el fin de sus días; Zeus cuando supo lo que Hera le había hecho a la mujer que amaba, le otorgó el don de poderse quitar los ojos, pero Lamia poco a poco empezó a tener celos de otras madres, , enfermó de tal forma que su locura la llevó a matar a los pequeños, de ahí que las madres grecorromanas empezaran a asustar a sus hijos con su presencia, y que esa tradición llegara hasta nosotros.

Nieves recordó que su padre o su hermana le habían contado en alguna ocasión aquella leyenda.

—Continua.

—Alba tenía la respuesta.

—¡¿Alba?! ¿Qué tiene que ver Alba en todo esto? —preguntó alterada.

—La tía Catalina tenía razón, Alba no sufre terrores nocturnos, tu hija tiene un don. Aquella noche apareció en el laberinto porque, al fin aceptó su destino, su don.

—No entiendo nada...

—Tu hija lleva varias noches soñando con la joven muerta, en sus sueños aparece una ninfa, la versión catalana de Lamia conocida como la *dona d'aigua o Alojja* mientras Ana García cantaba canción acunando a un bebé que no está porque se lo han robado frente a una cascada, la del laberinto de Horta, Alba no supo reconocer el lugar. La joven muerta, en sus sueños le imploraba: Alojja, que es el nombre que recibe nuestra Lamia griega: *Lilith*. Averiguado esto no tuve duda de que el asesino era un gran amante de la mitología, el lugar donde dejó el cuerpo es la prueba evidente, pero no fue hasta que Alba me habló de Alcmena, que recordé a Europa y las infidelidades de Zeus. En la entrada del laberinto se representa el rapto de Europa, al igual que en el cuadro de las Hilanderas de Velázquez, con el que Alba lleva soñando desde su niñez.

—No sé dónde quieres llegar. La posibilidad de que las infidelidades de Zeus estuvieran relacionadas con la asesina ya la había contemplado y de hecho te hizo sospechar de la mujer de Víctor.

—Ese cuadro además de colgar de la pared de la casa de la tía Catalina, pende de la entrada del palacete del Tibidabo.

—Si eso ya lo sabíamos, salvo lo del sueño de Alba.

—Descartada la mujer de Víctor, piensa: La esponja soporífera, la mandrágora, la cesárea...¿no te conduce a nadie?

—oh, dios mío, Jordi.

—Eso pensé... el día que fuimos a visitar a tu cuñado estaba leyendo el libro de Maquiavelo, que lleva por título «La mandrágora» creí que obsesionado con la infertilidad que sufre tu hermana, mató a la chica para extraerle al bebé y estudiarlo. Pero al hablar con Alba repasé mis notas, y volví a Hera y al retrato robot del inspector. Era una mujer ¿recuerdas? Una mujer que no podía tener hijos y que, obsesionada con la maternidad al igual

que Lamia, empezó a tener celos de las jóvenes madres que acudían a pedirle ayuda. Hera la matrona, la enfermera de partos... Hay una versión poco conocida que dice que la diosa engendró a sus hijos ella sola, golpeando su mano contra el suelo, en un acto solemne para los griegos, recordé inmediatamente el mito de *Deucalion y Pirra* haciendo nacer niños de las piedras, representado en el laberinto de Horta. Además, Alba encontró un libro... La leyenda de *Lilith*. *Lilith* es el nombre real de Lamia. Cuenta vuestra niñez...

—¿Cómo?!

—El libro narra la muerte de vuestra madre, episodios de vuestra vida junto a tu padre y a Lina, incluso el pacto de sangre que hicisteis tu hermana y tú en el laboratorio de tu padre cuando Ángela te obligó a mecer a aquel bebé muerto, Valeria. Valeria se llamaba su muñeca preferida, Valeria te dijo que se llamaba aquel engendro que acunabas, Valeria se llama tu sobrina muerta.

Nieves empezó a llorar desconsoladamente.

—Ese es el origen de tus miedos, de tus fobias ¿verdad?

Nieves no respondió.

—Todo me cuadró al hablar con Alba, por un lado, tenía a Hera, la matrona infértil que creaba hijos ella sola representada con una granada símbolo de vida, la misma que dejaba dentro de sus víctimas, y por otro lado a Lamia, o lo que es lo mismo Aloja, la *dona d'aigua*, *Lilith*. La asesina fusionó las leyendas de las dos mujeres y creó la suya propia para significar un asesinato plagado de simbología.

—No puede ser—repetía Nieves.

—Nieves... perdóname.

—¿Por qué dices eso?

—Por un instante dudé de que tú fueras quién escribió ese libro, pero al ver que la autora lo firmaba como *Arlequina* y conociendo de tu *fediofobia*, supe que solo podía ser ella.

—oh, dios santo...

—Hay algo más... Volverá a matar, creo que no es la primera vez que lo hace.

—No puede ser...

—Está obsesionada con ser madre, finge no importarle, pero es algo que no ha aceptado, así que como Hera decidió engendrar a sus hijos ella misma robándolos del vientre de sus verdaderas madres; por su trabajo tiene contacto con jóvenes embarazadas, que quieren abortar, con esas no tiene problemas, les practica el aborto y se queda con los fetos, pero con toda seguridad, algunas se arrepienten en el último momento, a esas no tiene más remedio que matarlas. Ana García visitaba a Mayte Salinas, una mujer que colaboraba con asociaciones no abortista y que seguramente la convenció para que tuviera al bebé.

—Es que no puedo creer lo que dices, ¿cómo estás tan seguro?

—Porque todo encaja... Creo que el ritual solo lo utilizó con Ana. La joven confiaba en ella, por eso no hay signos de sufrimiento, ni de lucha. Ella en realidad la respeta; por ese motivo, la anestesió para evitarle dolor, la recostó sobre una cama de acacia y ciprés que simboliza la vida eterna, la desnudó para devolverla a su origen: el momento del nacimiento, cree en la reencarnación. Le cegó los ojos en un acto de piedad, como hizo Zeus con Lamia, pero ella se ve representada en la *empusa* griega, ha enloquecido, no soporta ver a las jóvenes embarazadas. El ritual de la muerte lo preparó con solemne reverencia hacia la víctima porque Ana ha conseguido algo heroico: quedar en cinta. La odia, pero la respeta, a Ana y a todas las demás, es una versión muy particular donde fusiona las leyendas de Hera y de Lamia. A todas les roba el bebé y se lo lleva, pero Ana como la había expuesto decidió dejar en su lugar una granada, símbolo de vida, un útero que se vuelve a cerrar, devolviéndole la virginidad.

—¿Por qué devolverle la virginidad?

—No lo sé, pero por el pentagrama formado alrededor del cadáver creo que Ana García fue entregada en sacrificio a diferencia de las otras chicas.

—Explícate.

—Pienso que al principio usó los crímenes con la única intención de cómo Hera, crear ella los hijos que no podía tener. Mataba a las chicas y les robaba el bebé sin más, no sé cómo se deshizo de los cuerpos. El niño se lo llevaba ¿dónde? Al principio pensé que, a algún lugar del laberinto, pero es demasiado peligroso, así que leyendo el episodio en el laboratorio de tu padre, pensé que quizá habría creado algo semejante y los tiene allí. Pero eso era antes de Ana, ahora creo que se ha cansado de los hijos de otras y ha

recurrido a fuerzas ocultas para conseguir ser madre ella misma. ¿Conoces la maldición que azota a tu familia, verdad?

—Sí, claro.

—En el libro que encontró Alba, *La leyenda de Lilith*, ella misma narra el pasaje en el que Lina, la tía Catalina le explica cómo Leonor, vuestra antepasada, se niega a realizar un ritual para que Rosario quede en cinta y como Rosario acude a los subsuelos de la escuela de Toledo para formarse como nigromante y realizar por ella misma el ritual, el niño nace muerto y culpa a Leonor lanzándole la maldición que provoca que las primogénitas de vuestra familia den a luz mortinatos, como Valeria, tu sobrina. Creo que el ritual que aprendió Rosario es el mismo que el que encontré yo en la escuela de traductores cuando hicimos las obras, el mismo que ha llevado a cabo ella, la asesina. Lo que me preocupa es que de ese manuscrito solo he logrado descifrar el primer ritual, pero hay dos más.

Nieves permanecía impertérrita.

—Nieves—dijo Gonzalo con el semblante serio en un intento inútil de hacerla reaccionar—.¿Sabes de quién te hablo, verdad? ¿Sabes quién es la asesina de Ana García?

Alba se despertó junto al hogar arropada con una mantita roja y un tremendo dolor de cabeza, no sabía qué hora era ni cuánto tiempo había permanecido dormida, pero la presencia de Ana se hizo por primera vez visible ante ella. Había vuelto a soñar con ella, y ahora estaba allí frente a la ventana mirándola con los ojos cegados, suplicante, olía a vainilla, Desirée siempre decía que olía a vainilla. Alba se incorporó, pero una fuerza le impedía levantarse, no sabía si continuaba dormida o estaba atrapada en medio de una *parasomnia*. Cerró los ojos e intentó de nuevo incorporarse, Ana continuaba allí. Respiró hondo varias veces, cerró los ojos de nuevo y por fin logró salir de la habitación. Buscó a su tía Ángela.

—Hola Brujita, ¿has descansado?

Alba asintió y Ángela continuó trabajando en su casita de madera.

—Tata...tengo algo que confesarte.

Su tía la miró sin responder.

— Veras... es complicado...no sé cómo decirte que...

—Alba, todo se solucionará, tu madre no es una asesina y...

—No, —la interrumpió— no, es eso...

—Dime, brujita, ¿Qué te pasa?

—Tata yo... —su tía, con un ademán y una sonrisa en el rostro la animó— Estoy embarazada.

Varios golpes fríos y secos resonaron en cascada en la habitación, algunas herramientas y maderas se habían caído al suelo, Ángela con el rostro endurecido la miró severa y Alba volvió a temblar, en el corredor, que permanecía a oscuras, se proyectó el espíritu de Ana suplicándole que corriera, Ángela cerró la puerta y Alba, sintió un dolor en el vientre y algo derramarse entre sus piernas, a lo lejos pudo escuchar el tintineo de unas llaves y la voz de su tío llamando a Ángela, luego... una extraña oscuridad...

Nieves con la mirada perdida en algún punto más allá de la ventanilla del copiloto, bajó del coche y sin mediar palabra subió a casa mientras Gonzalo aparcaba en el garaje. Al abrir la puerta buscó a Alba, pero no estaba. Una nota en la cocina desató sus temores.

Gonzalo, sé que me has dicho que no me mueva de casa, pero la tía Ángela ha venido a buscarme. Pasaré la noche con ella, no te preocupes. Estaré bien”.

Nieves bajó los peldaños de dos en dos antes el asombro de Merceditas, la portera, que parapetada tras el mostrador de la entrada refunfuñaba porque el suelo estaba mojado. En la puerta se topó con Gonzalo,, se agarró a su pecho blandiendo la nota con la respiración entrecortada.

—Oh, dios Nieves... Tu hija... ¡dios santo Alba está embarazada!

Al llegar a la avenida Tibidabo, todo parecía suspendido en una extraña calma, la que suele preceder a las tempestades. El jardinero desdibujaba sobre la copa de un ciprés su sombra alargada. Los saludó con la mano, pero no le correspondieron. Corriendo se dirigieron a la entrada donde Gabriela les recibió con su habitual semblante. La apartaron de un empujón y entraron hasta el despacho de Jordi. Alba permanecía tendida sobre una camilla, con la sábana que le cubría las piernas encharcadas de sangre, su tío recorría el vientre con un ecógrafo y en una pantalla en blanco y negro se intuía un feto

del tamaño de un limón.

—Apártate de ella —gritó Nieves.

Jordi la miró taciturno.

—¡Que te apartes de mi niña he dicho! La policía viene de camino—le advirtió abalanzándose sobre él.

—¿Qué te pasa? —preguntó tranquilo.

Nieves miró a Gonzalo confusa.

—¿Qué está pasando aquí Gonzalo?

Gonzalo impuso un gesto de desconcierto y se acercó a Jordi que se adelantó su pregunta.

— Al llegar a casa la encontré inconsciente a causa de una gran hemorragia, posiblemente producto de un fuerte impacto en el vientre—Jordi miró a Nieves y bajó el tono de voz—Estaba embarazada.

—¿Estaba? —gritó Nieves.

—El feto no tiene latido—aseguró visiblemente afligido—Lo siento.

Gonzalo agarró del hombro a Nieves que en esos momentos estaba dispuesta a matarlo.

—Escucha—le dijo.

De fondo, una voz dulce como el azúcar cantaba una nana:

« *Duérmete niño, duérmete ya o vendrá Lamia y te comerá* »

—Vamos, él no le hará daño. Lo sabes.

Nieves obedeció y Gonzalo siguió la voz.

En una colosal habitación encontraron una majestuosa casa de muñecas que reconocieron al instante como el propio palacete en el que se encontraban, permanecía a oscuras a excepción del sótano donde había una vela prendida.

—¿Por dónde se baja a ese sótano? —preguntó Nieves a Gabriela que observaba la escena con el delantal arrugado entre sus manos y el rostro desencajado.

—Por ahí—dijo indicando una puerta acolchada.

Treinta y tres peldaños justos, separaban la realidad del infierno. Bajaron.

El sótano era una gran sala de cemento visto, con paredes repletas de estanterías y botes de formol etiquetados con nombres de chicas, entre los que pudieron leer: « Ana García » ; dentro: fetos.

En el centro de la estancia, una solitaria mecedora se ocultaba entre las

sombras. Gonzalo agarró el candelabro que iluminaba una diminuta parte de la habitación y el charco de luz procedente de la vela descubrió una imagen funesta: en compañía de un gato negro de ojos escarlata, una mujer, acunaba un bebé al que cantaba con voz de terciopelo negro:

—Duérmete niña, duérmete ya, o vendrá Lamia y te comerá...

La madera de la mecedora crujía en su leve balanceo y un olor húmedo y frío inundaba la estancia en penumbra mezclado con los dulces acordes de aquella nana.

—Ángela...—susurró Nieves con la voz quebrada.

Su hermana, sonrió oculta en las sombras, y aquel día en el laboratorio de su padre cuando eran niñas se proyectó en la mente de Nieves en su vertiente más real y cruel.

—Dios santo Ángela...—susurró de nuevo. Levantó la lámpara que poco antes le había arrebatado a Gonzalo, y la luz ocre de la vela se derramó sobre su hermana, sumiendo el resto de la estancia en una hiriente oscuridad.

—Schssss vas a despertar a Valeria—la amonestó Ángela.

Nieves elevó una oración muda, mientras su hermana, le sonreía con su hipnótica hermosura y mecía entre sus brazos descarnados a Valeria, su hija muerta, a la que había desenterrado y momificado.

Nieves aparcó el coche en la puerta del cementerio, llevaba el dolor prendido en la mirada. Sacó el libro de su bolso y leyó, como llevaba haciendo varios meses, las últimas palabras que escribió su hermana.

Empecé esta historia diciendo que no sabría determinar el momento exacto en el que me convertí en leyenda, en realidad, lo más acertado hubiera sido admitir que no sabría determinar el momento exacto en el que me convertí en un monstruo, pero de algo sigo estando segura, y es que fue aquel día, en Toledo, cuando Lina, para todos, la tía Catalina, rompió mis sueños condenándome a soportar una maldición que nada tenía que ver conmigo y provocando mi transformación. Lo que vino después vosotros ya lo sabéis, yo, vuelvo a mirar al cielo para preguntarle a padre si este era el destino que me tenía preparado, sigue sin responder, pero un día al cerrar la ventana encontré una frase que decía así: «A veces encontramos nuestro destino en el camino que tomamos para evitarlo».

El móvil de Alba sonó, era su padre; rechazó la llamada y miró a su madre.

—¿Por qué no lo coges?

—Porque no tengo nada que decirle.

Alba no le podía perdonar que no hubiera ido a verla a Barcelona después de todo lo ocurrido.

Bajaron del coche y enfilaron la cuesta del cementerio, Alba agarró la mano de su madre que la apretó con fuerza. Caminaron, bajo el sol indolente de noviembre, hacia su tumba, en silencio, para no perturbar la paz de los difuntos. La pequeña, al fin, descansaba en paz.

VALERIA SAU BOSCH.

« A MENUDO EL SEPULCRO ENCIERRA, SIN SABERLO,
DOS CORAZONES EN UN MISMO ATAÚD ».